



# EL MOLINO DE PIMIENTA

*Cabaret literario*

## DOCE CUENTOS PREMIADOS

Primer premio:

*El amor todo locura* de Martha Berlin

Segundo premio:

*Cuando las luces se apagan* de Elena Marengo

Tercer premio:

*El mino* de Sonia Catela

*Otros ojos los perversos* de Jorge Mirarchi

## MENCIONES:

**CARLOS BALESTRA DUARTE, ROBERTO CESAR MORINI,  
LORENZO GUIDO OGDON, CLAUDIO ALEJANDRO ROMAN.**

**DOS DIBUJOS Y UN TEXTO BREVE DE CHAVAL**

**ENTREVISTA A BLANCA REBORI**

**UN POEMA DE BELKIS CUZA MALE**

**POESIA DE HOY**

*La vida es eso que va pasando mientras estamos ocupados en otra cosa.*  
John Lennon

*Revista dependiente*

DICIEMBRE 1985 / FEBRERO 1986  
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)  
NUMERO EXTRAORDINARIO A 2.-

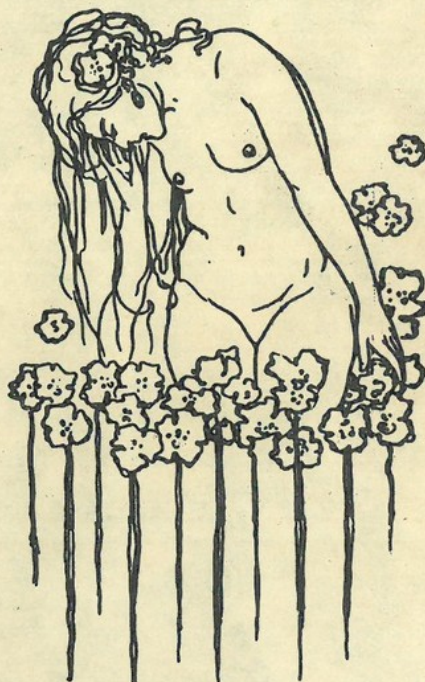
**Nº 8**

# MUJER BRAVA

## QUE CASO CON DIOS

A Sor Juana Inés de la Cruz

*Me la imagino toda de blanco,  
pintando las paredes del convento con malas  
palabras,  
abrumada por el calor, por los mosquitos  
y el desierto que era su celda.  
Supongo que mucho antes, había cometido un  
desliz  
con un caballero que por aquel tiempo  
ya era casado, pero que reconstruía su vida de  
soltero  
cada vez que la besaba.  
Estoy segura de que cuando él la abandonó,  
ella quiso entregar su cuerpo al diablo,  
hacerse una mujer práctica e indigna,  
y que compró dos o tres trapos femeninos,  
lloró un poco,  
y luego se dijo: "toda la maldad del mundo son  
los hombres".  
Creo, es más,  
que no procuró olvidarlo,  
que llevó un record de las batallas que ganaba,  
y que solamente cuando lo mataron  
en aquel lío de mujeres  
ella puso sus ojos en otro,  
y que casó con Dios, el impotente.*



**Belkis Cuza Malé**

Nació en Cuba, Guantánamo, Oriente, 1942. Estudió en las Universidades de Oriente y La Habana. Fue redactora de la Gaceta de Cuba, mensuario de la Unión de Escritores Artistas.

Hasta 1970 había publicado *El viento en la pared* (1962), *Los alucinados* (1962), *Tiempo de sol* mención Premio Casa de las Américas, publicado por cuadernos Unión (1963), *Juego de Damas*, colección Manjaurí, ediciones Unión, 1970.

Allí su rastro se pierde. Sólo pudimos averiguar que vive en Estados Unidos, pero nada sabemos de sus actividades posteriores a 1970. Pero para lo que intenta esta página eso casi no importa, este poema nos pertenece, porque pertenece a la mejor poesía.

## El número ocho, ocho y medio.

Bernard Shaw, en su juventud, se ganó la vida haciendo crítica musical. Fueron muchos los que, en ese tiempo, le reprocharon que en sus comentarios opinara sobre los más variados asuntos: salud, vivienda, educación; se despachaba sobre todo lo que lo preocupaba de la sociedad británica de la época y también hablaba de música. Pero así está mal planteado el asunto; es coincidir con quienes criticaban al joven Shaw, es traicionar su pensamiento. Porque el decía que para hablar de algo, era preciso hablar de todo y en consecuencia creía que en todo momento estaba hablando de música. Y es posible que ni siquiera eso fuera cierto; sabiendo como sabemos, cómo fue después el viejo zorro, tenemos derecho a sospechar que cuando hablaba de música, estaba no sólo haciendo, sino también opinando sobre literatura. Vamos a intentar copiarle el método. El método, insistimos, suspicaces abstenerse. Debemos hablar de todo y hasta tenemos problemas de espacio. Opinamos en torno a todo, pero siempre hablamos de lo mismo.

Hace poco recibimos una carta de un lector en donde decía que el molino tenía por lo menos tres editoriales: el de la página 3 que con singular sabiduría le hemos puesto de nombre Editorial, Las aguas del molino y El monstruario. Y es cierto. Hay otros menos explícitos, secretos; y uno grandote, grandote y obvio que es la línea de toda la revista que nace en el nombre y en la deliberada aceptación (que no sólo es chiste) de nuestra condición de revista dependiente.

Este es un número extraordinario, es decir raro. Entre otras rarezas no cuenta con ninguno de los editoriales clásicos. Esta nota intenta sustituirlos. Ahora ya están impresos los siete pliegos en donde se publican los cuentos premiados, también la tapa está impresa. Es la primera vez que la hacemos a tres colores; la cosa andaba bien, estábamos fenómeno hasta que notamos que hay una errata. Y no tiene solución, la única posibilidad sería imprimirla de nuevo. Es más fácil que se pueda pagar la deuda externa, que nosotros podamos pagar dos veces la tapa de un solo número. Vamos a intentar adivinar por lo menos dos de las consecuencias posibles que acarreará la errata: la primera y más sencilla de prever es la bronca, la justificada bronca de Sonia Catela. Otra, diverti-

da, es que posiblemente se vendan algunos ejemplares por equivocación, más de uno tendrá curiosidad por saber qué diablos es un "mino" a los ojos de una escritora premiada. Es posible que alguien crea que le ha nacido una competidora, desde las tierras santafesinas, a Silvia Plager.

El resultado de nuestro concurso confirmó una sospecha.

Hace unos veinte años en los certámenes organizados por revistas literarias aparecían autores mucho más jóvenes. En el primer concurso de El escarabajo de oro aparecen los nombres de Briante de 19 años, Piglia 23, Getino 30, Rozenmacher 28, los trabajos premiados aparecieron en un libro con pie de imprenta de abril de 1964. Un año y pico después, en julio del 65, aparece un volumen que reúne los cuentos premiados por la revista Hoy en la cultura, allí publica por primera vez un cuento Isidoro Blaisten, que tenía 32 años y su apellido una i más, aparece un trabajo de Laura Devetach que tenía 28 y otro de Amilcar Romero de 22.

En junio del 65 se inicia la dictadura de Onganía, a los dos años empieza su decadencia. Pero ya habían concluido las experiencias de las revistas El barrilete, La rosa blindada, Cero y Actitud. Desaparece también Hoy en la cultura. Y la solitaria y longeva El escarabajo de oro, deja de aparecer en el año 74, su último número es el 48.

Alrededor de estas revistas se creaba una gran corriente cultural y también snob, literaria y para-literaria. Los que se sentían ligados a la literatura, es decir los menos, siguieron su trabajo solitario. Pero hasta muchos de ellos tuvieron responsabilidad del repentino descrédito, tan fulminante como su prestigio anterior, de todo aquello que fuera literatura. Como por arte de magia pareció que todos se habían puesto de acuerdo en un punto: "la literatura no sirve para nada". Nadie comprendió con mayor claridad ese fenómeno como Liliana Heker (Literatura como poder, El escarabajo de oro Nro. 42, abril 1971).

De lo que pasó de la triple A en adelante, ya nos hemos ocupado en editoriales anteriores del molino. Y hoy no es el día ni el lugar para insistir sobre el asunto.

No hay duda que en todos estos años se siguió escribiendo, pero casi sin grupos de pertenencia. La aparición de los talleres lite-

rarios surge como una necesidad, la necesidad de aglutinarse ante una idea loca, en un tiempo en que la locura era delito. No hace falta recordar que los talleres de literatura fueron, en un tiempo, casi clandestinos. Después se convierten en un servicio que tiene mucho más que ver con el comercio que con la literatura.

En esos años no hubo confrontación. La confrontación es fundamental para que surjan nuevos nombres. "Es necesario poner las ideas en circulación" decía Unamuno y acá si hubo algo que no tuvo posibilidad de circular fueron las ideas.

Para nosotros, para quienes hacemos el molino, la organización del concurso no fue una actividad que podría haberse sustituido por cualquier otra. Creíamos que era necesario. Y ahora que ya están los resultados se confirmó lo que sospechábamos.

Sabíamos que había una buena cantidad de escritores de treinta años o más que necesitaban una oportunidad. Para que esa oportunidad fuera válida, el concurso debía contar con un jurado de primer orden, con puntos de vista lo suficientemente dispares desde lo estético a lo ideológico. Por eso pensamos en Juan José Manauta, Luis Gregorich y Dalmiro Sáenz. Les hicimos el ofrecimiento y todos aceptaron. A Manauta lo conocíamos desde siempre, a Gregorich lo conocíamos la trayectoria, a Sáenz —es preciso que lo reconozcamos ahora— no lo conocíamos en absoluto. Nuestro error fue pensar en el autor de Setenta veces siete y no en el tipo al que le gustan las viejas casonas.

Luego de varias reuniones de trabajo, de análisis y cotejo, Manauta y Gregorich llegaron a un acuerdo el 20 de noviembre. Antes de cumplirse un mes los cuentos están publicados. El 19 de diciembre se entregarán los premios.

No hay espacio para hablar de los cuentos, pero lo mejor es leerlos. Es el viejo truco infalible. Creemos que estamos presentando algunos nombres importantes. Pero de eso no vamos a hablar, mejor lo dejamos para que alguna revista literaria, dentro de unos veinte años, organice un concurso de cuentos y recuerde algún escritor premiado por El molino de pimienta.

Ricardo Maneiro,

17 de diciembre de 1985.



## ENTREVISTA A

### BLANCA REBORI

# Las grabadoras no inventan nada

**Mario De Vitis:** —Al folklore se le suele adjudicar un sentimiento nacionalista. ¿En qué medida es esto cierto?

**Blanca Rébora:** —Acá, han habido grandes confusiones. Muchas veces se ha entendido el folklore como de un tradicionalismo acérrimo, algo vinculado a un nacionalismo chauvinista. Y siendo el folklore un patrimonio-cultural del pueblo, un hecho vigente y en movilidad, de ninguna manera se lo puede encasillar en estos parámetros. Es decir, esto sería una transfiguración del significado mismo del folklore por oposición. Esta idea, generalizada, de que es algo estático, cerrado, se debe a las antiguas concepciones que se le han dado a la palabra folklore.

**M.D.V.:** —Siendo un hecho móvil, entonces, no refleja sólo un sector, no es la manifestación de un grupo. ¿El espectro se extiende a todos los países de América Latina?

**B.R.:** —Exactamente. Si es un hecho móvil en el tiempo, también lo es en el espacio. No podemos hablar de una cultura provinciana, o una cultura específica, sin tener en cuenta las ligazones con las otras zonas, que dieron motivación a que eso se desarrollara. Viajando por América Latina,

recorriendo la zona andina, uno se va encontrando con que hay factores de unión desde la cultura prehispánica. Está la cultura indígena, su fusión con la española. En algunas zonas a esta unión se le agregan las raíces negras, como en nuestro país intervienen las corrientes inmigratorias europeas posteriores. Ahí uno se da realmente cuenta de que las raíces son comunes, lo que pasa es que se diferencian por los matices regionales, pero hay un tronco que evidencia la comunidad de patrimonio.

**M.D.V.:** —¿El folklore es la expresión de los sectores más oprimidos, o en su representatividad también es heterogéneo?

**B.R.:** —También hay diversidad en eso. Aunque siempre se asimiló al folklore con las capas más humildes. Esto no quiere decir que sea manejado por un determinado sector social, porque hay un trasvasamiento cultural, una interrelación permanente, que impide que esto suceda.

**M.D.V.:** —Vos decías que el folklore no es un hecho estático, pero, a veces, se lo entiende como algo del pasado. Cantar cosas del pasado, cantar al pasado, ¿No es una manera de refrescar la memoria, de demostrar que la historia tiene mucho de cíclico?

**B.R.:** —Entender el folklore como algo

del pasado es una consecuencia de la deformación del tradicionalismo. Cantar al pasado, a la historia, a lo que fue, es inevitable; es propio del hombre recordar, tener la inquietud de conocer su pasado, porque en él está su raíz. Además, entender el folklore como cosa del pasado es pensar que es algo rígido, y, según yo lo veo, el folklore jamás se puede estancar.

**M.D.V.:** —¿Hay músicos, hoy en día, que se dediquen a crear folklore, o solamente hay intérpretes?

**B.R.:** —Hace años que se viene hablando de que no hay autores, de que hacen falta nuevos intérpretes. Eso depende de los condicionamientos, no hay que olvidar que durante años el país estuvo restringido por muchos factores políticos, que coartaron cualquier posibilidad de desarrollo musical. Esos factores, de índole político-social, tienen que ver, directamente, con que haya etapas de mayor y otras de menor producción. Pero yo creo que, de todas maneras, jamás se para de producir.

**M.D.V.:** —Los vaivenes políticos que sufre nuestro país, toda América Latina, no provocan, al impedir un crecimiento parejo, que estemos siempre volviendo sobre las mismas cosas, como si camináramos en una cinta sinfín?

**B.R.:** —Sí, son cuestiones cíclicas, segu-



Gerónima Sequeira

ro. Eso tiene que ver, también, con el manejo de la difusión, ya que, en esas idas y venidas, hay momentos políticos en que se crean monopolios de difusión, que casi siempre perduran en el tiempo, que ejercen una gran influencia en la formación del gusto.

M.D.V.: —El jazz es una música auténtica de una cultura distinta a la nuestra, ¿qué punto de unión tiene con nuestro folklore, qué parentesco?

B.R.: —Cuando hicimos *el bagualazo*, con León Gieco, Leda Valladares y Gustavo Santaolalla, justamente, lo que más se señalaba era el hecho de encontrar elementos del jazz, y hasta del rock, en una composición, aparentemente primitiva, como la baguala. Esto se da porque hay puntos de contacto reales, entre las que son, aparentemente, músicas distintas.

M.D.V.: —¿El rock es una música inventada por las grabadoras para vender; provocada, incluso, para influir culturalmente, a través del disco, en los países de Latinoamérica, o es una música auténtica de cierto sector?

B.R.: —No, el rock no fue inventado por las grabadoras. En realidad, creo que las grabadoras no inventan nada, lo que pasa es que ante un fenómeno popular, toman la posición de sacar provecho de

esa situación; se valen, en este caso del rock, para obtener beneficios y para lograrlo, montan, en torno al fenómeno, una estructura que transforme las manifestaciones artísticas de ese fenómeno en dinero.

M.D.V.: —¿El rock, aún siendo una música verdadera, es reflejo de la juventud de nuestro país, la representa, o está impuesta?

B.R.: —Yo creo que sí es reflejo de nuestra juventud, que es incorrecto plantear la dicotomía: música nacional versus música extranjera. El rock es música genuina, y todas las manifestaciones genuinas deben ser rescatadas, provengan de donde provengan. El rock viene del jazz, no se puede dudar de su origen, después se desarrolló y se transformó en un fenómeno importantísimo, dentro del ritmo popular contemporáneo. Además no creo que el problema radique en el género musical, sino en la autenticidad de la música que se expresa, que se difunde; aunque el problema de la difusión merece un punto aparte.

M.D.V.: —¿Cómo es la difusión de música folklórica en relación a la de rock?

B.R.: —El problema es que, en términos generales, hay muy poca difusión de

música folklórica. Si se hiciera un mínimo estudio que contemplara la cantidad de música rockera que se difunde, en relación a la música folklórica (y acá incluyo al tango) se vería que la diferencia es grande. Es mínima la proporción de folklore que se difunde, y este es un problema grave de difusión. Para lograr mejorar esta situación se está peleando desde distintos sectores. Yo creo que la solución pasa por buscar una unión más completa, una posición más concreta y una idea más clara de qué es lo que se pretende y cuales son los objetivos a los que se quiere llegar. Para lograrlo, se hace necesario evitar enfrentamientos gratuitos entre las distintas corrientes y dirigir la atención a buscar un espacio propio, más amplio, más firme.

M.D.V.: —De todas maneras, ahora hay una difusión mayor que en años anteriores, ¿esto se debe a un resurgimiento del folklore?

B.R.: —Sí, hay radios que difunden bastante música folklórica, Nacional, Excelsior, Municipal, pero esta no es una actitud generalizada, las demás emisoras difunden muy poco, y la televisión casi nada. Pero no creo que este crecimiento en la difusión se deba a un resurgimiento del folklore. Lo que pasa es que si se abren más posibilidades se muestran más cosas, eso es proporcional; pero las cosas siempre están, solamente que hay momentos en que no pueden surgir, casi siempre, como ya dijimos, por problemas políticos. Los que vivimos son momentos de apertura; no hay más censura, es algo muy importante porque permite un mayor contacto con el público, da la posibilidad de que se hagan cosas nuevas, permite una fluidez que, hasta hace poco, no teníamos.

M.D.V.: —¿La música folklórica tiene como condición la de difundir aquello que representa?

B.R.: —Para mí, la música folklórica muestra, coloca eso que se da dentro de lo popular, que es aquello que representa, a la consideración de distintos sectores, incluso de aquellos que no están vinculados directamente con lo que el folklore ofrece. Esto permite adquirir un conocimiento que es de vital importancia en la evolución cultural de un país. Esta interrelación que se da entre distintos sectores sociales permite un conocimiento y una vinculación mayores de los cuales se producen hechos culturales de importancia. Además de la gratificación que tiene el músico al escuchar su propia música y de que esa música le permita conectarse con su propia gente; esa gente de la cual él mismo proviene.

Mario De Vitis

# ITALO CALVINO

## LOS CUENTOS DE HADAS SON VERDADEROS



El texto que transcribimos pertenece a la introducción de *Cuentos populares italianos* (Ediciones Librerías Fausto - 1ra. edición agosto 1977). Italo Calvino inicia su trabajo preguntándose si existía un Grimm italiano. Quizá el Grimm italiano haya sido él y nunca se dio cuenta. Quizá nadie lo quiera notar porque el siglo XX no es magnánimo con los recopiladores, pero el trabajo de Calvino es cosa de artista: de narrador y de poeta.

Este número del *molino* es, ante todo, un homenaje al cuento. Y el cuento de hadas es el antepasado de toda cuentística actual.

A Italo Calvino algunos lo han llorado, otros no han hecho ni dicho nada. A nosotros nos gustaría escribir un cuento que empezara así: "Había una vez un hombre, en Italia, que creía que los cuentos de hadas eran verdaderos. . ."

Ahora ha culminado el viaje al país de las hadas, el libro está hecho y me bastará concluir este prefacio para salirme de él: ¿lograré poner los pies sobre la tierra? Durante dos años viví en medio de bosques y palacios encantados, con el problema de cómo ver mejor el rostro de la bella desconocida que se tiende cada noche junto al caballero, o con la incertidumbre de usar el manto que confiere la invisibilidad o la patita de hormiga, la pluma de águila y la uña de león que sirven para transformarse en dichos animales. Y durante dos años, el mundo que me rodeaba fue impregnándose de ese clima, de esa lógica, y cada hecho se prestaba a ser interpretado y resuelto en términos de metamorfosis y encantamiento: y las vidas individuales, sustraídas al claroscuro discreto y habitual de los estados de ánimo, se vieron arrebatadas por amores malditos, o conmovidas por enigmáticos sortilegios, súbitas desapariciones, transformaciones monstruosas, enfrentadas a rudimentarias opciones entre lo justo y lo injusto, puestas a prueba en travesías erizadas de obstácu-

los, hacia felicidades encarceladas bajo la custodia de un dragón; y así, en la vida de los pueblos, que ya parecían fijadas en un calco estático y predeterminado, todo volvía a ser posible: abismos erizados de serpientes se abrían como arroyos de leche, reyes considerados justos se revelaban tenaces perseguidores de sus hijos, reinos encantados y mudos se despertaban de pronto con gran alboroto y estirarse de brazos y piernas. De a poco me pareció que, de la mágica caja que había abierto, la extraviada lógica que gobierna el mundo de los cuentos de hadas se había desencadenado para imperar una vez más sobre la tierra.

Ahora que el libro está concluido, puedo decir que no se trataba de una alucinación, de una suerte de enfermedad profesional. Se trataba, más bien, de algo que ya sabía en el instante de la partida, ese algo al que anteriormente aludí, la única convicción propia que me había impulsado a emprender el viaje; y lo que creo es esto: los cuentos de hadas son verdaderos.





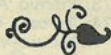
# POESIA DE HOY

*Hugo Rimada*

## MUDANZA

*He visto caer un piano  
en la vereda*

*estallar y convertirse en polvo  
y dispersarse en el aire como un ángel  
sin dolerme.*

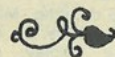


## SUEÑO TOMADO

*Edipo  
el déspota del pie deforme  
no quiere morir*

*busca su rostro sentimental  
y su piadoso corazón de rey  
fulmina nuestras citas.*

*mantenido de dios  
cuando uno se dispone a viajar  
él aparece y dice —sueña como yo  
que eres un bello pavorreal colgado  
en la cocina del mundo.*



## TEORIA DE LOS FLUIDOS

*No hay cementerios  
hay sólo espacios de palpitación  
y nudos y escaleras.*

---

Nació en Nueve de Julio, provincia de Buenos Aires, en 1953. Publicó junto con otros poetas *Señora luna* (editorial Crava, 1982). Es autor de una pieza teatral escrita en colaboración con un escritor salteño cuyo nombre no damos a conocer por haberse perdido el papelito donde lo habíamos anotado. Fue representada en La Plata y Salta.

---

# hilda paz

Es la artista que realizó los trabajos que el *Molino* entregó como premios de su concurso de cuentos. Once excelentes trabajos. Su obra no es de sencilla digestión, conmueve por el horror. Es una elaboración estética a partir de una realidad no sólo injusta, sino fea.

*El Molino de Pimienta* agradece su invaluable colaboración.

## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

### ALGUNAS EXPOSICIONES INDIVIDUALES

- 1968: Dibujos. Galería La Tangara. Capital.
- 1969: Dibujos. Galería Miguel Angel. Capital.
- 1971: Grabados. Museo Municipal de Artes Plásticas. Santa Fe.
- 1972: Grabados. Biblioteca Mariano Moreno. Bernal. Buenos Aires.
- 1972: Grabados. Museo Franklin Rawson. San Juan. Argentina.
- 1972: Grabados. Pasaje 5 de Julio. Municipalidad de la Ciudad de Bs. As. Capital.
- 1973: Grabados. Galería Lirolay. Capital.
- 1973: Pinturas. Galería Lirolay. Capital.
- 1974: Pinturas. Galería Grádiva. Capital.
- 1974: Pinturas. Escuela de Bellas Artes Carlos Morel. Quilmes. Buenos Aires.
- 1975: Grabados. Biblioteca Estrada. Bernal. Buenos Aires.
- 1976: Grabados. Galería Grádiva. Capital.
- 1977: Pinturas. Galería Colón. Quilmes. Buenos Aires.
- 1978: Grabados. Escuela de Bellas Artes Carlos Morel. Quilmes. Buenos Aires.
- 1978: Grabados. De los Extravíos. Hilda Paz-Daniel Faunes. Galería Colón. Quilmes. Buenos Aires.

- 1979: Pinturas. Galería Ciovasso. Milán, Italia.
- 1980: Elaboraciones. Hilda Solano. Capital.
- 1981: Grabados. Museo Municipal de Artes visuales. Quilmes. Buenos Aires.
- 1981: Grabados. Escuela de Bellas Artes Carlos Morel. Quilmes. Buenos Aires.
- 1981: Grabados. Spazio d'Arte L'Aleph. Milán. Italia.
- 1982: Visiones Nocturnas. Pinturas. Hilda Solano. Capital.
- 1982: Pinturas. Círculo Médico Quilmes. Buenos Aires.
- 1983: Autorretrato. Hilda Solano. Capital.
- 1985: Grabados Experimentales. Museo Artes Visuales. Quilmes. Buenos Aires.

### PARTICIPACION INTERNACIONAL

- 1969: 55 Artistas Argentinos en Panamá. Panamá.
- 1971: Grabados y Pinturas. Biblioteca Libanesa de Beirut. Beirut.
- 1973: Tercera Bienal del Grabado Latinoamericano. San Juan de Puerto Rico. Puerto Rico.
- 1973: 1ra. Muestra del Grabado Itinerante al Cercano Oriente. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.
- 1973: Muestra Itinerante del Grabado a Países de Sudamérica. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

- 1975: Forma y Color. Instituto de Artes Visuales. Montevideo. Uruguay.
- 1979: Cuarta Bienal del Grabado Latinoamericano. San Juan de Puerto Rico. Puerto Rico.
- 1980: Third World Biennale of Graphic Art. Londres.
- 1980: Third World Biennale of Graphic Art. Bagdad.
- 1980: Ibizagraphics'80. Ibiza. España.
- 1981: L'Amore. Spazio d'Arte L'Aleph. Milán. Italia.
- 1981: Quinta Bienal del Grabado Latinoamericano. San Juan de Puerto Rico. Puerto Rico.
- 1983: Sexta Bienal del Grabado Latinoamericano. Puerto Rico.
- 1985: To'Hanga Annual. Grabados. Japón.
- 1985: Bienal Yugoslavia. Grabados. Ljubljana.

### PREMIOS

- 1967: Premio Grabado. Salón Estudiantes de Bellas Artes. Buenos Aires.
- 1967: Premio Dibujo. Salón Estudiantes de Bellas Artes. Buenos Aires.
- 1968: Premio Grabado. M.E.E.B.A. Capital.
- 1969: Premio Salón del Dibujante. Capital.
- 1971: Premio Grabado. Fondo Nacional de las Artes. Bienal de Santa Fe. Museo Rosa Galisteo de Rodríguez.
- 1972: Mención Dibujo. Salón Manuel Belgrano. Capital.
- 1973: Premio Argentino. La Plata. Bs. Aires.
- 1974: Tercer Premio Grabado. IIº Salón Dibujo y Grabado. Fundación Steimberg. Capital.
- 1978: Gran Premio Grabado. Salón Otoño. Berazategui. Buenos Aires.
- 1978: Premio Recomendado. Salón Regional del Grabado. Florencio Varela. Bs. As.
- 1979: Segundo Premio Grabado. Salón Nacional de Rosario. Santa Fe.
- 1980: Mención de Grabado. Salón Artes Plásticas de Quilmes. Buenos Aires.
- 1981: Premio Pintura. Piazza Cappuano. Milán. Italia.

### BIBLIOGRAFIA Y PRESENTACIONES EN CATALOGOS

- 1975: La pintura de Hoy - Crisis de las Vanguardias. Fermín Fevre. Centro Editor de América Latina.
- 1975: Peter Reynolds. Londres.
- 1976: Horacio Saffors.
- 1978: James Hassper. Nueva York.
- 1980: Breviarios de la Crítica. Jornadas de la Crítica 80.
- 1981: Correo del Arte 80. Anuario Latinoamericano de las Artes Plásticas.
- 1981: Breviarios de la Crítica. Jornadas de la Crítica 81.
- 1981: D'Arts. Problemática del Arte. Altra América. Vittorio Fagnone.
- 1981: Gufa Catálogo de Arte Internacional. Rimeco Contemporáneo. 81/82. Suiza e Italia.
- 1981: Giorgio Seveso. Milán. Italia.
- 1982: Pintura. Quilmes 82. Edición del Centro Intelectuales de la Provincia.







DOCE CUENTOS PREMIADOS

*El amor todo locura*

*La prehistoria de la historia*

Martha Berlin

*Cuando las luces se apagan*

Elena Marengo

*El mimo*

*La pared de adelante*

Sonia Catela

*Otros ojos los perversos*

*Final de una tarde*

*Amanecer*

Jorge Mirarchi

*Las apacibles noches de Flora Bausam*

Carlos Balestra Duarte

*Ganar el cielo*

Roberto Cesar Morini

*Encrucijada*

Lorenzo Guido Ogdon

*Los que se fueron*

Claudio Alejandro Román

---

Juanjo y Luis cumplen, Dalmiro no dignifica.

---

## El amor todo locura

Martha Berlin

*Martha Berlin: Es porteña, del barrio de La Paternal. Publicó dos novelas, una de ellas escrita en colaboración con E. Rodríguez El antiyo-yo y en 1982 con el sello de Ediciones de La Flor, Historia sin monumentos.*

*El amor todo locura y La prehistoria de la historia la muestran como una notable cuentista.*



l doctor Di Paola se quedó en la puerta cancel de la clínica apostando a que ésta vez Ruby pudiese llegar a la salida. Había puesto todas sus fuerzas en ayudarla y ahora lo iban a intentar otra vez; la miró a los ojos y porque era anarquista no le rogó a Dios.

Ruby le sonrió, giró el picaporte y emprendió la travesía por el largo pasillo, tal como lo había ensayado mil veces con Di Paola. Veintiséis pasos, el obstáculo iba a aparecer junto al tiesto de malvones rojos como granaderos, de guardia bajo el dintel de la puerta que se abría a la calle Amenabar. Ella miró el cielo, como le había enseñado Di Paola que hay que mirar el cielo. A veces Di Paola era burlón, otras hablaba como si lo guiase algo maternal y mesiánico. Ruby comenzó a caminar más despacio, hasta ahora había avanzado dieciséis baldosas, tal vez dos minutos en el reloj de Di Paola. No tuvo el vehemente impulso de abrocharse el guante de botones perlados que le llegaba más arriba del codo, posiblemente porque Di Paola se lo había guardado antes de salir, y ella observó que lo había tomado tan suavemente como a veces le sostenía la mano. También le dijo que si hacía fuerza podía llegar a la salida, que a él le iba a gustar que llamase a las cosas por su nombre, que si un día subían a un taxi lo llamase taxi y no carruaje. Ruby respiró hondo, para seguir avanzando, como contaba Di Paola que hacían los atletas, pero a veces ella no sabía lo que era un atleta, y ahí, a diez baldosas, la puerta se encaraba con ciclópeos ojos de bronce, redondos y sin párpados. Di Paola le hubiese preguntado: —¿Quién te miraba con esos ojos?— Pero ella no podía recordar. El miedo la sumergió en un viaje solitario y tétrico. Apareció el rictus, instintivamente se llevó el dedo a la boca y se pegó la lentejuela en el hoyuelo, tal como lo hacía todas las noches para guiar a los hombres al N° 9 de la rue D'Antín. Asumió la insolencia de su belleza y la indescriptible gracia con que recorría sus habitaciones cubiertas de diamantes y objetos preciosos. Di Paola decía: —Las porcelanas de Sevrés cuestan un huevo. Que los muebles de palo de rosa no le servirían para mucho. Que en Buenos Aires corren los dólares y no los francos. Y que si iban a la cancha de Boca, ¡minga de sedas y terciopelos!— Frases que a Ruby le parecía una obscenidad sobre todo porque eran acompañadas por gestos que no haría ningún caballero. Decía que la "Bombonera" era mejor que

"La Opera", que este río no era el Sena. Que Palermo era Palermo aunque se pareciera al "Bois de Boulogne". No obstante la puerta aparecía enorme y gelatinosa y ella no se proponía cruzarla. Cuando estaba casi bajo el dintel, arrancó las flores de los malvones, masticó los pétalos y el sabor a sangre le llenó la boca. La puerta se convirtió en un punto ínfimo. La maceta estaba como siempre con una pata de alambre chueca. Ella se llamaba Margarita, estaba enamorada de Armando Duval y si pisas la raya ¡te morís!

Di Paola miró el reloj, habían pasado siete minutos, no quiso darle más tiempo porque si sobrevenía el ataque, era conveniente que abriera los ojos estando él a su lado, por el criterio de realidad y todas las cosas que estaba probando.

La encontró como la primera vez, con la saliva roja manchándole los labios y las manos teñidas de flores de malvón. La levantó del piso con la impotente realidad de un animal vencido y la llevó al cuarto de la ventana tapiada, el cuarto que Ruby llamaba: la mansión de la rue D'Antín. Estaba dormida, los cabellos negros y las cejas tan perfectas que parecían dibujadas. —Blanca Nieves— masculló Di Paola y pensó en los que hacían los príncipes, pero ahí, en la cama yacía Margarita "la de las camelias", la más hermosa cortesana que conoció París, pálida y tísica, recostada en un lánguido canapé de brocato con patas doradas. El tenía la obligación de curarla de ese cuento, para lo cual construyó una estrategia cuyo primer nivel operativo consistía en demostrarle que él, Godovino Di Paola, no era el maricón de Armando Duval. No le quedaban dudas, la enfermedad de Ruby era demencia melancólica y lo que más jodía era esa obsesión con los malvones, porque si hubieran sido remolachas vaya y pase, nadie hubiera olido la locura.

Margarita despertó y graciosamente le dijo:

—¿Se va? No me aburre usted con su presencia ¿Lo acompaña la señora Duvernoy?— La tal señora era una ramera retirada que le proveía clientes ricos a Margarita. —¡Cagamos la fruta!— Di Paola acompañó con un gesto —No soy el conde de N\*\*\*, ni te pago 400.000 francos mensuales, ni sos mi mantenida. No me odías. Soy el doctor Godovino Di Paola ¿A ver decíme quién soy?

—Godó... expresó una leve transparencia en la boca de Ruby.

Di Paola sacó del bolsillo el largo guante de cabritilla con botones de perla que le había pedido a la mañana. Pensó si podía

protegerla, una sombra de sufrimiento pasó por su cara. Imaginó el guante colgado sobre su escritorio, como otros cuelgan jabalíes o cebras. —Tengo que salvarla— pensó. Bajo la luz de la lámpara su sonrisa apareció como una cúpula de metal tocada por la luna. Desapareció la transparencia y Ruby dijo:

—¡Es que estoy enferma Armando! Tuve un mal día. . . — lo miraba con ojos afiebrados —discúlpeme usted si lo confundí con otra persona, tengo una jaqueca horrible. ¿Golpean la puerta? ¿Quién podrá ser a estas horas?.

Di Paola abrió a la enfermera y compasivamente dijo:

—Es Nanina, señora, ha traído su tisana con veinte miligramos de Mogadán— a veces le seguía el juego, porque había leído que lo lúdico es el contrapiso de la salud, y él quería seguir adelante.

—Gracias. . . necesito dormir. . . — Reclinó el cuerpo como si estuviera en el canapé de brocado y se llevó el pañuelo a la boca para ahogar un acceso de tos —¿No quiere recostarse a mi lado, Armando?.

Di Paola sintió unas ganas locas de romper a golpes los ladrillos que tapiaban la ventana. Pensó decir: —Me marchó— porque Armando hubiera hablado así. En cambio dijo: Me voy, pero mañana vuelvo con una jeringa, así grandota, de estreptomicina. No me va a escupir más sangre ni aunque mastique diez kilos de malvones, señorita Gautier.

Ruby lo escuchaba con ese gesto tranquilo y majestuoso con que aceptaba todo lo que provenía de él.

—Toque mis manos, Armando, la fiebre me consume. . . ¿Se compadecerá de mí?.

El no era como Armando, de eso estaba seguro, no le importaba la frustración, porque cuando uno ama no hay fracasos. Aunque Ruby cayera cien veces bajo el dintel de la puerta lo iban a conseguir.

—¡Bueno, dormite!— Se agachó sobre su camita de Blanca Nieves y la besó en la frente.

Pasaron seis meses. Había dedicado a Ruby tanto tiempo que no podía caer en punto muerto. Estaba haciendo algo mal pero no sabía qué. Releyó los mamotretos de los delirios mórbidos; las ciclotimias y las manías desde Krepelín a Borel. Retiró de la Alianza Francesa las seis versiones de La Dama de las Camelias. Exploró la personalidad de Armando Duval. Llamó a Hay Haley a Filadelfia. Leyó la biografía de los Dumas, ambos, por aquello de que hay algo que se hereda. Tuvo en cuenta que la filogenia reproduce la ontogenia y se imbuyó de la sociología parisina de 1840. Compró un mapa de París y grabados de la época. Estaba como para presentarse a un concurso de preguntas y respuestas ¡pero en esta clínica los pacientes eran menos que excrementos! y no le daban tiempo para nada; el tratamiento de Ruby era para largo, y estaba Rizzio con ese ojo clínico perverso, y la maquinista de electroshock a cuestras, mirando a Ruby con codicia, y el gordo Sack, mejor no hablar de ese sádico. Era claro: estaban en peligro. A veces soñaba ilusiones, se veía con Ruby en Palermo o en la tribuna de Boca comiendo panchos con mostaza. En fin, mil pensamientos que en el fondo tienen que ver con un hombre y una mujer.

—Pronto va a tener que pasarme a su enfermita— graznó Rizzio que no tuteaba a nadie.

Rizzio era uno de esos individuos que practican la salud por razones económicas. Una eterna polera negra le asomaba por el cuello del guardapolvo. Segunda piel que cargaba hacía más de cuarenta años y que había sido la particularidad que le ganó el apodo de “Cuervo”, pero también tenía un ojo con reflejos de mica, las uñas corroidas y varios elementos más que avalaban el deterioro y la rapiña.

—A ese tipo de paloma no se la cura pico a pico, Di Paola. Este lugar necesita dar altas, la salud se mide en estadísticas. Eso de los

vínculos y las relaciones humanas es una utopía, este establecimiento no es una comunidad terapéutica ni estamos dispuestos a trabajar con psiquiatras comunistas. Y para decirle lo que pienso, usted debe tener segundas intenciones con La Dama de las Camelias. ¡No es que me parezca mal, al fin y al cabo el sexo es salud! ¿lo dijo Freud, no es cierto? y nosotros estamos acá para curar. Hágame caso, pruebe con Alopídol. Le regalo una muestra gratis y va a ver que es mucho más fácil, tengo experiencia.

Cuando se lo sacaron tenía un pedazo de polera viscosa entre las manos y estaba seguro de que le había aplastado el cráneo como a los ofidios.

—Para mí, estás loco— le dijo el gordo Sack cuando se llevaron el cuerpo del Cuervo a la enfermería— ¿A ver si te tomás en serio el papel de Armando Duval?— Siguió hablando para mostrar que había leído el libro. A esta altura toda la clínica se había leído el libro y cada uno tenía su hipótesis de la situación.

Di Paola sintió una gran bronca, se le pusieron rígidos los siete años de medicina. Avanzó a las tripas del gordo Sack y golpeó sin asco a todos los hijos de puta que deberían llamarse cafishios del dolor y no médicos —¡Hay una diferencia, enano! —gritó —Duval era un cobarde.

Quería a Ruby. Quién podía reprochárselo. La quiso la primera vez que le abrió la puerta que da al pasillo y le mostró que el corredor tenía cielo, que a veintiséis pasos había otra puerta que daba a la calle Amenabar. Volvió a sentir lo que sintió el día en que la encontró amasando pétalos de malvón y Ruby escondió los ojos desfavorida como si él hubiera descubierto la madriguera de su locura. Le tocó los cabellos negros como la endrina y probablemente fue ahí que se le ocurrió lo de intercalar el juicio de realidad, por eso le contó que la tisis se había erradicado con los antibióticos hacía casi cincuenta años.

—¡ah!— le había contestado distraída Ruby —¿es que también usted está enfermo? — ¡Yo no! Soy Godovino Di Paola, trabajo en este establecimiento que es una clínica psiquiátrica. Ahora decime ¡rápido! ¿qué hacés en cuatro patas?.

Rudy empezó a toser cada vez en forma más teatral; no obstante le respondió: —No se preocupe, estoy acostumbrada a estos accesos.

—¡¿Ah sí?! ¡Levantate! No me arranques los malvones —adoptó ese tono porque había leído un artículo sobre el poder en la relación médico-paciente que propugnaba el uso del autoritarismo en caso de personalidades cicloides pero infelizmente la experiencia estaba hecha sobre treinta y nueve casos de mujeres blancas, de ascendencia semita, habitantes de áreas urbanas, con familias de no más de tres hijos. ¡No importa! El iba a seguir como un corsario alado vomitando fuego. No podían quitarle la oportunidad de recuperar las quimeras; lo sostenía la convicción de que el amor sana porque devuelve la alegría. Ruby tenía que ser feliz porque era inocente.

—¡Bah! No vale la pena que se alarme— se había pegado la lentejuela en el hoyuelo —Qué quiere, no puedo descansar y es preciso que me distraiga un poco. Después de todo, qué más da, tratándose de mujeres como yo. . . ya ve como los otros se desentienden de mí; el caballero al que usted llama Rizzio, sabe que mi mal no tiene remedio, vea que pálida estoy— Hizo alguna alusión al canapé de brocado del que se acababa de levantar. Bruscamente le ofreció el brazo ¿viene usted, Armando?, regresemos a la sala.

Di Paola la agarró del hombro y con lúgubre firmeza le dijo: —Acá hay solamente dos salas: la del eletroshock y la de la morgue. Si te agarra Rizzio ¡minga de velas y bujías! ¡Kilowatts, enténdés!— Apuntó al cielo raso con el dedo —en este barrio no hay cortes de luz, nena.

Desde ese día comenzó a mostrarle que el corredor tenía cielo: de mañana, de noche y cuando llovía. Caminaron los veintiséis pasos hasta la otra puerta y le sacó muchas veces el guante de cabri-

tilla, despacio, como cuando un hombre va a amar a una mujer.

Llegó el otoño, el cuadro seguía en crónica alternancia. A veces pasaba una semana en que Ruby era Ruby, otras en que se ponía largos vestidos y se tiraba lánguidamente en la cama como si fuera el canapé de brocato y hablaba de "La Opera", de los condes y de la mansión de la rue D'Antín, mirando el vacío sin darse cuenta de nada. Di Paola se agarraba a la vieja idea de la doma bravía: la del hombre fuerte pero también capaz de acunar, pero si Ruby lo seguía viendo como al mequetrefe de Armando Duval sonaba todo el proyecto; eso de atravesar el pasillo se estaba haciendo denso ¿y si la información científica fuera errónea?, se preguntó. Ya se sabe que a cualquier enfermo se lo puede enterrar en pirámides de estadísticas. Nadie podía decir cuál era el cero coma, cero por ciento de Ruby que había en Margarita, porque si el todo es la representación de la parte, entonces Margarita era un aspecto de Ruby y él tenía que construir el puente entre las dos personalidades.

Una tarde de domingo estaba en la guardia tomando café con todos los cuervos del séquito de Rizzio. Desde el cuarto de Ruby se oyeron extraños ruidos. Di Paola largó la taza que tenía en la mano, desaconsejando a los otros médicos cualquier movimiento. La cosa era clara, si alguien le tocaba a Ruby lo hacía pelota.

Cuando abrió la puerta del cuarto, Ruby ya no tenía el cabello dividido en dos espesos bandós que se unían sobre la nuca, sino el pelo largo y suelto. Unos jeans ajustados y de la remera amarilla se desprendía un halo apenas perfumado.

—¿Qué tal!?— Ruby giró sobre sí misma.

Di Paola la vio como a los pirulines de Boca, azules y amarillos. La lluvia comenzó a repiquetear sobre el techo —¿Le parece que habrá partido esta noche, Godovino?.

—Podés tutearme.

—Bueno, pero a veces me gusta tratarlo como a un caballero.

—Mejor que te acostumbres a tratarme como a un hombre.

—Entonces aprovecho para decirte que tengo dudas sobre la etimología de tu nombre.

—¿Dudas? ¿Cómo, no sabés quién soy?.

—Sí. Sé quien sos, la duda es con tu nombre. Si viene de "godo" quiere decir que sos noble, de stirpe guerrera y fundador de reinos.

—¿Cómo sabés?— Sonrió Di Paola complacido.

—Porque lo busqué en el diccionario. ¿Viste que a todas las mujeres les gusta buscar en el diccionario? ¿por qué será?. Vos que sos psiquiatra lo tenés que saber.

—Puede que a las mujeres no se les enseñe a decir malas palabras por eso las buscan solitas.

—Sigamos con la otra parte— dijo Ruby —Godo y vino. Lo que llama la atención es la cantidad de calificativos que se le da al vino. Los hay dulces y amargos ¿sabés que hay un vino de lágrimas? es como si las uvas llorasen; se hace sin apretar el racimo. Pero el que más me gusta es el vino generoso— lo miró a los ojos. La elocuencia de la gratitud se extendió por el cuarto borrando la sordidez de la ventana tapiada y las horas en que habían sufrido caminando y cayendo en el largo pasillo.

Di Paola la agarró de la mano para disimular la alegría. —Vamos a comer una pizza con moscato mientras para de llover. Después nos vamos a ver como ganan cinco a cero los ángeles de Boca.

—¿Entonces Racing se va al descenso?.

Di Paola sonrió. Ruby había leído la tabla de posiciones para poder decirle eso. Caminaban por una avenida cerca de la cancha de Boca. La lluvia había acentuado los reflejos plateados de tal manera, que los adoquines y las vidrieras eran cubos de infinitos espejos. Di Paola pensó que hacía sólo seis días que Ruby había fracasado, otra vez, en el pasillo. Que en realidad nunca había llegado sola a la puerta. Que hoy había salido a la calle agarrada de su brazo. Ahora Ruby era Ruby, caminando contenta, hablando con bastante solvencia sobre lo que había leído en el diario. Hubiera querido meterse en su cerebro, no porque le importasen las estadísticas, sino por saber dónde se operaba el cambio. Extendió la mano para encontrarle aquel pulso débil, casi infantil y supo que la vida no puede ser sólo un deseo. Se paró en seco, estaban frente a la vidriera de un negocio donde se exhibía un lánquido canapé de brocato. Sí. En la esquina de Pavón y Necochea un canapé tapizado de aquella seda con arabescos igual al que tenía Margarita en el N° 9 de la rue d'Antín. Con las mismas patas doradas y un almohadón redondo del que colgaban flecos de seda grisáceos. Di Paola pensó que al fin y al cabo un canapé era tan bueno para cantarle al amor como un gato de porcelana, por eso se dijo: ¡Ahora o Nunca!. La abrazó con la infinita ternura con que la había deseado siempre. Le prometió que la sacaba hoy mismo de esa clínica de mierda y se la llevaba a vivir con él. También le dijo que en su departamento quedaría muy lindo el canapé y que en el balcón se podían plantar malvones. A Ruby le brillaron los ojos. Se llevó el dedo a la boca y se pegó la lentejuela en el hoyuelo.

## FABRICA DE MATERIAL DIDACTICO DE MADERA Y MUEBLES PARA JARDINES DE INFANTES

- Sillas y mesas
- Equipamientos para los sectores de dramatización
- Smith Hill, Dienes, etc.

Ventas: Rafael Arturi  
36 Nro. 420 (1900) LA PLATA  
Tel. 021-21-2226 / 021-21-4278

Fábrica: Manzana 20 C - Unidad 1503 -  
(1885) Hudson - Pcia. Bs. As.



## Segundo premio

# Cuando las luces se apagan

Elena Marengo

---

*Elena Marengo: Colaboró en El ornitorrinco. En 1981 un cuento suyo apareció en el libro 12 mujeres cuentan junto a Marta Mercader, Angélica Gorodischer y Liliana Hecker. Obtuvo un premio en Libro Abierto 1982. Ahora es colaboradora permanente de la revista Mascaró.*

---



son nubes, es El. Denso como humo de incendio pero sin cara: Ordradek.

A medida que El habla (no habla pero ¿cómo explicarlo?), parece que Su cara empezara a verse. Kit la ha visto alguna vez y lo sabe, pero no puede recordarla. Esa es la Ley: nadie ha visto la cara de Ordradek y el que la ha visto, la olvida.

Kit se clava los dientes en la mano hasta sacarse sangre; un dolor fuerte hace olvidar el miedo. Pero no se retuerce como las mariposas cuando les clavan un alfiler para ponerlas en la colección. (Perforadas por el alfiler, las isocas se arquean y agitan las patas y Kit las mira morir. Cuando se las sumerge en alcohol, en cambio, apenas patalean y nunca se sabe exactamente cuándo han muerto).

Se oyen los pasos del padre en la escalera. Quiere decir que se van a dormir y que la luz va a apagarse. El padre entra a la pieza y Kit cierra los ojos, fingiendo que es un bebé. El padre se sienta en la otra cama, la grande, y empieza a desvestirse. No sabe que Kit es un gato y ve en la oscuridad. Empuja el zapato del pie izquierdo con el pie derecho y después, el zapato derecho con el pie izquierdo. Los zapatos caen, uno tras otro, plof, plof. El padre se saca los pantalones, los dobla, los cuelga en el respaldo de la silla. Se quita la camisa y las medias y las tira al piso. Se queda en camiseta y calzoncillos. Duerme así.

Inmóvil como las isocas en alcohol, Kit escucha con los ojos cerrados. Primero no se oye nada. Es que el padre todavía está despierto. A la gente despierta no se la oye respirar. A los que duermen sí. Los padres de Kit ignoran esto; si no, sabrían cuántas veces ella ha estado despierta. Al rato (a veces antes de que la madre entre a la pieza) el padre se duerme.

Kit ve en la oscuridad pero también oye los ruidos que nadie oye. Ahora es el tictic del reloj pulsera en la mesa de luz. El tictac del reloj despertador, en cambio, no es parejo. De golpe se acelera, como si redoblara, y después vuelve a su paso normal. Kit se lo ha contado al hermano y él ha dicho: taquicardia. El hermano

de Kit duerme solo en el comedor y desde ahí oye todo lo que ocurre en la casa.

Al rato sube la madre y la última luz se apaga. La madre de Kit es como Kit: ve en la oscuridad. Avanza en la pieza sin tropezar, ni siquiera con los zapatos del padre. Calza chinelas doradas y lleva un salto de cama largo. Tiene camisones con cintas y huele bien porque usa perfumes. En esas cosas gasta la plata.

De noche las horas son fáciles de contar: a las once pasa el carro de la basura; a las doce el Rosarino; a la una el loco Alfredo que grita "Calor ¿eh?"; a las dos los obreros que salen de la fábrica y a las tres los carros del mercado. Siempre es posible calcular las horas de miedo que faltan. Y en algún momento que todas las noches se escapa, llega el sueño. Y las pesadillas. Dan miedo, pero mucho menos que la interminable proximidad de Ordradek oscureciendo las estrellas.

Cuando Kit despierta en medio de la noche, todo ha cambiado. Hay silencio y una claridad espectral que brota del espejo. Es que de noche la maquinaria del espejo se pone en marcha. Los seres que ahí habitan (como Ordradek, sin cara) viven sus vidas en la penumbra. Hacen sus cosas, se agitan y amenazan y Kit los mira hacer, serenamente. A veces es un caballero con los ojos de fuego bajo el yelmo; a veces un hombre con los pies de trapo; a veces Morgan Le Fay. El caballero lleva la mano a la visera, pero no la levanta. Es mejor así: Kit no quiere verlo.

En el espejo Kit no está. De noche no está, porque de noche el espejo es mago y muestra otros mundos. De día no está, porque Kit no está de día. De día hay otra en su lugar. Y a veces no hay nadie. De día Kit se llama Ana.

A las seis suena el despertador y el mecanismo del espejo se detiene. Ordradek, que ha permanecido arriba de la casa todo el tiempo, se aleja. Kit se duerme.

Cuando vuelve a despertar, el sol está en la ventana pero ella, por un rato apenas, todavía es Kit. Se oye la voz de la madre en la cocina:

—Dejame plata.

—¿Otra vez? Ayer te di 500 pesos.

—Los gasté.

—¿En un día?

La madre no contesta.

—Quinientos pesos. Y los gastás en un día. ¿Qué hiciste?

—Me los comí.

Kit oye la bofetada; se sienta al borde de la cama y se pone los zoquetes. Se cierra el buzo y se agacha para atarse los cordones. Entonces oye el portazo y sabe que puede bajar. El día de Ana ha empezado.

En la cocina arde la llama azul del gas. La madre, de pie, se ha quedado quieta frente a la puerta que acaba de cerrarse, tan quieta que hasta los ojos están quietos. Ana dice buendía y la madre la mira. Se acerca y la madre se sobresalta:

—¿Ya se levantó tu hermano?

—No sé.

—Andá a despertarlo. Va a llegar tarde de nuevo.

Ana mira la cara hinchada.

—¿Qué mirás?

Ana va a despertar al hermano, el que duerme solo. Estira el brazo y le toca el hombro. El hermano abre los ojos de golpe, como si no durmiera, y se levanta. Es alto y flaco y le faltan diez centímetros en la pierna izquierda.

Ahora hay que dejarlo solo para los rezos. El hermano se arroja, se sienta sobre los talones y se inclina hasta que el pecho toca las rodillas y la cabeza se apoya en el piso. Ana lo escucha mientras se cepilla los dientes. La voz sube, baja, se encrespa o se endulza según el tono de su conversación con Dios. Después, empiezan los golpes. El hermano golpea la cabeza contra el piso para expiar los pecados.

Terminado el rezo, el hermano va al baño, después a la cocina. Toma el desayuno de parado, sin hablar con nadie y después se va, rengueando en la luz acuosa de la mañana, tan largo y tan flaco que parece que va a romperse.

En la casa han quedado la madre y Ana. La madre se ha quitado el salto de cama y las chinelas que brillan. Se ha puesto un batón y se ha recogido el pelo. Es la hora de la limpieza. Ana espera. Tal vez hoy tenga suerte y le toque barrer. Pero no; la madre ha dicho:

—Andá a desarmar las camas.

Ana sube la escalera y empieza por su propia cama. Siempre empieza por su propia cama, para no tener que tocarla con las manos sucias. Después, el orden ya no importa. Sigue con la cama grande, la de los padres. Toma aire antes de retirar las cobijas: esa cama tiene olor. El padre, e incluso la madre, que huele tan bien a veces, parecen no darse cuenta. Tampoco notan las manchas. Dobla la ropa y la coloca en el repecho de la ventana. Para que le dé el sol.

Baja la escalera y oye gritar a la vecina. El padre de la vecina está enfermo; ha quedado mudo y paralítico del lado derecho. Hay que vestirlo y limpiarlo. Por las mañanas, la vecina lo pone al sol, en el patio. Ana se asoma por encima de la parecita y mira. El viejo no la ve. Tiene la pelada brillante y la mano izquierda golpea rítmicamente el sillón de mimbre. La vecina está gritando:

—De nuevo tuviste que hacerle encima. Viejo puerco.

El viejo la amenaza con la mano. La mujer parece no darse cuenta. Se acerca furiosa. El viejo baja la mano. Cuando ella está suficientemente cerca, saca la mano como un gato y le agarra el brazo. Bajo los dedos, la carne de la mujer forma unos rollos brillantes.

—Soltame —grita.

El viejo no la suelta. Tira del brazo con toda el alma hasta que la mujer se inclina. Ella extiende el brazo libre para aflojar las pinzas del viejo. El aprovecha y, cuando se pone a tiro, le suelta el brazo y se cuelga del mechón que la mujer tiene sobre la frente. Ella chilla como un ratón:

—Soltame te digo.

El viejo tira más.

—Papá.

El viejo sigue tirando.

—Por favor papá.

El viejo la suelta de golpe y la mujer cae hacia atrás, al piso. El mismo envión lo arrastra a él hacia delante, de bruces, y después, como un fardo, también al piso. La mujer lo mira sin moverse, sentada en el suelo. Después se para bruscamente, se acomoda el pelo y lo endereza a él, pero no lo levanta. Se aleja diciendo:

—Ahora te quedás mojado hasta mediodía.

Ana sigue bajando la escalera. Desarma la cama del hermano y después va a bañarse. Cuando sale, sólo le queda tender las camas, lavar su ropa y resolver los problemas de la escuela.

Ana está sentada en la mesa del comedor con el manual y la carpeta. Desde la cocina, llega la voz de la radio. No hay plata y la madre no ha ido a hacer los mandados. Sin verla, Ana sabe que está sentada en el banquito, con los brazos pecosos extendidos sobre el hule y un vaso lleno de vino blanco. Lloro. Escucha canciones cantadas en otro idioma y llora. Cada tanto, tararea un poco y, a veces, baila. Ana se encoje en la silla. No le gusta ver bailar a la madre.

La madre entra al comedor cantando.

—Vení. Bailemos un poco.

Ana no se mueve.

—Yo llevo —dice la madre y la arrastra.

Ana gira. Un-dos-tres. Un-dos-tres. No pierdas el compás. Brazos pecosos de la madre que sonríe. Ana intenta contar las pecas. La madre canta la-larí-lalalá y Ana da vuelta la cara para no sentir el olor a vino. ¿Cien? ¿Mil? ¿Diez mil pecas? Ana equivocó el paso adrede y obliga a la madre a perderlo.

—Si serás tonta.

Un-dos-tres vuelve a marcar la madre y salen de nuevo dando vueltas. Ana intenta luchar otra vez pero la música es más fuerte que la gente. El cuerpo empieza a bailar solo. Desde lo alto, Ana lo mira bailar. Los pies, allá lejos, hacen piruetas y el olor de la madre se acerca, el olor de la piel, no el olor del vino. Ana se para en seco y se zafa de un tirón.

Sale corriendo y se encierra en el baño. Sentada en el piso, en el único rincón libre, escucha. No piensa en nada, sólo escucha. Cuando vuelve a pensar, la madre está entrando al baño. Ana se cubre la cabeza con los brazos. Sin embargo, la madre sólo la mira. Después, levanta las manos con las palmas para arriba. “¿Qué querés que haga”, dicen las manos de la madre. Pero la madre dice:

—Andá a comprar bizcochitos. Tenés que comer algo antes de ir a la escuela.

Ana se levanta. Agarra la plata. Sale. Ida y vuelta por la misma calle que tomará dentro de quince minutos para ir a la escuela y después de la escuela, al volver a la casa. Serán las cinco de la tarde. La madre tal vez estará durmiendo y el padre tal vez no habrá llegado.

Ana come los bizcochitos, se pone el delantal y sale a la calle. Falta mucho todavía para que Kit vuelva.



## Tercer premio



# El mimo

Sonia Catela

---

*Sonia Catela: Es rosarina. Ejerció el periodismo en diversos medios. Tiene escrita una novela, inédita aún, Sí, señora. Sus cuentos han aparecido en diversas antologías. Este año publicó su libro de cuentos Los soles perdidos que fue seleccionado en el concurso del Fondo Editorial de la Provincia de Santa Fe.*

*Es directora de Revista de las tierras planas.*

---

Entró, se sacó el sombrero que no tenía, dijo buenas noches sin voz, se sentó a comer alimentos que no había en muebles que tampoco.

Tragó los manjares y se limpió la cara con una servilleta inexistente pero muy tersa. Buscó un diario que crujía al voltear cada página aunque no se percibiera sonido alguno. Pero, ¿qué es esto? Hay una noticia inquietante. Sí, muy inquietante.

Francamente, cada vez anda peor el mundo.

No se puede creer, dice el mimo sin decir.

Inaudito, repiten sus ojos descentrados.

Hay que tomar alguna medida.

Se levanta, en busca de lo necesario, ¿acaso una pastilla sedante?.

Corre un cajón pesado y secreto.

Observa que nadie lo espíe.

Extrae dos mantas que deposita mullidamente sobre una silla en el espacio.

Descuida algunas polillas que vuelan. En el fondo está el arma que saca; un rifle o una ametralladora, no se alcanza a ver, puesto que rápidamente la oculta bajo el sobretodo.

Sale a la calle.

Se abre camino entre el gentío.

¿Adónde va?.

Ah, ya sube a una torre. ¿Llegará? Mira hacia lo alto, es tan pero tan alta. Se hace difícil subir porque sopla el viento de octubre, muy fuerte. Y el rifle o fusil pesa.

Pero un esfuerzo extra y ya gana los últimos peldaños. Resopla para recuperar el aire y aplacar la fatiga del sobreesfuerzo. Abre la puerta que rechina mudamente. La puerta del último piso de un rascacielos. Qué amenazador se encuentra el cielo. Allá apenas flotan algunos alcuaciles. El francotirador se atrinchera y apunta, su cara denota el sufrimiento, el agudo horror que lo recorre en espasmos. Llora. Y empieza a disparar.

A mi lado cae una mujer, bañada en sangre. Y yo siento apenas un ardor de fognazo sobre el hombro; mientras las cabeza de mi vecino vuela en cartílagos y zumos, voy deslizándome hacia el suelo alfombrado, póstumos destellos de mi visión enturbiada. Se escucha un grito de animal acorralado en la platea. El mimo guarda su arma cuando ha abatido al último espectador. Saluda, se retira por el foro consultando su reloj. A las nueve le espera la segunda función de "Las faenas necesarias".

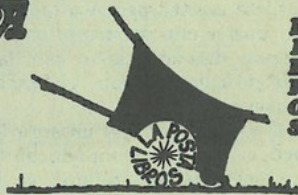
Aplaudimos tibiamente.

Librías SA  
JUVENILIA

49 - 539 TEL. 38562 - 49 - 541  
49 - 543 MAYOR TEL. 213582

1900 LA PLATA

LA POSTA



LIBROS

PTE. JUAN D. PERON 4925

BERAZATEGUI

## Otros ojos los perversos

Jorge Mirarchi

---

*Su nombre completo es Jorge Armando Mirarchi, pero en el barrio le dicen el acaparador, tal vez porque a juicio del jurado tres de sus trabajos merecieron ser publicados.*

*Es integrante de la redacción de El ornitorrinco. Tiene un libro de cuentos guardado en un cajón esperando la editorial de nieve que sabe arrancarlo.*

---



agame ahora—dijo la mujer, recostándose contra la madera que revestía la pared, al lado de la cama.

El tendió los billetes que la mujer agarró con ademán rápido y contó a la luz del velador. Los dedos de la mano derecha se movieron, hábiles, y la plata se convirtió en un rollito que desapareció

en la palma de la otra mano.

Se sintió vagamente arrepentido; se había quedado parado al lado del espejo, mirándola.

La mujer dejó la cartera sobre la mesita de luz y se quitó la pollera; la plata guardada en la mano izquierda no molestó sus movimientos, se sintió fascinado por la práctica mecánica de todo eso. Finalmente ella cruzó el cuarto a grandes pasos de sus piernas huesudas y se asomó a la puerta del baño. No era joven.

—Ponete cómodo—dijo y después desde el baño —enseguida vuelvo—.

Vio que dejaba el rollito de billetes sobre el estante del botiquín.

—Esta boluda me confundió con un ratero— murmuró y empezó a desvestirse con lentitud.

—¿Qué dijiste?— preguntó la mujer a través de la puerta abierta.

—Nada.

—No te impacientes papito, ya voy.

—Sí—dijo él, riéndose. Y después dijo en voz muy baja —La necesidad tiene la cara traicionera (o tal vez fuera mejor: la traición tiene cara de necesidad; pero ¿a qué viene esto?).

La pieza era tan pequeña que el hombre no tenía a dónde mirar sin toparse con su imagen en alguno de los espejos —él ahora totalmente desnudo, salvo por las medias, lo que acentuaba el aspecto ridículo— o con las formas envejecidas de la mujer lavándose en el baño.

Se tiró sobre la cama sin abrir las sábanas. El malestar que le provocó el gesto desconfiado de la mujer fue intensificándose. “Debo tener cara de cretino”, se dijo. “El problema era de ella, seguro, hay que ver cuántas veces la habrán cagado”. El había tratado de no traicionar a nadie en su vida, era una especie de orgullo, tal vez el único que podía tolerarse.

—¿Sos nuevo en el barrio?— preguntó la mujer.

—No—dijo.

Muy caro ese orgullo, tantas veces le habían pagado con la burla su excesiva confianza, su ingenuidad. Era una especie de saber denegado que lo llevaba con obsesividad neurótica a persistir en ese modo dócil, en ofrecerse casi a la falsedad de los otros, al interés y al uso. Y nadie lo había comprendido.

—No te había visto antes—dijo la mujer.

Desde chico fue así para él; podía citar un desengaño, una infidelidad, una burla o una traición para cada momento de su vida. Podía citarlas porque las recordaba todas, hasta podría anticipar lo que esta mujer llegaría a hacer si le daba un poco de tiempo.

—Hay que tener cuidado, sabés. Ahora te dan treinta días caua vez que te agarran.

Apoyó la cabeza sobre el brazo. El movimiento puso a la mujer en el ángulo de su visión. Ella se estaba lavando tan meticolosamente que lo aburría.

—¿Cómo te llamas?— preguntó casi sin pensar en lo que decía.

—Alicia—dijo la mujer.

Alicia, no ves; por ejemplo había habido una Alicia, recordó con tortuosa alegría, como quien deduce una complicada álgebra.

—¿Y vos?.

—Juan—dijo. ¿Cuánto tiempo hace de Alicia; veinte, veinticinco años?. Sí, Alicia, dios mío, cuánto tiempo; pero si se esforzaba podía recordarlo todo, todo, hasta la traición, porque siempre, se dijo, siempre hay una traición. Buscó el botón de la música y lo apretó: rock, y bueno, bajó el volumen y lo dejó sonar.

Alicia tenía un hermano, se llamaba Daniel. Vivían a la vuelta de su casa, de la casa de los viejos, en la calle Loria. Qué barra de pibes aquella: el viejo de Pedro, que era loco por las novelas policiales, los llamaba, forzando un poco la cosa, los quince indiecitos. Pedro por supuesto, como vienen los nombres, de refilón, tratando de no hacerse notar, como si supieran.

—Por qué no me pedís un whisky, papito—dijo la mujer todavía en el baño.

—Oíme—dijo el hombre, con voz apagada.

Ella se asomó con una toalla en la mano. Sonreía y eso acentuaba las arrugas de la cara.

—Pará, ¿qué entendiste?— con la mano libre echó para atrás el



pelo que le caía sobre la frente —Lo pago yo papito— dijo y lo miró divertida.

El no dijo nada. Pedro y él eran como hermanos, no necesitaban hablar para entenderse. Levantó el teléfono, no se escuchaba nada, sólo el chisporroteo de la corriente. Osvaldo también; ése sí que era derecho, como buen hijo de polaco, con sus pasiones sucesivas, primero la Legnano de carrera y después, refulgente, la Gilera, negra y lustrosa.

—Diga —dijo la voz en el auricular.

—Mándeme un whisky a la habitación . . . —buscó el número sintiéndose tonto, igual que cuando se bajaba mareado de la moto después de una buena medida de fierro.

—Con hielo —gritó la mujer desde el baño, al mismo tiempo que la voz en el teléfono decía “está bien señor” y colgaba, antes que él repitiera “con hielo” deseando encontrarse a mil kilómetros de allí y otra parte de su mente, independiente, argumentara que en el conmutador deben tener los números de las habitaciones sin que por eso mejorara su ánimo.

—Gracias amorcito —dijo la mujer.

Entenderse sin hablar, era fácil. Se iba haciendo de a poco, sin darse cuenta, como la vez que jugaba de arquero y Mori, después de gambetear al polaco y a Pedro, le metió un bombazo a quemarropa. Y él, no sabía cómo se encontró con la pelota en las manos, las manos ardiendo y un gusto a trompada en la boca y la mirada de Pedro desde el suelo que lo decía todo. Era fácil.

Tampoco necesitaron hablar cuando el asunto de los hermanos Gómez, los dos hermanos recién llegados al barrio, que Daniel y los otros querían aceptar en la barra así como así. Pedro y él y también el polaco se negaron porque la barra era una cosa seria y ellos nunca habían aceptado a nadie sin un período de prueba. Daniel se plantó en la contraria; Pedro le dijo que si insistía ellos se abrían de la barra. Alicia había estado mirando, mirándolo a Pedro, con los ojos llenos de lágrimas, sin hablar, detrás de su hermano, mirándolo también a él (a mí que creía saber tu secreto y con una torva sonrisa trataba de ocultar el miedo de que te interpusieras entre Pedro y su decisión). Pedro y Daniel se mantuvieron cada uno en lo suyo y la barra que parecía eterna se dividió en dos. La separación fue en serio y los dos grupos no se hablaron más, ni siquiera se miraban cuando coincidían en la calle. Así el mundo cambió, parecía que nunca iba a tener amigos como eran ahora Pedro y Osvaldo, que los tres eran capaces de llevarse todo por delante. No necesitaban a nadie más.

Llamaron a la puerta. La mujer, llamada Alicia, salió del baño y sus pequeñas nalgas flácidas se bambolearon mientras caminaba hasta la puerta y volvía con una bandeja en la que tintineaba un vaso con whisky. Dejó la bandeja en la mesita de luz y se quedó con el vaso en la mano, haciéndole dar pequeños círculos en el aire.

Claro que se acabaron los partidos de fútbol, pero descubrieron un mundo nuevo que siempre había estado allí, tapado por

los árboles, esperando. Afuera, en las calles, las hordas de los bárbaros se adueñaban de todo, especialmente del fútbol.

Alicia espiaba detrás de las ventanas y él sorprendía a veces la misma expresión en los ojos de Pedro. Algunas cosas no las entendía, aunque tratara de hablar. Pero de Alicia no hablaban.

—¿En qué estás pensando, papito? —dijo la mujer, con una rodilla apoyada en la cama. Tomaba el whisky en pequeños sorbitos.

La miró sin contestar. Nunca, aunque a veces lo hubiera deseado, había hablado con Alicia. Esta otra cambiaba la melancolía por una mezcla de aburrimiento y cansancio, sí, cansancio en cada rincón, en cada músculo de su cuerpo. Era una Alicia presente, una Alicia de la realidad, más allá de las ventanas, Alicia cansada, regina apostolorum.

La mujer trepó a la cama y puso una mano sobre el vientre del hombre.

—Vamos amorcito, qué te pasa.

El cansancio no tenía nada que ver, ella hacía el esfuerzo como un challenger, iba al frente, se ofrecía a los golpes. El sonrió; sí, se notaba que conocía de sobra los golpes, si hasta le veía las huellas en la cara, en esa colección de arrugas demasiado rápidas, demasiado duras.

—¿Se te fueron las ganas? —preguntó con una sonrisa profesional y perversa. Tan perversa esta Alicia, sonriéndole a él, a Juan, como si no supiera que Pedro se moría por ella. Pero siempre que pasaba solo frente a su casa, ella sonreía detrás de la ventana, me miraba y sonreía. Más de una vez quiso hablarle, pero nunca lo hizo.

—¿Necesitas un poco de inspiración? —dijo acariciándolo. Lo dijo con parecido cansancio al que él sintió aquella tarde fatídica, cuando al salir distraídamente a la puerta de la calle Loria los encontró a todos juntos, riendo y hablando a gritos, como sobreactuando, a Daniel, al polaco y los otros. Y allí, en el medio, en el centro de la traición, Pedro, Pedro amigándose con ellos, hablando como uno cualquiera de la barra y un paso más atrás, sonriendo con toda su boca pecaminosa, Alicia sonriendo, sonriéndole a Pedro ahora, Alicia triunfando en la reconciliación de la barra, regina apostolorum, dejándolo solo a él, que se sentía hundir en los remolinos interminables y rencorosos de la traición. La traición, no más que la vida, que sigue y sigue.

—Y papito, ¿qué pasa? —dijo la mujer mirándolo ahora directamente. Había una nota de desconfianza en su voz.

Y entonces él se había metido de nuevo en su casa, con las manos en los bolsillos, escapando, tratando de negar lo que había visto —¿por qué Pedro lo había abandonado? —buscando explicaciones imposibles, rogando después porque ellos no lo hubieran visto a él, hasta que todo terminó importándole un pepino. Y al día siguiente salió como si cualquier cosa y se juntó con los muchachos sin decir una sola palabra.

—Bueno, era hora —dijo la mujer llamada Alicia.



carpe diem

Libros

47 n 621 local 6 La Plata



LA CASA DEL SOL

Libros

Laprida 165 - Local 27 LOMAS DE ZAMORA

**CONSULTA**

**SI**

**NO**

- A la verdadera creación, al talento y la autenticidad.
- A la novela, al teatro, la poesía y el ensayo.
- A las obras que no subestiman al lector
- Al best-seller que no apela a recetas facilistas porque desprecia de la producción en serie
- A la originalidad de nuestros mejores escritores
- A las traducciones hechas por profesionales responsables
- A los libros que nos dejan pensando
- A quienes consideran que la literatura es mucho más que un mero negocio

SI USTED VOTA POR EL **SI**

USTED VOTA POR NOSOTROS...



**EDITORIAL GALERNA**

CHARCAS 3741

1425 BUENOS AIRES - ARGENTINA

## Las apacibles noches de Flora Bausam

Carlos Balestra Duarte

*Carlos Balestra Duarte: Nació en el 49 en Tacuarembó, del otro lado del río. El molino de pimienta publicó un poema suyo extraño y conmovedor: Threno por Erik Satie. Nadie había publicado antes ninguno de sus trabajos. No sabíamos que también escribía cuentos, pero él acá nos demuestra que sabe hacerlo.*



se domingo el tedio y los insectos ponían en el aire una suerte de rumor anticipado, como una sospecha tenebrosa y constatable. No me sentía exageradamente desgraciado pero tenía una rabia mansa metida entre el pecho y los pulmones, un deseo impronunciable de que el cielo se precipitara borrando el paisaje de una sola vez. El ómnibus se detuvo con un ruido de poca cosa y en desuso, algo que relacioné con la miseria. Estaba imaginando las expectativas de las personas que esperaban, espiando cómo sus ojos se metían por las ventanillas del vehículo cuando la ví descender pausadamente como una bailarina en su mejor noche; era una ofrenda magnífica para el lugar, para mí, para los que la sobreviven. Perfecta en el vestido de jersey negro partió el mediodía con sus senos puntudos como jabalinas. Nada antes y nada después para los pobres trashumantes de ese día. Cuando el taxi se la llevó entre el polvo y el asombro, me quedaron flotando sentimientos viejos que había logrado enterrar hacía mucho; algunas ideas enredadas sobre el destino, la ilusión y la desesperanza. el sol continuó golpeando despiadadamente, quedó como una telaraña finamente tejida de la imagen de Flora Bausam entre el susurro de los plátanos. Así fue ese domingo, ahora que sólo se la presente en el polvo de las veredas o en el aliento de alguna adolescente. Flora Bausam. Pero yo sé más, puedo nombrar la mierda y desnudarme, me están permitidos el odio y el sinsentido de este juego. Ahora que el silencio se ha metido por las puertas y ventanas de las casas serias, de los hoteles, de los bares y burdeles, sirviendo para prolongar una sobremesa cualquiera. Puedo, porque incendié los escasos escrúpulos que poseía para perderme en los días y las noches de Flora Bausam.

Uno siempre dispone de tiempo para aburrir a alguien, por suerte para mí la víctima de esa sentimiento era Seguí, el diariero. Me gustaba, fue desde siempre el más admirable estafador de corazones que he conocido. Lacónico, indiferente, no se permitió nunca frecuentar a los demás, pero a veces hablaba. Me dijo que la mujer vivía sola en una casa medio derrumbada cerca del río, que compraba revistas sobre música y nada más. La volví a ver una tarde de calor insoportable, de perros con la baba colgando. Mis huesos gemían entre la fina tela de la camisa

como los de un muerto ilustre, en ese momento la mujer se perfiló en la reverberación del cemento como una estampilla de época. Extraña en el paisaje que cedía a cada uno de sus movimientos, crecía y se concretaba a medida que avanzaba. Más allá del ruido monótono de la fuente sólo existía el sol, las sombras escasas y la mujer con un rostro blanquecino y anticuado. Con el mismo esplendor irreductible que traía se desdibujó rápidamente ante mí. Calle abajo Flora Bausam se perdió canturreando una canción deshilachada, insinuada en el balanceo voluptuoso de sus caderas.

Fue esa tarde que decidí tenerla y no querer ningún momento que no contuviera a la mujer y al escurridizo pez de su destino.

Una noche de cerveza y proyectos moribundos se lo dije a Seguí, sin sorprenderse habló mirando la calle.

—Se puede intentar, compra revistas y es indiferente quién se las lleve.

Después me arrastró como una balsa a la deriva hacia un pasado recordado a medias, con mujeres en venta, cuando sus manos no temblaban y la carne era firme. Sólo a él le permitía ese manotazo desesperado en busca de un rostro, un lugar, dos o tres nombres propios elegidos al azar, era como verme hablar. Una música en sordina sonaba detrás nuestro, en el fondo algunas personas continuaban en la languidez obligatoria de las confidencias.

—Puede elegir cualquier día, una noche insustituible para los dos, en cuanto a mí, imagínense, soy de los que traman.

Comenzaba febrero, de manera que elegí una tarde acuarelada y con un fajo de revistas que mixturaban a Berg, Berio, Cage con instrumentos musicales impensados me detuve excitado frente a la puerta de madera de la casa del río. Flora Bausam colmó el espacio rectangular como el residuo que un sueño aterrador deposita en la conciencia, justo en el umbral de la mañana. Coincidió con la mujer que había bajado el domingo en la terminal. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada infeliz, movió con desgano los labios finos y dijo algo sobre las revistas, luego se hizo a un lado.

Había llegado con Seguí a un acuerdo silencioso, una vez por semana pasaba por el kiosco y él me entregaba un paquete que tenía preparado, me decía el precio y un saludo que siempre

era un deseo. El dinero que le entregaba al día siguiente salía de mí, pero nunca lo supo. Con las revistas bajo el brazo buscaba las calles menos transitadas. La casa no estaba lejos pero mi impaciencia multiplicaba las cuadras. La mujer se paraba en la puerta siempre de la misma forma, la boca apretada, pretendiendo contener una tos seca y espaciada que insistía en volver.

—Es usted, pase— decía y me daba la espalda.

Hablaba poco, se sentaba en un sillón de vaivén y me miraba con el tiempo a su favor. No demostraba curiosidad por los fascículos, los dejaba sobre una mesa que estaba en uno de los ángulos de la habitación. Algunas veces también yo la miré con persistencia, esperando el momento exacto que me permitiera saber cómo y quién era Flora Bausam. Tenía el rostro pálido y anguloso como el de una muñeca atípica. De su belleza primigenia quedaban aún rastros pero el mundo se había llevado la mejor parte. Suavemente, como si saliera del río la música de Berg comenzaba a llenar los intersticios de la casa. La mujer desaparecía unos minutos de la escena. Yo la esperaba temblando de dicha mientras por mi espalda bajaban gruesas gotas de sudor. Cuando reaparecía venía de otro lugar, apenas la tos introducía en el lugar un dato cotidiano. Amenazante en su vestido de noche se paraba junto a un mueble maltrecho y se reía con fuerza, tirando la cabeza hacia atrás. —Usted todavía no comprende, además no está obligado a hacerlo, pero algún día entenderá que uno no puede escapar de lo que es —me hablaba como si yo fuera un niño— después ensayaba unos pasos insinuantes, yendo de un extremo a otro de la sala, moviéndose cadenciosamente mientras yo fumaba y la miraba con la certeza de que nada ni nadie nos podía dañar.

Seguí bajó los ojos y se tiró hacia atrás en la silla. Estaba sentado en el rincón de costumbre, junto a la ventana. De nuevo buscábamos los recursos más placenteros para soportarnos.

—Claro, la música es algo inexplicable, un territorio extraño que no todos pueden habitar. Y este comienzo habla de un pasado venturoso, de súbita gloria que no sabemos por qué devino en eso que usted noche a noche ve en la casa del río. Tiene suerte por ahora —me habló mirando por la ventana el día que revoloteaban en el asfalto.

Después que dejaba a la mujer inmersa en el tumulto incandescente de su casa una multitud de dolores placenteros confluían en mí, la garganta se me cerraba con una aspereza inusual. Entonces corría riéndome hasta llegar a la sórdida pieza que alquilaba en la zona suburbana de la ciudad. Una vez allí, procuraba vanamente saber. Acurrucado contra la cama buscaba, en el haz de luz que se filtraba por una rendija de la ventana, un signo definitorio que alejara cualquier duda. La noche, callada y protectora, me traía a lo sumo el grito maravilloso de algún gato haciendo el amor.

Nada me impedía referirle a Seguí los vacuos epílogos a los que me entregaba, hubiera escuchado atentamente mientras sorbía su cerveza. Pero esas inclemencias nos estaban vedadas.

—Algo comenzó a rodar, está enferma. No digo que sea definitivo, pero se ve. Usted puede pensar en otra cosa, un subterfugio de mujer, algo sin importancia.

El ruido del líquido, bajando por la garganta, era el único indicio de que nos encontrábamos a unos pocos centímetros de distancia uno del otro. Otra vez sonó en el fondo una música caliente, baiao quizá. Resolví no querer ningún dato sobre la mujer que emanara de mí.

—Sabe muy bien que somos dos insignificantes prestidigitadores y ahora, porque sí, nos imponemos un final. Pero no, todo indica que no —me dije en voz alta—.

Un silencio viscoso se desparramó sobre la mesa y quedamos, música mediante, dos hombres y una mujer en una ventana de café como un paisaje nebuloso, repleto de líneas dispares. La mujer un tanto más borrosa, construida con trazos apurados pero no menos palpable que nosotros.

—Aquí o en otro lugar, siempre un río supone arena y embarcaciones, hombres miserables en sus orillas, robo y prostitución, noches de tantán y alcohol barato, promesas hechas a la luna; es impensable de otra forma una prolongación de agua y una ciudad. Rozándose con todo eso la vieron un atardecer a Flora Bausam, descalza y sonámbula, mojándose el ruedo del vestido en el agua tibia. Estuvo sentada en un bote varado, de tablas podridas, que ya no era de nadie.

Miraba detenidamente el agua oscura, las tonalidades que denotaban la profundidad o alguna luz que moría atrás del horizonte. Después caminé, corrió sacudiendo sus senos pequeños hasta dolerle. Cansada, se detuvo junto a una fogata donde una música monótona mezclaba estribillos recurrentes. Seguro que se demoró en los rostros que palpitaban con las llamas, cambiando de color. La aceptaron y bailó riéndose despreocupadamente, la noche se sumó al sonido del tantán y a las caras que observaban sin comprender, a la carcajada de la mujer que, como una bailarina en su debut, se movía ondulante bajo las luces del triunfo con los aplausos discordes empapados de bebida y deseo. Sobre el final es probable que Flora Bausam se haya perdido entre los médanos que decoran la playa, con el vestido pegado a su cuerpo sudoroso, revolcándose en la arena amarilla, dejando que penetrara entre sus muslos blancos. Y también es posible que no estuviera sola. —Ya lo ve, dijo Seguí, el comienzo ha sido estúpido, la primera imagen es la que importa.

Ahora corresponde esperar los ladridos, nada sabemos todavía pero sólo es cuestión de tiempo.

Ella no los escuchó, pero tímidamente comenzaron a irrumpir en distintos lugares de la ciudad. No eran reconocibles, nadie los emitía pero todos los perpetraban. Una noche, en la cual nos estábamos acechando en la penumbra, la mujer tosió dos o tres veces y a pesar de la escasa luz vi en el pañuelo la mancha púrpura. Cuando pudo controlarse la cabeza cayó hacia un costado y la boca, intensamente rosada se contrajo con dolor. Estaba sentada en el piso, cerca del radiograbador, cambió el cassette y Alban Berg se nos juntó piadosamente.

—Venga bailemos, usted trae revistas y me mira, piensa y se deja estar. El tiempo no le importa y eso es admirable ¿Pero qué sabe del tiempo y de mí?.

Rodeó mi nuca con sus brazos largos y sentí su aliento ácido llenando mi rostro, lo aspiré con fruición sabiendo lo que era. Sus senos duros se aplastaron contra mí y me dejé llevar por sus movimientos. Su lengua, repleta de una saliva viscosa, jugó con mis encías, lavando cada uno de mis dientes, llevándose el sabor amargo del tabaco. La busqué de la misma manera y separó el rostro bruscamente.

—No, a destiempo, como soy yo.

Volvimos a bañarnos en nuestras salivas pero ahora yo sabía los límites. De pronto la mujer se desprendió dejándome en mitad de la escena como a una marioneta que le han cortado los hilos.

—Usted pobre farsante, que paga mis revistas y viene cada noche para no aburrirse, usted que no sabe qué hacer con su tiempo y juega a llenarlo conmigo pero no se atreve a conocerme. Nada es casual, ya lo sabrá. Existen hechos magníficos que merecen prolongarse y que nadie puede desviar. Ahora márchese, no es rabia lo que aquí se nombra, estoy cansada y además no me quedo sola —terminó de hablar y giró la cabeza hacia el radiograbador.

Se acercó y pasó su lengua por mi rostro, mojando mis párpados completamente; ya en la puerta alcancé a oír la tos mitigada por el pañuelo. Salí como un ladrón que se lleva un botín descomunal. Esa noche el gin tuvo para siempre el olor de la saliva de la mujer.

Lo que yo no quería ver tomó su forma deletérea un lunes. Al día siguiente Seguí me lo confirmó.

—Ayer al fin los perros fueron a su casa. Eran dos y vestían como

usted sabe, no necesitaron orden judicial o alguna basura de ésas, el resto es fácil de imaginar, creo que le importa.

Unas horas después me dirigí a la casa de la barranca pero elegí otro camino que duplicaba el trayecto de siempre. Cada tanto me detenía a mirar las esquinas y las sombras que se movían engañosas. Un hombre pasó por la vereda opuesta silbando, me fue imposible no pensar en ellos, pero se perdió en sentido contrario y me tranquilicé. Esta vez no llevaba revistas y no importaba; golpeé y entré sin ruido, crucé el pasillo, en la sala el olor a humedad y al perfume dulce de la mujer me devolvieron el sentimiento de estar en mi lugar. La encontré en el sitio de costumbre, con los cassettes y las revistas desparramadas a su alrededor. Ocupé mi puesto sin una palabra, la mujer levantó la cabeza y detuvo sus ojos en los míos. En su rostro no encontré nada nuevo, nada que yo no conociera.

—Perdone la confianza, entré solapadamente pero el tiempo ha pasado y supongo que no le molesta.

Movió la cabeza aprobando. Un ruido metálico denunció que la cinta había terminado. En el ambiente se escuchaba la respiración entrecortada de la mujer; el pañuelo trazó en el aire una línea perfecta desde el suelo hasta su boca y allí murió la primera tos de esa noche. El círculo rojo decoró la fina tela blanca que desapareció debajo de una de sus piernas. Buscó entre las cajas de plástico lo que yo conocía sobradamente: La Suite Lírica de Alban Berg en versión de la Orquesta Nacional de Zurich. Era un registro viejo, lleno de imperfecciones. Cruzó los brazos sobre las rodillas y apoyó la cabeza, miraba el piso, los muebles, pero estaba lejos de todo eso.

—Usted lo debe saber, pero ignora los detalles. Estuvieron aquí mismo, es extraño todo se desarrolló como ahora, ahí donde está usted estaban ellos preguntando y amenazando. No sé exactamente qué buscaban porque nada buscaron.

Como una letanía continuó hablando, indagando algo que para mí era obvio: los perros habían encontrado dónde escarbar. Me tiré en el piso, a su lado y le besé los ojos. Me ofreció la boca con su olor agrídulce, de fruta descompuesta. Bajé la mano por su espalda huesuda, se retiró un poco y me dio el pañuelo.

—Quiero que se acueste y lo huela, ahora mismo. Por favor no haga nada, aspire la música y el pañuelo, me sentiré de otra forma pobrecito farsante y después, después me recordará.

La tela, llena de coágulos rosados cayó sobre mi rostro y la música volvió. La mujer apoyó delicadamente su cara en mi vientre, los dedos lucharon con el cierre del pantalón y la mano gélida buscó hasta encontrar. La boca y la Suite comenzaron a oscilar, su lengua como un arco de violín cruzó mi sexo una y otra vez hasta que la última nota llenó la boca de la mujer desapareciendo entre sus encías, bajando por la garganta rumbo a su interior desconocido.

Me escuché toser tímidamente en el pañuelo mientras la mujer reía.

—Ahora para usted ya no será igual, dijo Flora Bausam.

Desde aquí, en este preciso instante puedo mezclar los momentos, dar vuelta los cajones de la memoria, sólo me está prohibido el olvido.

Después de la noche en la cual la mujer se bebió con avidez mi sabor, no regresé a su casa por una semana, tampoco ví a Seguí. Metido en mi agujero soportaba el calor tendido en la cama, me adornecía lentamente imaginando en la penumbra formas y colores. Algunas veces miraba mi cuerpo desnudo en el espejo mugriento del ropero, una de las imágenes se alejaba de la otra. La música de Berg volvía cada vez con más nitidez y noté que mi sudor tenía un olor nuevo, como a herrumbre. El último sábado de febrero, cuando la luz languidecía fui al bar y me senté junto a la ventana. En el momento que el mozo se alejaba Seguí entró. Se sentó lleno de cansancio, con los ojos puestos en las luces de

neón que le daban a la plaza un aspecto mortecino. Buscaba el comienzo.

—Ahora lo voy a abandonar, alguien tiene que salvarse. En estos días, no sé y no importa dónde estaba, volvieron a visitarla dos veces, pero ahora con ellos estaba un médico. Esta es su historia y nadie debe torcerla. Suerte muchacho.

Lo miré a través del vaso, tosí dos veces y él corrió sus ojos hasta mí. Por única vez su rostro me resultó lejano. Me estuvo mirando unos segundos que fueron eternos y que ahora me resulta difícil de olvidar. Se levantó con urgencia pero se quedó de pie junto a la mesa, mirando las baldosas sucias.

Nadie sabe nada, es cierto. La incertidumbre lo devora todo, pero me doy cuenta que tiene otro rostro, blanco y frío. Adiós, en días venideros le haré llegar las revistas, las va a necesitar, no me agradezca nada, usted no imagina lo que pasa por mí.

Atravesó la calle bordeando uno de los canteros de la plaza y cruzó en diagonal hacia el extremo opuesto del bar. Caminaba encorvado, mirándose los zapatos. En ese momento supe que nunca había sentido ternura igual por nadie. Claro que ahora me resulta fácil conmoverme con ese recuerdo, cada tanto lo hago. Pero esa noche no le creí, pensé en otra de sus trampas. Desde la misma ventana en la cual él jugaba con los demás aposté otro trago a su retorno en pocos días.

Desde aquí el tiempo es algo similar a un sonido que no termina nunca, como una baba gigante que se traga todo y en su camino va juntando lo que pudo ser y lo que fue. Y siempre en el final me sitúa en la última noche que ví a Seguí, cuando pude decirle lo que ya había decidido, que me quedaba apenas una posibilidad, un golpe certero en la cara del destino y tenía que ganar, decirle que todo ya estaba inmerso en ese mediodía en que la mujer descendió del ómnibus sacudiendo el polvo de la calle y que ahora para siempre está en mí.

Con desgano logré alejarme del bar, mis manos sudaban como nunca antes. Entré en mi habitación y el olor a encierro me trajo recuerdos antiguos, de mis primeros días en la buhardilla, soledad, asco y alegrías momentáneas, cosas así. En un viejo bolso metí un poco de ropa, los libros de siempre y un resto de dinero que milagrosamente tenía. Desde afuera me detuve a mirar la puerta desvencijada que tanto tiempo me había protegido. Tenía una urgencia incontrolable pero cada tanto me tenía que detener invadido por una fatiga nueva que me sofocaba. Conocía los horarios de los micros sobradamente, el primero salía a las siete de la mañana próxima. Los escasos viajeros que estuvieran en la terminal nos mirarían con sorpresa pero nada más. Después ella y yo con un rumbo incierto que de todos modos sería el mejor. Cuando la ciudad despertara quedaría tan solo un efluvio, un sueño llamado Flora Bausam y luego nada. A lo sumo un recuerdo que la rutina y el hormigueo incesante de los hombres borraría para siempre. Quizá no dije todo esto porque Seguí sabía más, poseía mi final es decir este presente. Por ejemplo que me detenga aquí por hoy y deje que la memoria siga tejiendo sola, sin consultarme y también porque es el momento de poner la Suite Lírica, es cierto que el vestido de jersey negro me incomoda un poco, pero no me queda mal. Cuando me observo en los cristales noto que lo arrastro distinto, supongo que el tiempo y la costumbre de su ausencia me ayudarán a soltarme lascivamente como ella lo hacía, a pararme con un brazo apoyado en el marco de la puerta esperando las revistas, a tener en mi piel el olor del sexo de Flora Bausam y su transpiración agria. Ahora comienza Berg, la melodía sube trepándose a los muebles y arrastrando todo en un vendaval descontrolado, es el momento de bailar. Con el pañuelo de la mujer apretado en la mano siento cómo el violín se incrusta en mi vientre y la escena se precipita sostenida por mi tos, mientras giro sin control en la penumbra tirando la cabeza hacia atrás, metiendo en el tiempo una carcajada larga que retumba y nos junta para siempre a escondidas de la ciudad que duerme y nos ignora.

---

## La prehistoria de la historia

---



l analizar el cosmos místico se desentraña tanto el tiempo como el sentido lúdico de la historia, decía mi padrino de tesis, "herr profesor" Gustav Gusdorf. De ahí que me pusiera a pensar: quiénes y cómo habían sido los hombres que signaron mi vida.

Todos fueron héroes.

De Rip Kirby me acuerdo de la pipa, los anteojos gruesos y de la novia peinada con una coronita de trenzas rubias alrededor de la cabeza. Ella lo visitaba en su departamento de soltero, donde él vivía con Desmond, su mucamo, que había sido ladrón de joyas finas, y le servía té y opinaba desde su óptica de ladrón reformado, y le cantaba los nombres de los ladrones posibles de acuerdo al estilo de cada robo. La novia rubia también opinaba, pero no me acuerdo desde qué ángulo. El principal era Kirby, que resolvía el caso con una hermosa hipótesis de su pensamiento deductivo. Siempre vestía traje oscuro y corbata rayada, la cara del color de las hojas de El Tony, y algunos espacios blancos simulando incipientes canas. Rip Kirby, que de verdad se llamaba Remington Kirby, como la máquina de escribir, tenía una profesión insólita dentro de la sociología de mi familia y del barrio. Ninguno de nosotros conocía un investigador privado.

¿Qué puedo decir de Mandrake?. Con capa, bastón y chistera. Tenía algo tan sobrenatural y opulento que sembró en mí la frondosa imaginación que me caracteriza. La princesa Narda, en cambio, nunca me gustó. Kilómetros luz de la novia de Kirby. Narda, como buena aristócrata, vestía muy bien y estaba siempre rodeada de ministros y diplomáticos, y ya sabemos lo que es la monarquía, sin ofender a nadie. A través de las relaciones con esa mujer, Mandrake conseguía resolver casos de los países más raros del mundo; por lo que él recibía muchísimo dinero y ella diamantes y pieles. También estaba Lothar, que era príncipe, pero de un país negro, y criado de Mandrake. Intervenia cuando la magia fallaba y había que agarrarse a golpes, o cuando eran muchos y Mandrake no podía hipnotizar a todos juntos. Fue la primera vez que leí la palabra "criado" en su doble acepción lingüística, cosa que despertó en mí el interés por los grupos humanos.

No vayan a creer que Mandrake no era buen mozo. No. Fue una protoespecie de Belmondo, pero con jaqué; de lo que también me acuerdo es que usaba calzoncillos rayados. Dirán: ¿Por qué repara en tal intimidad? Ya lo dije: desde muy niña se hicieron presentes en mí la observación y la crítica.

—Los datos de la base empírica deben ser cuantificables y rigurosos—repetía mi profesor Gustav Gusdorf—Hay que mirar. Siempre mirar. Si es posible oler y tocar. El ojo, es el primer instrumento de la ciencia. En especial para usted que es antropóloga, Celina.

Hoy que casi todo lo sé, que me psicoanalizo, puedo interrelacionar los factores que originan mis héroes arcanos. Entonces entiendo. Y debajo de esta comprensión está el Ilustre a quien visito tres veces por semana. Y aunque es imposible probarlo científicamente—esto es lo reprochable en las ciencias humanas—yo veo a mi padre como un héroe ciclopeo con poderes infinitos. Entonces, cómo fue posible que junto a Mandrake y a Kirby, también estuviera Langostino, el Navegante Solitario; dicen que fue porque a mi papá le gustaba remar en el Tigre y era un fracasado.

Langostino presagiaba un final incierto, era triste y solitario, su barco era menor que una nuez. Yo lo amé como ama una niña programada para ser madre.

—Mientras siga eligiendo hombres-niños—decía el Ilustre,—seguirá desplazando el temor y el deseo por el pene de su papá.

Ese día le descerrajé la teoría de que todos los hombres son niños y que, el que más crece, llega a los doce años. Pero que los hay de diez, de ocho o de cuatro. ¡Los hay! Y mejor no hablar de los críos de meses, meones y malcriados. Y lo remaché con aquello de que es por amor maternal que las mujeres se inclinan tan procazmente hacia el hombre.

—¿Esa hipótesis la construyó con Mandrake, en el reino de Kapurtala?—preguntó incisivo el Ilustre; y cualquier infame se hubiera dado cuenta de que ese día estaba con un extraño sentido del humor.

—¡No! con Clark Kent—le respondí—¿No vio que Superman viene a salvar a los humanos bajo la forma de un rechoncho bebé,

y a gatas se para ya muestra lo omnipotente que es, levantando una silla ante los atónitos ojos de la señora Kent?.

—Así que apenas se les para, usted se queda bizca ante ese rasgo omnipotente del hombre. . . ¿estamos o no estamos, Celina?.

Langostino, especie Naif del Riachuelo, venía en colores. Casi en todo le iba mal y era hasta muy pobre. Este anticipo de neo-realismo fue mi héroe predilecto. Hoy se que no me daba miedo. Más bien ganas de protegerlo con su polera colorada y su sombrero.

—Sí, sí. Langostino es su pequeño pitito. La Caperucita Roja de todos los falitos. ¡Usted es fantástica! Tiene rotaprint en vez de inconciente. Convierte todos los significantes en símbolos fálicos.

Pero otro día me dijo que no tuviera miedo, porque algunas mujeres podían recibir (simbólicamente) el pene de su padre, y usarlo como propio, sobre todo si era con tanto amor. Y quién te dice que éste no sea el origen de las Amazonas, pensé. Después de eso me puse a escribir mi tesis. Ahora sé que mis amores no fueron fortuitos. Ni la influencia de Aries sobre Piscis. Ni el hecho de que el treinta y seis coma seis por ciento de la población masculina sea esquizo-paranoide. Ni la gonadotrofina hipotalámica, sino el amor de una nena a un papá que le regalaba frutillas dulces como rubíes, era más fuerte que nadie, sabía qué hacer para que la nena no tuviera frío, la hacía reír hasta la santidad, y decía que iba a comprarle los camellos más grandes del mundo. Llora porque ése fue mi gran amor.

—La otra parte de su realidad es que deposita sus carencias en Langostino así usted sigue creyendo que no le falta nada. Que todavía tiene un papá que la cuida. Está sola, Celina. ¡Asúmalo!.

Ante esa interpretación, seguí llorando hasta que me enfermé de gripe y todos los mocos me colgaban, me dolía el pecho y tuve que ir a la farmacia a ponerme un antibiótico. Allí conocí a Elmer Knowles, que trabaja en la radio con el seudónimo de "Mariscal del Eter". Era una voz amiga. Para mí y para muchos oyentes Elmer fue una bujía en la oscuridad. Decía que todas las cosas debían ser analizadas como fenómenos sociales, y se preguntaba, frente a cada cosa, cuál era su significado. De mí le fascinaba la antropología y que me dejara psicoanalizar (sic). Veía en eso la máxima entrega femenina, la actitud pasiva que hace sensual al masoquista (sic.).

Como dije lo conocí en la farmacia. Su programa de radio se inspiraba en un hecho verídico, ocurrido en Polonia durante la guerra; cuando la que es hoy su madre —entonces una infeliz adolescente—, huyó junto a tres mil polacos por las cloacas de Varsovia. En esos días, la voz clandestina del Primer Mariscal del Eter sostuvo con sangre, sudor y lágrimas, más allá de los excrementos y las inmundicias, la moral de esos tres mil hombres, y salvó la vida de la infeliz adolescente. Elmer es un caballero recto y servicial, pero sobre todo recto. Insistió en que fuera atendida primero para paliar mi fiebre. Lo de él era postergable. Sólo compró Cirulaxia.

¿Alguien supo alguna vez los beneficios del famoso purgante? ¿El valor purificador, para el cuerpo y el alma, que significa exonerar el vientre?. Creo que todos lo saben. Los humanos ingieren ciruelas ajenas al poder del primavera rosáceo. Elmer Knowles lo supo siempre. Su madre nunca elaboró los caminos de la libertad; y túneles e intestinos siempre fueron lo mismo. Dedicó su vida tan duramente conquistada a la asepsia y los lavajes. Elmer era un hombre bueno. Pero no era mi hombre. La relación llegó al límite la noche que acostados en la cama con dosel de floritas, que había pertenecido a su antigua madre, me pidió que tomara una cucharita de Cirulaxia. ¡No! Hubiera sido profanar el sentido heroico de Varsovia. Negar que estamos hechos de sangre y detritos.

Le dije adiós.

En cambio Tito, a pesar de las medias rotas, se ponía cariño-

faulkner, pavese, beauvoir,

## El Monje

neruda, sart alsina 285  
hesse, roa b quilmes  
camus, sont  
de, stoker, 253-8008

m, vallejo, hemingway prato  
lini, sagan, felipe, amado, pa  
solini, joyce, miller kafka,  
horacio, eco, artaud, paz,  
freud, rojas, vázquez montal  
van, alberti, donosso, malra  
ux, alegría, mac donald, sco  
rza, woolf, arciniegas fitzera  
ld, capote, mailer, apollinari  
rè, petrarca, ungaretti, malla  
rmé, aristóteles garcía marq  
uez, asturias, hammet, love  
craft, graves, perez galdós,  
updike, gironella, tolstoi, elu  
ard, marsé, calvino, greene,  
cooper, bukowski, lenin, hig  
hsmith, london, melville, hu  
go, verne, rabelais, orwell, ri  
lke, onetti, galeano, hernán  
dez, guillen, maiacovski, wi  
lliams, benedetti, gogol, fro  
mm, homero, dostoevsky,  
dario, euripides, bronté, ma  
nsfield, hawthorne, mishim  
a, conrad, steinbeck, wells,  
dos passos, leroux, durrell,  
exupery, doyle, chesterton,  
defoe, clarke, turguenev, ho  
lderling, moravia, fuentes,  
lowry, sholovov, ionesco,  
nietzsche, aub, pirandello, o'  
neill, mann, nabokov, lessin  
g, pessoa, genet, brecht, lefe  
vre, salgari thomas, svevo,  
frisch, stendhal, espronceda,  
proust, gide, chejov, bierce,  
elliott, gor

LEER arguedas,  
skármeta,

ES gore, lagerkvist, sa  
ntzakis, broch, ca

## GREGER

solo, prevert, russell, sade

cortazár, walsh, soriano, gui  
do, lynch, castillo, viñas, m

## LEER

ES laforgue, costant  
casares, cossa, sar

## GREGER

s, plager, marechal, lugones,  
perón, alonso, girri, bernar  
dez, veiravé, madariaga, por  
chia, hernández, mallea, he  
ker, maneiro, pizarnik, calve  
tti, filloy riestra, orozco,  
gray, cerretani, bullrich, kor  
don, sábado, guzman, di be  
nedetto, ingenieros, camba  
ceres, vervinsky, ocampo,  
poletti, quiroga, saer, fernán  
dez, fontanarrosa, dal mase  
tto, bianco, yanover, dávalo  
s, belgrano rawoson, mafud,  
payró, güiraldes, capdevila,  
alberdi, levinson, oliver, roja  
s, martínez estrada, bosco,  
lagunas, shua, canzani feijó,  
piglia, wernike, halac, pavlo  
vsky, lizarraga, olivari, betti,  
conti, jitrik, molina, masso  
ta, castilla, scalabrini ortiz,  
aguirre, urondo, mariani, go  
nzalez tuñón, gironde, barle  
tta, yunke, castelnuovo, ei  
chelbaum, mastronardi, pon  
ce, ayala gauna, lange, cuzza  
ni, chamico, ghiano, gamba  
ro, zeballos, barbieri, de lle  
lis, orgambide, murena jaure  
tche, monti, mármol, gutie  
rez, del campo, andrade, ma  
nsilla, cané, obligado, alma  
fuerte, sánchez, groussac, la  
rreta, echeverría, santoro, a  
rmani, véspoli, villafane, sto

## El Monje

lamborghini alsina 285  
luna, granat quilmes  
manauta, or otana, di te  
llardo, abeij 253-8008

relli, bayley, ortiz, sebrelli,  
pla, vanasco, martelli, larra.

so después de cenar y me llamaba Papuza. Fin de hebdómána hidrogenada le decía a nuestros encuentros de viernes a domingo. ¡Papá Noel! me llamaba. Le decía Dromedario Celeste al Renault. Le gustaba el vino caliente, el Camembert, las cebollitas con crema y el dulce de leche de mi mamá.

¡Melchora!, me decía cuando yo bajaba del dromedario cargada de vituallas, y yo le decía ¡Langostino!

A la altura del dulce de leche todo era aéreo porque habíamos escalado los trescientos sesenta y cinco escalones que nos llevan a la cúspide del faro.

—¿¡Falo!?!—decía el Ilustre, con sorna.

Langostino era oceanógrafo y estudiaba el plenilunio y estaba hecho de azul y de entre sus piernas brotaban pescaditos incandescentes como de un surtidor y el calor del desierto de Punta Mogotes era absorbido por las medusas, y navegábamos en el piélagos porque Langostino era el Dios de los mares. Para Reyes le regalé una cama de agua, apropiadísima para un oceanógrafo, pero no habíamos tenido en cuenta el faso, se nos quemó y nacimos como gemelos expulsados por mil doscientos cincuenta litros de agua y cloro.

—¡Ajá!—, dijo el Ilustre. —Usted le está haciendo de papá. Es el inicio de un cambio de roles. Puede ser que todo se encamine bien, Celina.

—¿¡Cómo?!—, de papá—, chillé, ya estaba completamente embolada.

—Clarísimo: la llama Papuza ¿le dice Papá Noel? ¿No le dice?.

Langostino venía bien porque yo le hacía de papá, lo que me permitía recuperar mis funciones B, que son las típicamente masculinas: como tener ideas propias y opinar sobre las ajenas y potencia para emprender una tarea y hacerla operativa. Nada más y nada menos. Entonces yo me sentía completa y él realizado y además vivíamos en un falo(¿?). Y todo fue bien hasta que Langostino fue trasladado a Caleta Olivia, entonces los viernes ya no fueron lo mismo. Me quedaba en Buenos Aires, el Dromedario Celeste en el garaje, y me iba a un restaurante del centro con aire acondicionado. Así lo conocí a Carlos Cantero, o Cé-Cé, buen patener de mis aspectos más femeninos, y en esa perversa alternancia de varonés fui conociéndome; siempre guiada por el discurso del Ilustre que es mi Mariscal del Eter lacanianiano.

¿Saben ustedes lo que es un télex? Carlos Cantero tenía télex. Es una lengua transoceánica originada en el telescopio. Un cerebro ciclópeo. Un Aberdeen Angus de la Via Láctea.

—¿Esa es su fantasía de un pene erecto y adulto?—, interpretaba el Ilustre. —Me extraña que no vea que es otra idealización de un aspecto de su padre. Pero no se ruborice, Celina. No hay penes así, créamelo. Cuando lo comprenda va a dejar de jugar con los patitos.

Se refería a los patitos que tengo en la bañadera, regalo de un amigo. Yo le dije que estaba a la espera de que crezcan para llevarlos a los lagos de Palermo. Pero la verdad podía estar cerca, porque Carlos Cantero, joven presidente de la Cámara Junior, el más sagaz de los nuevos economistas, El Mandrake de las finanzas, dirigía una importantísima usina lechera. ¿Y si simbolizaba a mi madre? ¿Si una vez más hubiera regresado? ¿Si ésta relación ideal y adulta donde el hombre no era débil ni necesitado fuera la expresión nuclear de mi neurosis: la homosexualidad con mi madre? Juro que me asusté.

—No se asuste— dijo el Ilustre, pero sin afirmar, aunque con tono bastante dubitativo—. Puede ser que la leche se incorpore a la semiótica en el grado superior de esperma. Ese sería un punto clave, Celina—. Y ahí cerraba el tiempo analítico, que con la hiperinflación se había reducido a veinte minutos.

—¡Ah! dije, y sentí alivio, como el que siente el bebé cuando lo cuida el padre. Supe que el Ilustre era más mago que Mandrake y estaba allí a quince centímetros de mi cabeza, al alcance de mis manos; atento, en posición de escucha, se me llenó el alma de

gozo porque lo había encontrado, me leía los deseos y sabía todo lo que tenía que hacer por mí y nos amaríamos por encima del Inconciente, porque el Yo es primero un Yo corporal.

Cuando se lo conté, me dijo:

—¡Déjese de chistes! Entrar ahora en transferencia erótica sería fatal—, se puso de pie.

—La espero el jueves— dijo.

Entonces entré en transferencia erótica, creo que la llaman también "acting-out", que en psicoanalítico quiere decir "near fuera del tarro", y me empecé a acostar con un señor que era psicoanalista. Se llamaba Charly. Era tan parecido a Rip Kirby que me aclaré el pelo, me compré una trenza postiza y me hice peinar en la peluquería con una coronita como la novia rubia de Kirby.

—Cada sesión está más regresiva— decía fatídico, pero no desesperanzado el Ilustre —Está bajo el dominio de una fuerza primaria. No aguanta que no sea un mago, entonces se arma una historieta y se mete en la cama de un psicoanalista, que vengo a ser yo; pero que a la vez es como Kirby, porque usa anteojos gruesos. Pero que a la vez es como su papá. Y colorín colorado así resuelve el caso la princesa Celina. Dígame, ¿Cuándo se va a acostar con un hombre que no sea más que él mismo?— ¡Y plinc caja! terminó la sesión.

Yo fui el deseo de mi mamá y por eso fui frígida muchos años. Sic del discurso del Ilustre. Muchos héroes prestaron sus armas para que yo alcanzara el "tiempo de mi tiempo", como escribe Norman Mailer. Pero mi mamá había dicho primero que el hombre es como un vaso, se lava y queda limpio, ¡La mujer, no!. Que el cerebro se emulsiona con ondas sonoras, no tengo dudas. Que la inteligencia no es cuestión de tamaño sino de circunvoluciones, tampoco. Que algunos cerebros se fruncen por la intensidad de las ondas, seguro. Que mi educación retrasó un poco el desarrollo de mis circunvoluciones, póneme la firma.

—Cuando vea a su papá como realmente fue, va a poder pensar en todo lo que pesa su cerebro. ¿Tal vez se permita terminar la tesis?—propuso libidinoso el Ilustre.

—¿Qué fue de aquella tía, feminista y revolucionaria?—preguntó un lunes, dispuesto a analizar el árbol genealógico de mi femineidad.

—¿La heroína del Guadalquivir? ¿La aguatera del sitio de Zaragoza? Ahí donde la ve, se hizo monja. El único héroe de la familia muere en un convento a los noventa y cuatro años.

—¿Por qué dice "Héroe"? ¿No era una mujer? ¿Algo encierra ese fonema?

Qué iba a responder. Me quedé pensando.

El Ilustre siempre habla mal de la virilidad de mi padre y bien de sus afectos. Según él, yo hice de mi papá un héroe bifásico, débil y blandito como el pene de un niño, a quien cuido y protejo con el mismo amor que a los patitos ya mencionados. Mejor no recordar la interpretación de los patitos. A veces el olvido es benévolo. Pero todas las mujeres, aunque algunas se manden la parte, tienen algún problemita con el órgano masculino y si no con las aves. ¿Pero quién se preguntó por qué Tarzán se golpea el pecho y grita desaforado con una pierna encima del león muerto?. Seguro que nadie se lo preguntó.

Una vez conocí a un tipo sensacional, lleno de humor y alegría. Me despierto una mañana en su cama y, ¿qué veo? Un oso pardo con pijama a rayas, leía el diario e ingería café con tostadas. Mis gritos se escucharon en San Telmo, luego me acostumbre. El pobre quería ser oso y amar como los osos. Poseía numerosas caretas y máscaras, todas de oso, desde el Cáucaso a la Malasia, pasando por Filipinas y los ositos de Australia. Juntos inventamos un juego a base de miel que después copió Master y Johnson.

—¡Ve que usted tiene atracción por los degenerados! Ese hombre es un homosexual latente.

Volvió a decir que yo veía a mi padre como homosexual por-



que no se había acostado conmigo, y que para mi Inconciente él también era homosexual porque el psicoanálisis le exigía abstinencia.

Le dije que esa interpretación no me hacía gracia y ¡basta! con mi papá porque para mí era más que Freud. Y envié un ósculo al cielo.

—¿Ve? —dijo—, siempre lo consideré débil, por eso necesita endiosario.

Ahora que me acuerdo mi papá decía: “Lo que Natura non da, Salamanca non presta”, y es verdad porque el mundo está infectado de universitarios, pero pocos ponen las manos en la mesa cuando se trata de actuar.

Como decía mi profesor Gusdorf, “el antropólogo tiene que conocerlo todo, avanzar hacia nuevos territorios y volver siempre a investigar”.

—Gusdorf también es un padre idealizado. —dijo. Sus hipótesis le permiten seguir buscando al héroe en los hombres con los que hace el amor.

Yo creo que a esta altura el Ilustre tiene que estar celoso de todos los hombres que influyeron en mi vida. Seguro; van para diez años que es mi psicoanalista y nadie aguanta tanto de *tertio excluso*, y aunque él sepa todo de mí, y me vea como a una mujer total, con mis partes queribles y mis imperfecciones, debe ser duro de soportar. Esto se hizo claro el día que conocí a mi amigo Motke, el cantor. Judío, la más alta sensibilidad sonora, impecable en lo referente al rito de la abstinencia sexual. Recordé al profesor Gusdorf, oí por Margaret Mead, y me sumergí en la base empírica. Y no existieron obstáculos epistemológicos que desestimularan mis rezos, ni *moguen-david* que me desalentase, ni alergia al pescado relleno. Lo soporté todo, como si hubiera encontrado al último arameo.

Sucedió una noche, en el postrer equinoccio, lejos ya de todas las reglas y todas las máculas, que Motke lo dijo:

—Quisiera que esta noche usaras el camisón de mi madre.

Era de una tela basta, casi una saya pastoril. Hacía varias horas que había salido la primera estrella. Ese día no había comido carne. Esperé quieta y desnuda mientras él retiraba de un tabernáculo, junto a las *toles* y a las *mezuzot*, la ropa nupcial de su madre. Era casi una boda. Ceremonia que nos uniría genitualmente. El camisón tenía en la zona del esparcimiento un ojo de buey de diez centímetros de diámetro, y la finada debió haber sido bajita porque a mí el agujero me llegaba al ombligo. Fue como si se cerrara el Mar Rojo. Tan claro como si hubiera caído una estrella. Yo no era la mujer señalada.

Podría hablar del pan ázimo y de otras costumbres judías pero, ¿para qué?.

Cuando todavía era frígida, conocí a un marxista guesáltico, cuya frase célebre era: ¿si no ahora, cuándo? Un tipo fantástico para abrir la jaula a una virgen histérica impresionable a los pajaritos. Lo primero que hizo fue comprarse tapones para los oídos, porque era alérgico a mis gritos y tenía buen corazón. Se creía

Ulises y se lanzaba al viaje con enorme paciencia, y yo gritaba y me retorció y le decía: ¡basta! ¡soy de carne y hueso! y él decía: “Ahí no hay hueso”, y que me relajara. Todo con sabiduría y gran percepción, y si la salvedad morfológica no alcanzaba, jugábamos a que él era un perro y buscaba el hueso hasta que la lengua jadeaba, y ojalá no me traicione la memoria, y surjan lágrimas, ya que de este hombre no quiero olvidarme porque fue varón y liberó los glaciares e inauguró la era cuaternaria y por él fui supina.

No pretendo tener jurisdicción en la vida erótica y mucho menos en la psicología, pero quiero aportar las observaciones que hice junto a tipos tan raros. Cuando yo tenía quince años, el doctor Balcancito, engominado y obeso, dictaba clases de sexología que se llamaban de Higiene. Todas giraban sobre el pudor y la deshonra. Con los ojos bajos, sobre los senos de sus jóvenes alumnas, el doctor Balcancito abandonó el magisterio enfermo de dispepsia e hipocresía. Lo reemplazó la señorita Liliana, que consideraba a Sartre el centro de todas las cosas. Entonces me casé. Yo un alfeñique de cuarenta y siete kilos, tuve miedo a la libertad y me casé. Fue una claudicación. Pero como decía un amante mío que tenía una mucama que jugaba al volley: “alguna vez hay que casarse para saber lo que es”.

Después de eso fui a ver al psicoanalista, de la misma manera que van todos, noqueada por la angustia. Ahí empezó a meter baza el narrador omnisciente, y aunque a veces me revienta esa actitud del que todo lo ve, ya sabemos que el análisis es terminable o interminable, y recién llevo diez años, y hace una semana que le conté el sueño del maniquí de modista. Resulta que yo entraba en una pieza en donde había una cama. Frente a ella un maniquí de modista, de esos sin cabeza y torso de mujer, como se hacían antes; y sobre él, como si alguien hubiera estado cosiendo, el sobretodo marrón que usaba mi padre.

—¡Ahí está! ¡Eso es! Ahora todo cobra sentido— dijo exaltado el Ilustre. Casi se paró del sillón—. ¡Está identificada con una figura combinada! Un sobretodo de hombre cubre un cuerpo de mujer. Es la escena primaria, el estadio del espejo. ¡La conjunción de lo activo y lo pasivo! ¡Ying y Yang! la energía perfecta.

—A ver muéstrame cómo es eso— le dije seriamente interesada, sin comentarle lo que había dicho la Voz.— Era la primera vez que el Ilustre sumaba y no restaba. Por supuesto que no me lo mostró, pero comprendí. El Ilustre seguía hablándole a mi Inconciente, cuando la imagen de un ojo ciclope iluminó la escena porque la Voz, saliendo de la tráquea de madera del maniquí había dicho que el cuerpo ama el amor del alma, y que el enigma no está en la razón sino en el deseo. Entonces hice la reducción óptica, es decir junté todos los pedazos, y los datos materiales que son más que sustancias de la memoria, y terminé mi tesis; lo que me permite decir que, cuando se emprende la tarea de explicar un fenómeno social, es preciso conocer separadamente las causas eficientes de la función que cumplen. Lo escribí muy claro con lenguaje escolástico.

Libros y revistas

la calesita

nuevos y usados



SARMIENTO 789

MORON

CALLE 7 Nro. 815 — LA PLATA

La Biblioteca

Casi todos los libros

## La pared de adelante



Cuando llueve, me acuerdo del gusto —vaya paradoja— del agua, de su frescor, del placer remanido que produce introducir el cuerpo con conciencia de ir dando cada paso, uno y adelante, dos y atrás, abrir el líquido como un Moisés desvirgador de mares rojos. Percibir la avalancha de otro mundo sobre la carne, un mundo con reminiscencias de aletas y branquias, persecuciones y caza, al que uno perteneció.

Reminiscencias de reminiscencias me acosan en este territorio nuevo.

Cuando me lapidaron, a medida que la pared iba subiendo y subiendo, y la luz se achicaba como una linterna que se encogía hacia arriba, no podía pensar.

No podía pensar en mi muerte, claro está. No se piensa en la propia muerte; de alguna manera, fantaseaba con que algo etéreo mío saldría por la última persiana de la postrera hilada de ladrillos. Como un ave tozuda y alada a fuerza de voluntad. Iba a parirme ave.

La gente amontonada en la vereda de enfrente, daba pasos hacia aquí acercándose a medida que los ladrillos subían. Contendían el aliento, y con esas lenguas expectantes de mis alaridos, avanzaban.

Yo sabía que mi vuelo liberador, el último paso del gentío hacia mí y el cierre de la tapia, iban a ser simultáneos. El cura rezaba lentamente, regulando sus tiempos, consciente de la importancia que él cobraba dentro de esa ceremonia. Los albañiles cuidaban de no salpicarme con argamasa y se detenían cada vez que se acoplaban al coro de los “amén” y “que se haga la voluntad de Dios”. Finalmente, allá se clausuró el mundo de siempre y decepcionado, comprobé que había quedado encerrado dentro del nicho oscuro. Me aboqué a sentirme cada célula, practicando el inventario de mis pieles y tendones, cabellos y tejidos para guardar su recuerdo. Escuché el ruido de cada órgano, la sensación de gustar oprimiendo los labios y acariciando la lengua contra el paladar. Abrir y cerrar los párpados. Palparme los testículos.

¿Quién sabe cuál es el paso del tiempo? Si un paso de días, meses o siglos. O si sólo me esquivó y todo transcurre aún.

Esa tarde, la gente que se había arracimado para contemplar, disfrutar o lamentar la lapidación, esperó los gemidos de rigor. Después, frustrada se cansó y se fue. A la noche, alguien golpeteó para constatar si detrás había vida. Contuve la respiración hasta

que los pasos se retiraron, caricias enguantadas sobre el polvo.

Durante las primeras horas pasé los dedos por la rugosidad de la pared de adelante, hasta que comencé a perder sentido de la diferencia. Como si me volviera calcáreo, esponjoso como un hueso, en una sequedad creciente. De la sangre quedó una asociación con mujeres menstruando, mujeres de carne viva, a amar.

Oigo los carros hundirse en el lodo, al voltear la esquina, Los perros que husmean paredes eligiendo un sitio para orinar, frente a mí advierten una presencia para ellos indefinible, gimen y huyen.

Cuando pasa una hembra, me penetra su perfume y resbala sobre mí, enhebrándose a mis revoques. Reminiscencias de latidos, de sangres en confusión, de miembros.

Y cuando llueve, siento la textura del agua que se traga, como si bebiera.

Ahora mi cuerpo duro y poroso ha comenzado a crecer.

Me di cuenta que había salido del nicho y avanzado porque en el umbral, me supe sosteniendo el peso de un tratante de blancas de Polonia, que celaba una presencia, acechándola. Trepé luego hasta los cuartos del primer piso, como una hiedra, y pude deleitarme con los tocados de mis señoras y los traqueos de la cotidianeidad doméstica.

Entonces empecé a preguntarme hasta dónde iría a llegar.

La casa entera quedó ceñida por mis células de corazón de arena.

Cuando tomé la carretera y sus trajines, experimenté la plenitud de derivar sin fin ni plazo, casi el ave que había decidido engendrarme.

Ya divisó los límites de la ciudad: la plaza de armas, el muro de las carmelitas de clausura y el arzobispado.

Podría recoger los temblores profundos de la tierra y dejarme caer, abrazando a mis captores, quienes me lapidaron por supuestas herejías contra la fe. Un abrazo de mampostería y vigas, mis quejidos y sus quejidos. Mi amputación y su ajusticiamiento. Sería demasiado fácil.

Podría también crecer y crecer, como infinito testimonio de que el hombre tiene derecho a pensar por sí sin restricciones. Transmitir ese himno desde fuentes blanqueadas y contagiar libertad a través de las plantas desnudas que me transitan.

La plaza de armas y el convento donde se pronunció la sentencia, se aproximan instante a instante.

Pronto deberé decidir.

---

*Final de una tarde*

---



Llovía insistentemente con ese especie de torva armonía que tienen los momentos históricos. Ayer había muerto el general. Ahora esperábamos el cortejo en medio de la tristeza y la desolación. La gente se mantenía silenciosa como intuyendo oscu-

ramente la importancia que esta muerte iba a tener para su propio destino.

Por eso esperábamos alineados a lo largo de más de veinte kilómetros de vereda, desde el Congreso hasta Olivos. Caras desnudas y paraguas oscilantes resistiendo los remolinos de lluvia y viento. Todo era de color gris, hasta mi voluntad de quedarme. Después pasaron algunos muchachos corriendo junto a las paredes de los edificios, con la ropa empapada, el pelo pegado a las sienes, con los ojos muy abiertos y una banda con las letras JP en el brazo derecho, dándose órdenes con voces sofocadas y rápidas.

Así adivinamos que el general estaba cerca. Me miré las manos: muchas veces había levantado dos dedos para demostrar una especie de victoria y también había cerrado un puño —el izquierdo— con obstinación y con bronca. Y ahora, al paso de esta prenda de muerte ¿qué podía hacer? Pensé que no había nada que hacer.

El pelo de la chica relucía delante de mis ojos, pequeñas gotas de agua corrían por las hebras renegridas juntándose unas con otras, hasta deslizarse de las puntas a la espalda del saco de lana. El saco estaba tan mojado como el pelo pero seguía absorbiendo las gotas de agua. Me corrí suavemente a un costado. La chica tenía la cara dulce pero la expresión contraída la hacía parecer más vieja y dura. No se dió cuenta que la observaba. Su mirada se perdía en un punto virtual situado en medio del siglo próximo. ¿Qué podía saber ella del general? Era tan joven. Yo también miré para adelante y sólo pude ver la pared de ladrillos de la textil, con su lavado color marrón, manteniéndose en pie por puro milagro. Hace años que amenazaban con demolerla pero el tiempo pasaba y seguía allí como si tal cosa; conocía al sereno desde chico, era un polaco fanático del general. Estaría en algún lugar de la vereda de enfrente, esperando, fuera de toda esperanza, como todos nosotros. Cada uno en lo suyo.

Alguien gritó:

—Ahí viene.

Se escuchaba ruido de motores. Al rato apareció un jeep del ejército con cuatro militares cuyos anteojos oscuros brillaban,

impersonales, bajo las gorras de lluvia.

La tarde se ponía más gris a cada momento. Pensé en la mujer que había dejado tendida en la cama del dormitorio en penumbra, mirándolo todo por televisión. No me detuve mucho en ese pensamiento. Sólo recordé que usaba el pelo mucho más corto que la chica del saco de lana.

Ahora la multitud se movía casi imperceptiblemente, sin cambiar de lugar. Era una especie de ondulación de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, tan inmotivada como unánime. La chica del saco de lana se llevó una mano a la boca y se chupó el costado del dedo índice, confirmándome de una manera inexplicable la sensación de que algo que no debía suceder estaba sucediendo: después de esto ya nada podía ser igual para mí, ya nada sería igual tampoco para la chica del pelo largo, ni sería igual para la mujer que había dejado en la cama mirando televisión, ni para Conrado, el sereno de la textil, nada sería igual para nadie. Muchos tardarían en comprenderlo pero era así.

Una doble fila de motocicletas de la policía se deslizaba lentamente por el centro de la avenida Libertador, el rumor apagado de los motores disuelto en la lluvia que no había cesado ni un momento. Los motociclistas usaban anteojos oscuros también, ocultando la expresión de los ojos. Después pasaron varios vehículos, la gente se arremolinó, hubo algunos lamentos casi inaudibles, más uniformados y la cureña, lenta, silenciosa, oscura, los muchachos de la JP corriendo a los costados, con las caras demudadas y pálidas, sin aliento. Las ruedas del blindado dejaron por un instante ínfimo sus huellas en el asfalto. La lluvia las borró enseñada.

Fue como si nunca hubiera pasado nada, nos quedamos un momento mirando las caras de los que estaban en la vereda de enfrente y después todos se movieron, lentamente, diluyéndose en la lluvia. La chica del saco de lana dio la vuelta y sus ojos encontraron los míos por un segundo, y por un segundo me ahogué en su mirada oscura. Dio un paso al costado y se dirigió hacia la esquina. Yo también, al principio sin fijarme hacia adónde, después volviéndome más conciente de que por algún motivo incierto iba atrás de la chica. Se dirigía hacia el río alejándose de mi casa, mientras la lluvia no daba señales de parar.

La gente se fue disgregando en grupos cada vez más pequeños.

La seguí varias cuadras, ella sin defensa contra el agua, totalmente mojada, moviéndose como si eso no tuviera la menor

importancia, como si en realidad no se hubiera dado cuenta de la lluvia. Tal vez era esa indiferente manera de deslizarse sin esfuerzo lo que había atraído mi atención, pero duró poco. De pronto se detuvo frente a una puerta y mientras la abría se volvió hacia mí. Sus ojos carecían de toda expresión. Después entró. Yo seguí adelante y al pasar de largo frente a la casa eché una mirada por los postigos entreabiertos. Las luces del interior estaban apagadas y no se veía nada.

Al llegar a la esquina doblé a la izquierda y rodeando la manzana volví hacia atrás. La calle era muy arbolada y grandes goterones se desprendían de las ramas. El agua comenzaba a traspasar mi impermeable. Pensé en tomar algo caliente. En la siguiente esquina había un bar al que solía ir de cuando en cuando, cada vez que el tedio colmaba la medida. Unos viejos se habían refugiado bajo el toldo del bar. Hablaban entre ellos. Reconocí a uno, un jubilado que hacía changas vendiendo los diarios de la tarde. Cuando llegué a la altura del bar vi la cortina baja, pero decidí quedarme un rato.

Los viejos se callaron al verme y el diariero me saludó, preguntándome algo que no entendí muy bien. Me encogí de hombros y lo miré.

El otro dijo: sí, sí; perdido en medio del desconcierto de la tarde. Yo no sé lo que pretendía saber, pero estaba seguro de que no era un día especialmente indicado para saber nada.

Al rato recomenzaron con sus letanías, cada uno en lo suyo,

sin atenderse demasiado unos a otros. Me siguieron sus miradas cuando me fui. Un chico en una bicicleta verde me cruzó por delante en la bocacalle, las ruedas salpicaron mis pantalones con el barro chirle de la lluvia. Me apoyé en la ochava y pasé la mano por las botamangas. Lo único que conseguí fue que el barro se metiera más en la tela.

Finalmente llegué a mi casa y entré. El interior estaba totalmente a oscuras salvo un tenue resplandor que venía del dormitorio: ella estaba todavía en la cama con el televisor encendido.

Como una suerte de penúltima contribución me asomé a la pieza y me quedé inmóvil en el umbral. Del aparato salía un sonar de campanas, de ritmo tan lento como la misma muerte y de allí venía.

Ella desvió sus cansados ojos de la pantalla y miró hacia donde estaba yo.

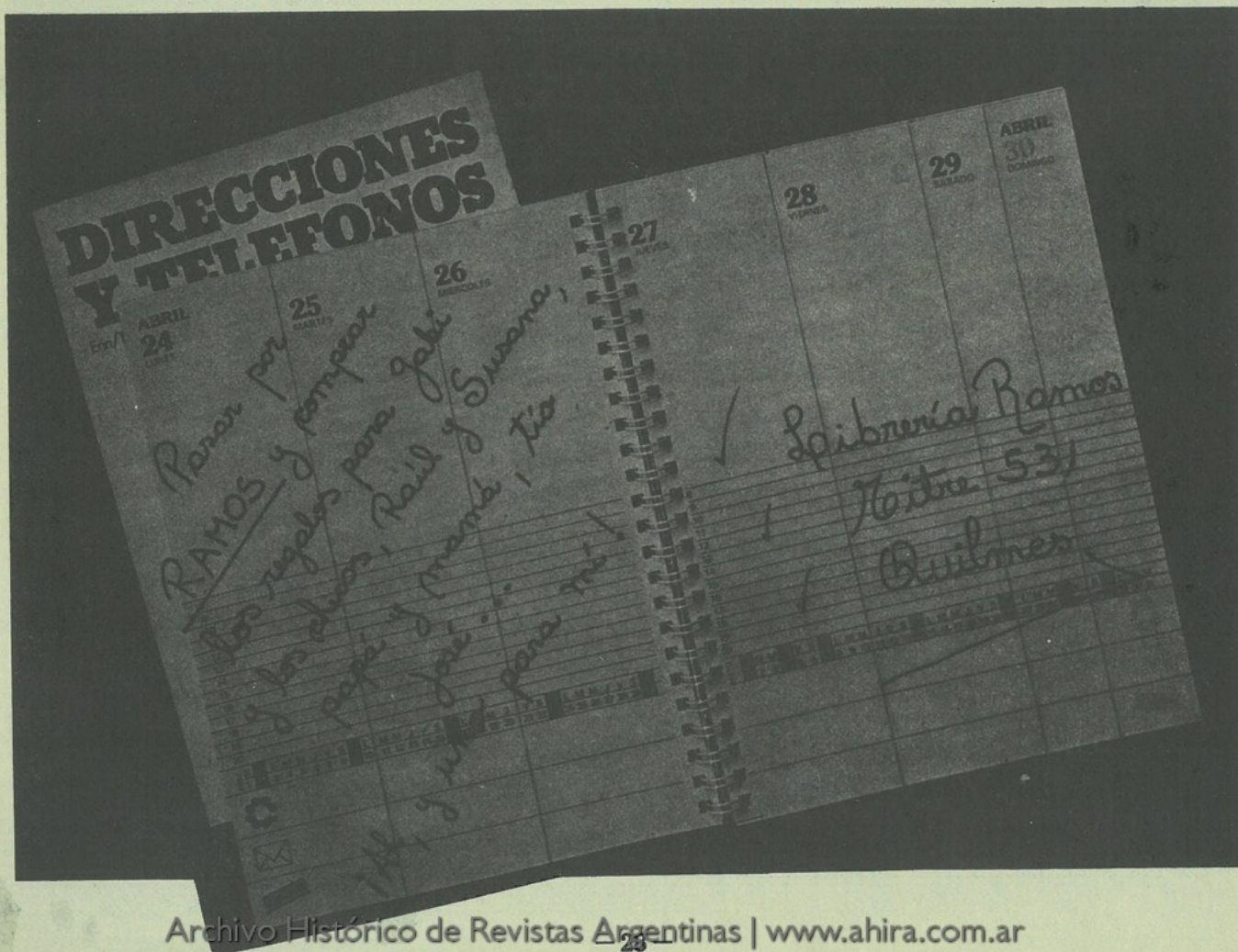
Se prolongó un poco más ese espantoso silencio lleno de campanadas fúnebres y luego se oyó un clic, al mismo tiempo que la luz del velador disolvía instantáneamente los fantasmas.

La mujer observó con desaprobación las gotas que resbalaban de mi ropa y mojaban la alfombra.

—Cómo te has puesto—dijo su voz adormecida.

Se incorporó a medias sobre un codo y mirándome a los ojos agregó:

—Y, ¿pasó algo?.



---

*Amanecer*

---



uando se escucharon pasos en la otra pieza el hombre que estaba en la cocina volvió a colocar la cafetera sobre el fuego, sacó una taza del armario y la dejó sobre el mantel de hule, frente a la silla. La mesa estaba casi vacía: otra taza —la de Ramón—

una cesta con un pan y un pedazo de manteca en un platito metálico.

El hombre, Ramón, hizo girar la taza entre sus manos arrugadas, punteadas de manchas oscuras, mientras sus ojos se perdían en el almanaque colgado en la pared opuesta. Los ojos tenían el mismo color que el pelo de las sienas y la expresión ausente y gris.

La tapa de la cafetera empezaba a saltar cuando se abrió la puerta y Juan Ramón entró en la cocina. El almanaque se balanceó ligeramente en la pared. El pelo del joven tenía reflejos azules.

—Otra vez herviste el café— dijo con un gesto de fastidio.

El viejo retiró la cafetera del fuego sin contestar. Llenó la taza que había preparado, se sirvió un poco más en la suya y recién entonces volvió a la silla.

Juan Ramón se encogió de hombros, sonrió y se sentó frente al viejo.

—¿Te preparo un poco de pan con manteca?— preguntó Ramón.

El joven revolvía concienzudamente su café. Contestó sin levantar la vista.

—No, no.

—¿Te acordás? Mamá te lo preparaba siempre.

—Sí— dijo y tomó un poco de café.

La manteca se derretía en el platito: formaba un espeso charco amarillo.

El viejo puso la cafetera sobre el fuego, esperó a que se calentara, mientras echaba una mirada rápida hacia Juan. Una silla crujió.

—¿Otro poco de café?

—Bueno.

El viejo se acercó y llenó la taza de Juan.

—Siempre te gustó mucho el café— dijo con voz opaca.

—Gracias— Juan levantó las cejas. Rascó con la uña del dedo índice una minúscula mancha en el hule. Cuando el viejo le dio la espalda para dejar la cafetera sobre la cocina, Juan recorrió la figura encorvada con una mirada lenta. Sus ojos se detuvieron un segundo en el hilo de cáñamo que oficiaba de cinturón. Después volvió a distraerse en el contenido de su taza; sin embargo la superficie del líquido no reflejaba su imagen.

—¿Tiene que ser tan temprano?— preguntó el viejo.

Juan lo miró por un momento, sacudió otra vez los hombros y dijo:

—Y qué importa.

—Todavía no salió el sol— dijo Ramón.

—Es lo mismo.

El viejo tomó un sorbo de café.

—Toda la vida me levanté a la madrugada— dijo —Nunca me gustó, especialmente en invierno. Nunca pude comprender esa costumbre idiota. Ni los animales se despiertan antes que salga el sol.

Los ojos de Juan perdieron algo de su rigidez, aunque el reflejo de la luz a través de las paredes le iluminaba el rostro.

—¿No es suficiente trabajar de sol a sol?— preguntó el viejo como para sí mismo.

Juan se levantó y se sirvió más café, llenó la taza de Ramón y después, con una especie de sonrisa en los labios, puso una mano en el hombro del viejo.

—No te calentés, la cosa es así— dijo —Algún día va a cambiar.

El almanaque se balanceaba imperceptiblemente.

—Puede ser, pero yo no lo voy a ver.

—Alguien lo verá.

Juan salió de la cocina. El viejo miraba su taza, el borde descascarado, el color desvaído de la loza, mientras sus hombros se hundían sobre el pecho.

Al rato Juan volvió. Se había puesto una campera de tela con los bordes deshilachados y oscuros.

El almanaque se balanceó pronunciadamente; parecía que iba a caer al piso. El viejo siguió el movimiento con ojos ausentes. El rozar del cartón contra la pared marcaba un ritmo atenuado.

—¿Ya te vas?— preguntó el viejo.

—Sí.

—¿No te podés quedar un rato más?

Juan no contestó y sus ojos esquivaron los del viejo. Este miraba la taza ahora entre sus manos arrugadas.

—Tomá otro café— dijo el viejo en un susurro.

—No— dijo Juan —Gracias.

Se quedaron callados; finalmente Juan subió el cierre de su campera, el ruido de la cremallera se arrastró ominosamente entre los dos hombres. Un trozo de tela de la campera cayó sobre los mosaicos; Juan lo hizo a un lado con la punta de su zapato.

—Bueno, me voy.

El viejo se paró y aunque Juan trató de evitarlo, lo agarró de los brazos y lo besó en la mejilla.

—Hasta pronto— dijo el viejo en voz baja.

Los ojos de Juan tenían un velo de cansancio rojizo.

—Adiós— dijo y salió.

La puerta osciló entre dos cacerolas y se detuvo justo sobre el umbral.

# Ganar el cielo

## Roberto César Morini

---

*Roberto César Morini: Nació en Pehuajó, en 1959, desde hace seis años vive en Buenos Aires. Es un solitario, no concurre ni concurre a taller literario ni cosa parecida. Nunca había publicado. Empezar por El molino no está mal.*

---



a voz incansable de Mauricio le llegaba desde el comedor, afinada en la excitación de la charla, atravesando las defensas de ese rápido estado de inconsciencia que empezaba a dominarla, cuando descubrió la figura del fantasma, de pie en la esquina desierta, en una espera inmóvil y teñida de la soledad de la noche

provinciana. Extrañamente, se preguntó si no tendría frío, parado allí en medio del viento otoñal, en la calle desnuda y con sus árboles esquilados de follaje. No se apartó enseguida de la ventana, ni trató de apagar la luz del dormitorio; se quedó mirándolo un poco más, en cambio, procurando ajustar aquella imagen borrosa, conjugada con la grisalla del alumbrado público, a los escasos fragmentos de lucidez que conservaba, en tanto que al mismo tiempo se sabía incapaz de frenar el oleaje de la irrealidad, que pugnaba inexorable y fatalmente por asaltar sus resquicios. Luego, a la vez que terminaba de abrir la cama esperando que los amigos concluyeran por fin la larga sobremesa de esa noche, y se fueran a dormir de una vez, contando conque al día siguiente no los tendría levantados sino hasta pasado el mediodía, se dejó invadir parcialmente por aquel aluvión tan parecido al sueño. Cuando volvió a la ventana, entreabriendo un poco las cortinas, ya no había ni huellas de la aparición; sólo continuaba el paso repentino de las hojas secas, arrastradas en ráfagas por el viento siempre en una misma dirección. Las ventanas cerradas del vecindario repetían el marco invariable de la medianoche del pueblo, igual a tantas otras en donde ella, pegando la nariz al vidrio había buscado allá afuera un signo de novedad, un primer síntoma de que algo empezaba a cambiar, antes de acostarse y esperar en la oscuridad, despierta siempre hasta las tres de la mañana, el sonido del auto de Arregui volviendo del hospital. El fantasma había traído de golpe, junto con su apariencia de forastero anónimo y sus rasgos sin embargo reconocibles para ella, la evocación de un tiempo no reciente pero amargamente próximo a la hora de su valoración; recordó entonces los primeros días: el juego insolente que Arregui y ella le habían propuesto al pueblo, cuando se fueron a vivir juntos a esa misma casa que ahora la retenía en una sucesión de jornadas idénticas, él abandonando a su esposa ante el revuelo escandalizado de la sociedad cristiana y moralizadora, y rescatándola a ella, todavía una muchacha, todavía vital y atractiva, de la aridez de su puesto de auxiliar en el

hospital, y sus juegas inocentes durante las guardias nocturnas; en una de aquellas, integrando un grupo de médicos y de personal femenino que se apiñaba en la administración y agotaba la provisión de queso y agua mineral de los pacientes, buscando acortar las horas entre chistes procaces y risas sofocadas, Arregui se había separado un poco de ese desorden que despreciaba y la había mirado largamente; salieron sin hacerse notar y en una habitación vacía, casi evitando las palabras dejó que él la desvistiera, sumisa frente a un poder que la estremecía. Después de adquirir la casa que habrían de compartir, alejada unas cuantas cuadras del centro del pueblo, los vecinos se habituaron a verlos pasar, tomados orgullosamente del brazo, caminando junto al cordón de la vereda en las tardes soleadas. Arregui en su empaque de profesional, corpulento y digno, raramente sonriente, y ella, Marisa, la principal destinataria de los comentarios, la culpable, contoneando su cuerpo irremediamente sensual y aniñado, adviniendo las miradas de soslayo y la inconfesada y oscura envidia a su paso, dueños de un modo de felicidad que no admitía réplicas, de pronto superiores, milagrosamente libres.

Mauricio y las dos mujeres, Bettina y Chiquita, la llamaron con insistencia desde la mesa, reclamándola para un nuevo brindis, con la voz endurecida por las ingestiones alcohólicas siguientes a la cena: era seguro que con un nuevo whisky Mauricio reiniciaría sus sonoros relatos de la vida que llevaba en Buenos Aires, en su mítica Recoleta —una referencia que a ella no le traía más que vagas alusiones—, con artistas mundanos y otros seres extravagantes; Marisa pensó entonces, oyendo su tono aflautado y quebradizo, que ahora resultaba casi indisimulable aquello que hacía años, cuando todavía era un muchacho y decidió irse del pueblo, arrastrando a las otras dos consigo, pasaba por simple afeminación. “Vos no sabés, claro; nunca estuviste en la Capital”, decía a veces entre frases, dando el pie para que Chiquita soltara el consabido: “A ver cuándo venís unos días, che. Te vas a apollillar acá”, mientras Bettina mordisqueaba un resto de sándwich y la miraba con curiosidad, ligeramente risueños los ojos que parecían estar tratando de establecer diferencias, de decirle a ella cuánto la separaba, en espacio y tiempo, de aquellos camaradas de la juventud que un día se marcharon; aunque todos supieran por dentro que casi nada los distinguía, que también ellos comenzaban a declinar tristemente hacia una madurez plagada de rumores nostálgicos, sustentada por irrecuperables vestigios.

(Entra en el baño y enciende la luz; el recinto es muy amplio y el lavatorio en forma de gran semicírculo blanco, uno de los pocos que se encuentran en los comercios de rezagos de construcción. Desde la entrada hasta la bañera puede caminar varios pasos, moverse con una soltura inhabitual, circunstancia que desde meses atrás la ha ido conduciendo a la caprichosa resolución de considerar ese lugar de la casa como un ámbito propio, exclusivo. Cuando está sola, suele dejar la puerta sin entornar, prolongando esa amplitud que huele a desodorantes. Se cepilla el pelo un rato; luego se quita el camión con un sólo movimiento por encima de la cabeza: en el espejo de tres secciones, grande como todo allí dentro, contempla el cuerpo de la otra, la que el vidrio azogado le devuelve ineluctable. No se atreve a recorrer con la punta de los dedos siquiera aquellos sitios en donde se ha ensanchado, la cadera, el vientre, la inminente flaccidez de los muslos; evita detener la mirada en los pechos, pero involuntariamente sus manos suben y los alzan un poco, hasta el sitio erguido donde alguna vez estuvieron, en los días desenfadados en que podía prescindir del soutien).

Esa noche, cuando después de cierto empeño hubo conseguido que todos se fueran a dormir, Mauricio en el diván de la sala, Bettina y Chiquita compartiendo la habitación de servicio, la casa totalmente a oscuras y ella misma atravesada oblicuamente en la cama matrimonial, sin poder conciliar enseguida el sueño pensó de pronto, con los ojos abiertos en la penumbra, de qué modo estricto se parecían aquellas líneas difusas, esfumadas por el claroscuro de la calle ensombrecida, de la cara de ese hombre adulto que había creído ver, con el ritmo de la sangre detenido durante segundos, a las de aquel chico frágil, fugaz como un pájaro y ya casi desterrado de los territorios de su memoria, visto por última vez hacía tanto. Muchas veces desde entonces, había reclamado al recuerdo la recomposición de las piezas, un poco por juego, alentando una cierta sonrisa interior, el resorte quizás maternal de evocarlos con un despojado afecto; hasta hoy la anécdota le resultaba simpática, una aventura irrisoria de las que Chiquita y Bettina seguramente contarían por decenas. Pero ahora, cuando apenas unas horas atrás se había figurado su presencia en la de ese fantasma que vigilaba desde la esquina, creyó advertir el desafío formulado a sí misma, aceptando el reto, transigiendo a la remoción, a la apertura de ese arcón donde yacían las viejas fotografías. Trató de ser minuciosa, de precisar los detalles, pero al cabo comprobó que sólo le quedaban las puntas, como quien vislumbra en el horizonte los extremos ro-

cosos de una isla, mas no su incierto valle central; la primera punta, aquel hombre-niño de ojos castaños y dóciles apareciendo un día en su portal para cobrar una cuota del club de Arregui, tímidamente exigiendo el importe. En el medio, las sucesivas venidas del mismo muchacho cada fin de mes, y en la otra punta la tarde en que lo invitó a esperar el dinero en el living, sabiendo que no se rehusaría; el niño de mirada obediente no habría de contradecir a la señora de un asociado. Y luego, antes de que se marchara, ella misma de nuevo, su solo y unilateral ímpetu buscando los labios apretados de él con la propia boca, por pura diversión, por sacarle el jugo a esa bella indefinición que la miraba desde un rostro atónito, segura de contar con su silencio, y justo cuando se iba, atolondrado, sacudido por una inquietud que trascendía su ignorancia de la ausencia de Arregui, le atrapó una mano y se la llevó al seno, la retuvo en su cavidad mientras veía en el cuello núbil el temblor del pequeño animal asustado. Al mes siguiente, un cobrador viejo y indiferente vino en su lugar, y a él nunca volvió a verlo, aunque durante semanas guardó como un tesoro el sabor entre dulce y amargo de la infracción.

(Lo ha visto de pronto, nuevamente, desde el interior del mercado, parado en la vereda de enfrente; Chiquita, que la ha acompañado, inspecciona el estado de unas manzanas y, descaradamente se apodera de una dándole un mordisco. Nota que algo mantiene absorta a Marisa, se acerca a sus espaldas y mira también hacia afuera; no comprende qué puede haber de singular en la visión de unas vecinas que, al igual que ellas, destinan la mañana a hacer las compras).

Arregui compartió el almuerzo del sábado con ellos, soportando con su proverbial estoicismo los agotadores monólogos de Mauricio, la risa chillona de Bettina luego de cada ocurrencia del otro, y las acotaciones eruditas de Chiquita intercalando a Erica Jong con frecuentes asaltos a la botella de tinto. Después del café, el médico prometió llevarlos a una confitería del centro a última hora de la tarde, lo cual motivó un renovado impulso celebratorio del trío, mientras ella empezaba a levantar la mesa silenciosamente, mirando de reojo a través del ventanal del comedor la calle suavemente iluminada por el sol del otoño. Comenzó a llover cerca de las diez, primero unas gotas esporádicas que no terminaban de ahuyentar a los caminantes sabatinos, y más tarde el chaparrón en serio; en torno a una de las mesas más confortables del salón, Arregui y su grupo vieron invadida de repente la confitería, cálida y acogedora, por los paseantes que

## LIBROS CLASIFICADOS

**AAA AL PRECIO** que están los avisos, si no queremos encarecer los libros hay que anunciarlos con letra chiquita.

### SE VENDE

Mucho, **El nombre de la rosa** de Umberto Eco, ya en su quinta edición argentina. Para regalar a cultos que deseen leer una policial erudita e inevitable.

**PATOS, elefantes y héroes** pueblan las páginas del en-

sayo de **Ariel Dorfman** subtulado "La infancia como subdesarrollo" que completa sus estudios sobre historietas y libros infantiles como vehículo de contrabandos ideológicos.

Catre polifónico de **Alfredo Becerra** a estrenar, en la literatura argentina, una novela erótico burlesca, con rugiers como elefantes en un burdel.

• **BUSCADO** por los lectores de gran poesía

**Mi padre** (el de Arturo Carrera)  
Ref. Alberto Girri, Julián Ríos, Sarduy

### NUNCA ES TARDE

En La educación de adultos en América Latina, Jorge Werthein compiló trabajos

propios, de **Pablo Latapi**, **Alfonso Castillo** y **Mario Kaplún** sobre el tema, cuya actualidad resalta la Asamblea mundial que la Unesco patrocinó en Buenos Aires.

**IMPORTADO, PERFECTO ESTADO:** el cometa Halley vulnera las aduanas una vez cada 76 años. Para saber cómo verlo y todo su rico anecdotario, mejor que un telescopio,

**EL LIBRO OFICIAL DEL COMETA HALLEY** de Brian Harpur (precedido del "Cuaderno criollo del cometa" donde Norberto Folino cuenta qué le pasó a los argentinos en 1910, cuando vino junto con la Infanta Isabel).

**Bariloche, vista al lago**, cuantos chiche, muy luminosos,

ganaron el premio Municipal de Literatura, con humor, misterio y excursiones mágico-realistas a la ciudad triste de Santiago: **Crónicas de Ismael de Marcela Cruzat.**

### Médicos, enfermos, instrumental humorístico y afines

En **QUINOTERAPIA**, la boutique de Quino dedicada a pacientes e impacientes de terapeutas todo tipo.

**iBESTSELLER**, volvé, todo perdonadol Y vuelve tras haber desaparecido por largo tiempo de las librerías que frecuentaba la novela homónima de Fontanarrosa, con un agente secreto que da risa.

## Instrumentos musicales y afines

**COMPRO** piano lleno de inteligencia, recuerdos de una vida con la música y la gente, con cárceles uruguayas y solidaridad internacional. Diríjase a **Música para la esperanza** de Miguel Angel Estrella (Conversaciones con Jean Lacouture)

¿Niños despiertos? Solucione su problema de regalos de Navidad y Reyes con **La paloma de la paz** de Walmir Ayala, otro libro de la Florcita, la única colección que tiene un libro de Umberto Eco para infantes (**Los tres astronautas**).

• **PARA OPERACIONES CON ESTOS LIBROS**, DIRÍJASE A SU librero y que él los pida a Ediciones de la Flor, Anchoris 27 (1280) Buenos Aires, Tel. 23-5529.

intempestivamente se habían metido buscando refugio. "Pero che, qué falta de urbanidad", dijo Mauricio con su más acentuado tono de afectación, "no ven que no hay lugar". Bettina agregó comedidamente algo como que una cosa así le hacía extrañar aún más los cócteles en la Capital. Desentendida de los demás, ella se sorprendió explorando con la mirada entre las caras numerosas, oprimida por una indescifrable desazón, a la vez que procuraba separar de todos aquellos rostros y cuerpos cotidianos la imagen improbable del fantasma, recrearlo si era necesario apelando a los recortes dispersos de la memoria, obrando como un alquimista para imaginar como serían ahora exactamente, después de diez años, los rasgos casi infantiles de entonces, y si lo descubría, no cambiar de dirección la mirada, no perderlo ya.

Al despertar, Mauricio liberó un brazo entumecido de la prisión de su propio peso, con el sol dándole en la cara por causa de las persianas levantadas; vagamente recordó el ruido de un motor en plena noche, y luego se dijo todavía entre sueños que nunca más condescendería a dormir en un diván; se incorporó con trabajo y fue hasta la cocina, bostezando, vestido sólo con el piyama. Esperaba hallar a Marisa preparando el desayuno, pero la falta de aromas en el ambiente lo persuadió de lo contrario; abrió brevemente la puerta del dormitorio y comprobó que la cama matrimonial estaba sin deshacer. Todavía adormilado pensó en la ida de Arregui después de la cena, luego de que oyeran los bocinazos exaltados de sus amigos pasando a recogerlo para una partida de póker; sonrió al acordarse de la evidente ofuscación del médico en la confitería, al comprender que muchos —la mayoría conocidos suyos— se mostraban irónicamente pendientes de los modos no convencionales de su invitado, de su gestualidad acusada y andrógina. Fue a despertar a las mujeres y les dijo con parquedad de la ausencia de los dueños de casa; como sonámbulos, mudos, los tres recorrieron la cocina y el comedor en ropas de dormir, al acecho de algo con qué preparar el café, llevándose por delante; comenzando a recobrase después de una noche marcada por los excesos de la comida. Sentados a la pequeña mesa redonda de la cocina, mientras cada uno untaba prolijamente con mermelada su respectiva tostada, Chiquita dijo como pensando en voz alta que para el siguiente fin de semana habría que contar con los pasajes de retorno a Buenos Aires, ómnibus o pullman del ferrocarril daba lo mismo, lo cierto era que aquellas vacaciones en la provincia se habían prolongado más de la cuenta; llevaban ahí arriba de quince días, y para cualquiera de los tres eso había sido sobradamente suficiente, tal lo evidenciaba el ánimo general de esa mañana. En el fondo, aunque ya no habrían de confesarlo, todos estaban arrepentidos de haber sacrificado Mar del Plata o Punta del Este en favor de una vuelta al lugar natal, un desatinado intento de reconquistar una edad perdida. Después, Bettina subió a la azotea desafiando el aire frío que barría el embaldosado, lavado por la lluvia nocturna; en los vértices del piso y la base del pretil, se pudrían las hojas amarillas desprendidas de la arboleda de la calle. Se apoyó en el borde y miró los techos bajos de las casas vecinas, en pos de señales de vida en los corredores cubiertos de enredadera; pero en el barrio nadie parecía levantado todavía, excepto un niño solitario en un zaguán de la manzana de enfrente que, sentado en el umbral con las rodillas pegadas al mentón, la observaba con detenimiento como hipnotizado por su cabello rubio y suelto, o por la mancha rojo furioso del suéter que se había puesto desmañadamente sobre el camisón. Al bajar a la galería notó con impensado asombro hasta qué punto le resultaban ajenas, desconocidas, las facetas de ese paisaje perpetuo en donde ella —y los demás— habían crecido, y frecuentado en su niñez. En ese instante supo que deseaba partir cuanto antes, volver a su presente con la misma decisión de quien se quita un abrigo viejo.

Un rato antes de mediodía apareció Arregui, con una expresión que podía ser de cansancio o sueño, pero también de una embozada aflicción; la habitual gravedad de sus facciones no permitía traslucir otra cosa. "Hubo más whisky que póker, parece", fue lo primero que dijo Mauricio al verlo, tratando de ser amigable. Pero Arregui no contestó de inmediato; recién después de unos momentos y de un cigarrillo encendido inútilmente, con los tres huéspedes mirándolo desde cierta distancia, expantantes y ridículos con los cabellos revueltos y sus pies todavía descalzos sobre la moquette, dijo brevemente —sin mirarlos a los ojos— que Marisa había salido durante la noche con el auto y había volcado por la lluvia, en uno de los accesos pavimentados del pueblo. Había muerto delante de él, en el hospital, sin que pudiese siquiera trasladarla a la sala de urgencias. Bettina dió un grito y comenzó a desplomarse, antes de que Chiquita, pegada a ella, reaccionara. La condujeron al dormitorio, y mientras Mauricio se tomaba del borde del guardarropa con la vista nublada, le administraron los sedantes que indicó Arregui, con engañosa frialdad. Más tarde, demudada aunque algo menos alterada que los demás, Chiquita lo vió encerrarse en el baño y no salir sino al cabo de largo rato; hubiera querido descubrir que había llorado, pero se dio cuenta de que todo ese tiempo en que permaneció con ellos, había sujetado su emoción como deseando ocultar una flaqueza. Arregui volvió a salir luego; él mismo practicaría la autopsia, si hacía falta; en las próximas horas seguramente no habrían de verle. Después del almuerzo, tomado sin ganas y rodeado de un ominoso silencio, Mauricio, salió a caminar por las calles vacías del domingo, dejando en la casa a las dos mujeres, sintiendo que lentamente estaba apoderándose de él, como tantas otras veces, el viejo e invencible tedio. El hondo sentido de inutilidad que su propia existencia, transcurrida en fiestas y reuniones año tras año, le dejaba ver como implacable testigo, se volvía de nuevo y revelaba su fisonomía mutilada, remendada de exiguos placeres. Dejó que la quieta desolación de la tarde lo fuera empujando, blandamente, por calles que había olvidado con los años, y que sin embargo rezumaban a su paso inconfundibles claves, ecos de ignoradas flexiones que —entonces no lo sabían— habían de traducirse en puntos de partida, precipitados; sin temor a equivocarse, reconoció la esquina en donde cada verano Marisa solía dibujar las rayuelas. Ella encabezaba el juego mientras los demás, él mismo, esperaban en torno, la miraban en suspenso lanzarse sobre el trazado de tiza saltando de casilla en casilla como un gorrión, un, dos, tres, conquistando el Cielo.

(Conduce, bien afirmada al volante con ambas manos, en medio de la noche que taladran los faros; la ruta vuela debajo del chasis, mientras la lluvia golpea el parabrisas, el asfalto y la tierra allí afuera. Deja que el ruido de la máquina se imponga poco a poco, oprimiendo el acelerador sin aflojar un centímetro la presión del pie; todo la envuelve: la negrura a los costados, rauda, el callejón de luz rectilínea abierto hacia adelante, la metralla del agua torrencial, la música del pasa-cassette y el clima atemperado del auto. Sonríe, sin separar los labios; la mano masculina se ha adelantado y requiere su contacto, los dedos viriles se apoyan sin peso alguno en su antebrazo, como un ente cargado de levedad. No quita la vista del camino inmediatamente, pero tarde o temprano cederá al encuentro de la otra mirada, que espera por la suya en un mar de tibieza).





## Lorenzo Guido Ogdon

---

*Lorenzo Guido Ogdon: Tiene cuarenta y dos años, todavía no hace tres que se dedica a escribir cuentos, lo que prueba de manera inequívoca que haber llegado a los cuarenta gozando de una razonable cuota de normalidad no es garantía de nada. Es la primera vez que publica, pero si escribe siempre así, no va a ser la última.*

---



De nada sirve que yo me diga si al Tito no se le hubiese ocurrido venir y echarle la culpa a él, pedazo de bruto.

Tampoco sirve la rabia por no preguntar adónde lo llevaron o tiraron, si al menos fue enterrado. De todos modos ni el Gordo, y menos Alonso, me contestarían. Tal vez ni ellos lo sepan. Aparte que el gesto del Tito no es para pagarlo tan sólo con un ramo de flores y una tristeza. Ese gesto equívoco, ahora casi grotesco, acaso imprescindible para concluir esta historia que bien pudo comenzar anteanoche o hace doce años, para el caso es lo mismo.

Pero si no fue allá, en Cruces, cuando el circo y la trapecista pelirroja se llevaron la admiración de todos y tras la última fiera y el último payaso nos quedamos a solas con los campos sembrados, arados, alambrados, pero sin poderlos creer o sin quererlos aceptar, entonces fue acá, en el París, que empezó esto, al apagarse los reflectores una vez más y sentir el primer frío sobre mi piel desnuda, entre los aplausos que se perdían devolviendo a cada uno a su mesa, a su bebida, a la pareja o al comentario obsceno. Empezó cuando lo ví, medio borroso allá al fondo, casi saliendo, esa manera de apoyar más el pie derecho que el otro, como si todavía se moviese entre surcos y camellones, y al saber por el sobresalto en el pecho y en la boca que nadie más podía caminar así, que era él, el Tito, y a qué venía.

Después ya estaba metida en esto hasta el cuello, cuando Alonso llegó bochándome una tibia esperanza y yo lo entretení a cá en el camarín, me demoraba contra el apuro de él para darles tiempo al frío y al viento a que lo decepcionaran al Tito, a que se fuera, y tal vez al otro día hubiese otra forma de vernos, de decirnos, los dos solos.

Pero al fin, a suerte o verdad; afuera, en la vereda, el Tito se cruzó y me dijo todo, que era una puta, que me fuera con él, que me perdonaba, sin mirarlo a Alonso, sin tenerlo en cuenta hasta que Alonso le dijo mirá pibe mejor tomatelás, y el Tito casi ni lo encaró para gritarle vos te callás hijo de puta, y todo porque estaba como loco de bronca, porque venía empujando un orgullo desde Cruces, o porque no sabía que Alonso es Comisario Inspector.

Fue todo muy rápido, el tiempo nomás para que el Gordo se acercase con el patrullero desde la esquina, y cuando llegó ya Alonso le estaba tirando, o ya le había tirado y escondía la reglamentaria bajo el saco mientras el Tito se desparraba en el

---

suelo y una mancha absurda le estropeaba la campera clarita. ordinaria, recién estrenada. Yo no sé si grité o intenté hacerlo, pero Alonso ni me miró.

Ahora le oigo los pasos por el pasillo. Son unos treinta metros, unos segundos que lo separan del fin de la historia, su fin de la historia, porque para mí va a seguir, quién sabe cuánto tiempo más, seguramente todo el tiempo. Poco. Cuánto. Me lo pregunto mirándome en el espejo la cara lavada, todo el maquillaje en los algodones porque necesito estar con la cara limpia para hacer esto, para llenarme de fuerza y de miedo viéndome como si me viese por última vez. Muevo los labios (qué pálidos están) y digo no es joda. Y es cierto, no es joda. Tendré que hacerlo rápido, sin pensarlo mucho, porque si no aflojo.

Sin pensarlo mucho, como cuando el circo, allá en Cruces, que se desparramó y se infló como una ampolla de lona frente a la estación, más alto que los galpones de cinc, más importante que la iglesia y el club, porque no faltó nadie, al menos esa primera noche en que ví, en que creí ver el futuro desde mis doce años, la noche en que me quedé con un gajo de mandarina entre los dientes, sin animarme a morderlo desde que ella entró al círculo de arena, alzó los brazos desnudos sobre la melena de fuego, dando corriditas, brillantes la malla, la sonrisa y los ojos, abajo, y luego arriba, contra el techo altísimo, de un trapecio al otro, de unos brazos a otros, perfecta, derramando su locura en cada contorsión, en cada vuelo, y al final otra vez abajo, entregada, redoblantes y platillos, los aplausos de todos y los míos, que me animé a morder la mandarina prometiéndome que yo también, alto, muy alto, así sin pensarlo mucho, como ahora.

Como hace dos noches, cuando el Tito se quedó mirando sin ver las estrellas heladas y me juré algo sin querer, sin darme cuenta, mientras Alonso le ordenaba al Gordo encargate de todo y el Gordo saltó sobre el cuerpo del Tito sujetándose la gorra con una mano y la cartuchera con la otra, trotando hasta el patrullero, habló algo por la radio revolviendo la guantera para volver con un revólver cualquiera que tiró al lado del Tito, cerca de la mano medio crispada, nosotros subiendo al auto de Alonso y yo no le pude mentir, al principio.

No le pude mentir porque no fue una pregunta. Me lo dijo, lo aseguró, lo conocías de hace tiempo. Le contesté que sí y levanté el cuello del abrigo; busqué la suavidad del visón en las mejillas

por si una lágrima, o para morderme el labio inferior sin que lo viera. De todos modos Alonso miró siempre adelante, la calle que se perdía en un montón de focos, más lejos, y mientras arrancaba, como al descuido, me preguntó si significaba algo para mí. Y ahí sí, porque lo preguntó, ahí sí le pude mentir, que no, que era un pesado, que me tenía harta allá en Cruces persiguiéndome a todos lados, que nunca creí que fuera capaz de esto, bajar a Buenos Aires a buscarme, se volvió loco, y me hundí más en el visón.

El visón que me regaló Alonso una noche cualquiera, a las doce, adentro de un galpón que se abría desde una cortada oscura y que él abarcó con un gesto del brazo, indiferente. Elegí, me dijo, y yo, imitándolo, caminé como una reina entre hileras de tapados y sacones, delante de un anciano de barba gris, de sombrero, que después jadeaba retorciéndose las manos. Pero señor Alonso, pero señor Alonso. Al irnos le palmeó la espalda y le recordó algo, la palabra operativo, no lllore que la sacó barata. Ruso de mierda, se reía después, acelerando. Yo aparentaba no entender, te habrá salido carísimo, y él reía más fuerte, comprobando por el retrovisor que el patrullero no se quedara muy atrás.

Ya hace un año que todo es Alonso. Desde que el dueño del París entró en mi camarín sin llamar y me susurró, excitado, temblándole un párpado, te están esperando en el salón, es importante, un capo de la Federal. Le tiré la bronca, el cansancio, que no tenía ganas, que no era una puta. El viejo se calmó y me miró como un padre. No seas boluda, me dijo, y yo entendí todo.

Al principio era amable, simpático, flores, perfume, la confesión de ese tipo de soledad que sienten los hombres, a veces. Un día apareció en la pensión. La gente miraba. El patrullero, en marcha, en la puerta. Sacó la billetera frente a la encargada mientras yo arrastraba las valijas por el patio, mirando a todos con ganas de explicar lo que yo misma no sabía. Me instaló en el departamento, me dio una tarjeta de crédito, me dio consejos, instrucciones, cuidate. Me dejó la veintidós arriba de la mesa. Recorrí los lujos del departamento secándome los ojos.

Casi todas las noches me viene a buscar al París. Me lleva a casa, a veces cojemos. Mira el reloj. Habla por teléfono escondiendo nombres, usando palabras claves, espíandome de reojo o mirando por la ventana con la luz roja del patrullero barriéndole la cara, insistente. Voy para allá, y cuelga. La reglamentaria, el saco, un beso rápido, chau.

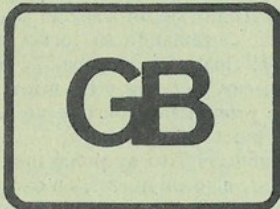
Tirados en la cama he intentado contarle cosas mías, de Cruces; la niñez, los viejos, sonseras. No me escucha, me doy cuenta.

Los últimos pasos de Alonso se van acumulando junto a la puerta. Ya llega; lo que podría ser una noche más si el Tito no venía, si tan solo se hubiese quedado bruteando en el tractor, yo preguntándome como tantas veces qué voy a hacer de mi vida, sabiendo que los años pasan, que alguna noche mi desnudez no será ni siquiera aceptable. Por ahí creo que puedo llegar, que todavía es tiempo, que es posible salir del París, de Alonso, pelearla. Revistas, televisión, cine; preparar alto. Después, arriba, se sigue; cirugía, siliconas, camelo. Después no sé; no quiero saber. Otras veces estoy peor y me veo gastada, un colorinche ridículo yirando para los colimbas o los marineros por Once, por Retiro, cobrando por la lástima que dé.

Entonces se me hace un nudo acá y me acuerdo de Cruces, de todo eso que Alonso no me escucha. Se me vienen a la cabeza los maizales, el trigo, el Tito arando delante de una nube de gaviotas, sembrando, cosechando, pero siempre lo ajeno, carajo, a tanto la hectárea, a nada por todo. Saco cuentas. Me gusta sacar cuentas, es fácil. Alonso me banca, no me jode con la carrera, laburo, junto guita y algún día, algún año, chau Alonso, chau Buenos Aires, chau aplausos. Tan fácil. Cincuenta hectáreas, ponele, allá en Cruces; vos Tito me manejas la chacra, pero el campo es mío, para mis hijos, sabés, para los que vamos a tener juntos, mientras los grillos o la lluvia, vos y yo juntos, unos chicos que nos llenen la boca de risas y las manos de caricias, Tito, querido.

Pero no; el imbécil tuvo que venir a buscarme, a hacerse el gallito como si yo le perteneciera, a gritarle hijo de puta a un capo de la Federal, a quedarse tirado en el asfalto, en este mundo que no entiende lejos de su tractor, con esa campera nueva que quién sabe cuánto le costó, manchada de sangre, pobrecito.

Y ahora me miro en este espejo, a cara limpia, y miro la puerta atrás mío que se abre. Veo aparecer un zapato de Alonso, una pierna, ahora el hombro y me repito que no quiero pensarlo mucho, sólo aprieto con furia la culata del veintidós, tenelo por cualquier cosa me dijo, y ahora que ya entró y se acerca con la seguridad de siempre, sin sonrisas, tengo que decidir en este segundo si la historia sigue de una manera o de otra, y mientras me doy vuelta y ya lo tengo a dos pasos inclinándose para el beso fugaz, siento que no quiero pensarlo mucho.



## CENTRO DE COPIAS

FOTOCOPIAS  
REDUCCIONES  
DUPLICACION  
IMPRESA



CALLE 14 N° 5006

- BERAZATEGUI

# Los que se fueron

## Claudio Alejandro Román

---

*Claudio Alejandro Román: Nació en 1961, es el benjamín de los cuentistas premiados por El molino de Pimienta. Pero esa no es razón para ponerse a cacarear. Para entender que quiere decir acá la palabra "cacarear" es preciso leer Los que se fueron.*

---



Mucho más tarde fue que el abuelo empezó a ponerse más viejo, que los ojos se le hundieron más y más en las órbitas, que la carne se le fue ajustando sobre los huesos. Pero eso fue después. Porque cuando él vino del campo era mucho más joven; era como todos los abuelos, por supuesto, pero parecía ser demasiado joven para ser el nuestro. Con el tiempo el pelo blanco le fue escaseando y se le transformó en un plumón desteñido y sin forma. Todo esto pasó después, cuando él empezó con sus añoranzas y recuerdos.

"En el campo había un gran corral con gallinas blancas", contaba el abuelo. Eran como treinta gallinas, y únicamente un gallo colorado con el cogote verde metálico y un pico asesino. El gallo las cuidaba y no permitía que nadie entrara al gallinero. Solamente la madre del abuelo, mi bisabuela, entraba temprano por la mañana a recoger los huevos. "Pero eso fue antes", nos aclaraba el abuelo. Eso fue cuando él era chico y más que amar, odiaba a las gallinas.

Su amor obsesivo empezó un día que estaba jugando con el trompo, tenía seis años creo, porque el abuelo cada día nos lo relataba con una fecha distinta. El trompo giraba loco sobre las lajas que bordeaban el gallinero. El doctor salió de la casa blanca y se alejó cabizbajo en su caballo. "Va al pueblo", había pensado el chico. Al rato su padre apareció por el camino de lajas, iba enjugándose las lágrimas con el puño. El chico lo vio venir, quiso evitarlo como siempre, pero peor. Entonces el padre le asentó la mano curtida sobre el hombro, y le apretó con fuerza. Después el chico se había alejado, tal vez porque recordó que la madre no había recogido los huevos esa mañana; y tal vez por eso también se metió en el gallinero y decidió hacer él mismo esa tarea. El gallo lo dejó entrar. Desde ese día el abuelo se encargó de las gallinas.

Esto nos contaba él cuando vino, y a medida que fueron pasando los días, fue agregando anécdotas. Nosotros nos reuníamos alrededor de su silla y él empezaba con lo de las gallinas. Nos contaba que de a poco se fueron haciendo más amigos; el abuelo se acercaba y con su voz finita de nene las imitaba, se contorsionaba un poco, se agachaba y por último se acomodaba con lentitud sobre la tierra del gallinero. El diálogo entre el cacareo real de las gallinas y el aproximado del chico duraba horas; pero

nos aclaraba el abuelo que por más que intentáramos era imposible, nunca llegaríamos a cacarear perfecto. "Una gallina es una gallina", nos decía. Pero no descartaba que él había logrado un grado de comunicación casi perfecto. "A pesar de que no soy más que un cristiano", nos decía y se sumía en una densa tristeza.

Con el tiempo el abuelo se había ido transformando cada vez más: los dedos se le volvieron flacos, raquíticos; su nariz antes respingona se le fue enarcando hacia abajo y le terminaba en una especie de gota. De noche no podía dormir si no era sentado. Y a veces a medianoche empezaba con sus historias. "Los gallos no importan", nos decía, "lo que importa son las gallinas. Pocas veces he visto animal mas sensible, mas inteligente. Qué lenguaje". Y nos explicaba los rudimentos básicos de su lengua. La diferencia de tono entre una bataraza, una colorada y una pigmea. Y cuando el reuma se lo permitía, y mis padres no estaban en casa, el abuelo se agachaba, caminaba en cuclillas, y cacareaba muy fuerte. Así, por medio de la práctica, nos enseñaba ese extraño lenguaje de gestos y cacareos; un lenguaje que ninguno de nosotros consiguió aprender nunca, pero que escuchábamos atentos por respeto.

Papá (no se por qué me acuerdo de él justo en este momento), nos contó que el abuelo en el campo tenía un corral repleto de gallinas de todas las especies, hasta las inhallables gallinas de Guinea. Y dentro de la casa tenía embalsamadas a aquellas que fueron de antología, al pie les había puesto una chapa con sus nombres, mezclas confusas de ces y aes. "El abuelo y su obsesión por las gallinas", nos decía papá.

Contaba papá, que cuando murió mi bisabuelo, el abuelo tenía quince años, a la sazón había superado el promedio de vida de una gallina. El abuelo se había encerrado en el gallinero por varias horas, y cuando salió llevaba una gallina blanca y gorda debajo del brazo. Era su mejor ponedora. Le clavó el pulgar en el cogote, y el animal quedó tieso. Con agua hirviendo le fue sacando las plumas, y con un cuchillo le tajeó el vientre y le extirpó las visceras, para terminar cocinándola a fuego lento. Pasó mucho tiempo hasta que él volvió a entrar al gallinero; casi tanto como tardó en adaptarse a vivir con una tía solterona, hermana de su padre.

Aún ahora me acuerdo del día en que la maestra de ciencias

## Dos jurados dieron su fallo, otro nos falló.

naturales, me encargó hacer un trabajo sobre: "La Gallina". "Con láminas y todo", me aclaró. Me fui corriendo hasta casa, cuando llegué el abuelo estaba tomando su sopa de maíz pisado que tanto le gustaba. Le conté de inmediato lo del trabajo. El se puso contento, le dijo a mi madre que no quería más sopa, y enseguida empezó a explicarme. Me asesoró bien. Conocía cada uno de los huesitos de la gallina y para qué servían. "Para qué los había puesto el buen Dios", me había dicho. Gracias al abuelo hice un trabajo extenso y hermoso, con láminas y todo. Pero no lo entendieron; la maestra me señaló el cuaderno, que el trabajo era precioso, pero tal vez demasiado imaginativo. Me puso un "bien" a secas, y yo sin querer, oí al abuelo. Y ahora que lo pienso, pobre viejo, quién puede entender a un tipo loco por las gallinas.

A mis hermanos con el tiempo dejaron de atraerles las historias del abuelo. A mí, tal vez por ser el más chico, me impactaban y por eso las recuerdo con tanto cariño. Cómo no dejarme llevar por esas historias de gallinas y de muertes. Hace mucho, papá contaba que cuando murió la tía solterona, el abuelo que ya era un hombre hecho y derecho, con mujer y todo; volvió a meterse por varias horas en el gallinero. Y al salir llevaba tres pollitos recién nacidos, que piaban entre sus dedos. Después se los comió, acompañado por su mujer y sus hijos. "Como los galletos brasileños", nos había dicho papá. Luego murieron dos de sus hijos, los dos menores; más tarde, murió su mujer; y siempre lo mismo: meterse al gallinero y salir unas horas después con una gallina o algún pollito. Al poco tiempo, venía el reencuentro, se amigaba con sus gallinas, volvía a contar con su confianza y la vida continuaba casi monótona. Pienso que también hubiera hecho lo mismo, de haberlo visto morir a mi padre.

Alguien me contó una vez, que el abuelo antes de venirse a Buenos Aires, mató a todas sus gallinas. Las desangró bien, las

peló y se las dio al cura del pueblo, para que se encargue de distribuir la carne de acuerdo a su cristiana proporción, entre sus fieles. Otros cuentan una historia más cruel, que el viejo las mató y se bebió la sangre de sus gallinas; y cuando vino a Buenos Aires, su sangre, su cuerpo, eran esas cincuenta gallinas muertas.

En sus últimos días al abuelo se le fue deformando la espalda, pero no con esa joroba pesada tan común en los viejos, sino que se le fue hundiendo hacia el centro, lo que daba la impresión de que el cuello se le había alargado y que le había nacido un esbozo de cola. De ahí en adelante no nos sorprendimos de nada. Los dedos se le fueron deformando de forma tal que el meñique casi desapareció bajo el anular, y los pulgares se le torcieron hacia atrás; lo mismo le pasó en los pies, en donde además le creció un espólón de carne grisácea. Sin quererlo tuvimos que ocultarlo de las visitas. Todo podía ir muy bien, pero después de un rato, él se ponía a cacarear de una manera espantosa, y nosotros nos moríamos de vergüenza. Fue entonces cuando decidieron llevarlo a una clínica. Lo internaron y allí, al poco tiempo, murió solo. Se murió cacareando y con sus ojos color maíz bien cerrados.

No sé por que me acuerdo de todo esto justo ahora que hace dos días que papá ha muerto. Se murió por la mañana, no sólo como el abuelo. Estaba mamá, yo y mis hermanos, nuestras esposas, los amigos. En fin, todos, demasiados. Aunque creo que yo fui el único que sintió un escalofrío cuando me apretó la mano; me miró y me dijo algo incomprensible, yo me imaginé un cacareo. Después cerró los ojos con fuerza. Estaba muerto. En ese momento me acordé que al abuelo yo no lo ví morir, por eso cuando terminamos de enterrar a mi padre, me fui caminando desde el cementerio a casa. No queda muy lejos; hacía frío. Y cuando llegué, entré por la puerta que da al gallinero.

## LIBRERIAS EN DONDE SE CONSIGUE EL MOLINO DE PIMIENTA

### • BUENOS AIRES

CLASICA Y MODERNA - Callao 892  
HERNANDEZ - Corrientes 1436  
NORTE - Las Heras 2225  
PREMIER - Corrientes 1583  
PROMETEO - Corrientes 1920  
VIRIDIANA - Corrientes 1145 - Loc. 26

### • LA PLATA

CAPITULO II - Calle 6 Nro. 768  
CARPE DIEM  
Calle 47 Nro. 621 Local 6  
JUVENILIA - Calle 49 Nro. 539

LA BIBLIOTECA - Calle 7 Nro. 821  
LIBRACO - Calle 6 Nro. 667  
LIBRO 49 - Calle 49 Nro. 622

### • BERAZATEGUI

LA POSTA - Hudson 492B  
• BERNAL  
AQUILES - 9 de Julio 55 - Loc. 8  
Galería Grimau

### • HAEDO

FONTAN - Rivadavia 16176

### • LOMAS DE ZAMORA

AFAN Y FE - Gorriti y España  
CASA DEL SOL - Laprida 165 - Loc. 27

LA GONDOLA - Pellegrini 56

SENDEROS - Av. Meeks 82 - Local 23

### • MERLO

IMPREX - Libertador 241  
MODERNA - Libertador 583

### • MORENO

MIGUEL ANGEL - Mitre 789

### • MORON

LA CALESITA - Sarmiento 789

### • QUILMES

ARLEQUIN - Alem 80  
EL ALEPH - Alvear 594  
EL MONJE - Alsina 285 -  
Moreno 534  
RAMOS - Mitre 531

### • RAMOS MEJIA

GUARDIA - Rivadavia 14040

### • SAN ANTONIO DE PADUA

LOS GRACOS - Noguera 37

## REVISTA IBEROAMERICANA

Organo del Instituto Internacional  
de Literatura Iberoamericana

### SUSCRIPCION ANUAL

Países latinoamericanos: 25 dls.  
Otros países: 30 dls.  
Socios regulares: 35 dls.  
Patrones: 50 dls.

### SUSCRIPCIONES Y VENTAS:

Cecilia Rodríguez Javonovich

DIRECTOR-EDITOR: Alfredo A. Roggiano  
SECRETARIO-TESORERO: Keith McDuffie  
DIRECCION: 1312 C.L. Universidad de Pittsburgh.  
Pittsburgh, PA 15260. U. S. A.

### CANJE:

Lillian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

## ALGUN DIA HARE UNA BELLA HISTORIA DE AMOR

Conversaciones con Fellini

Giovanni Grazzini

154 pág.

GEDISA

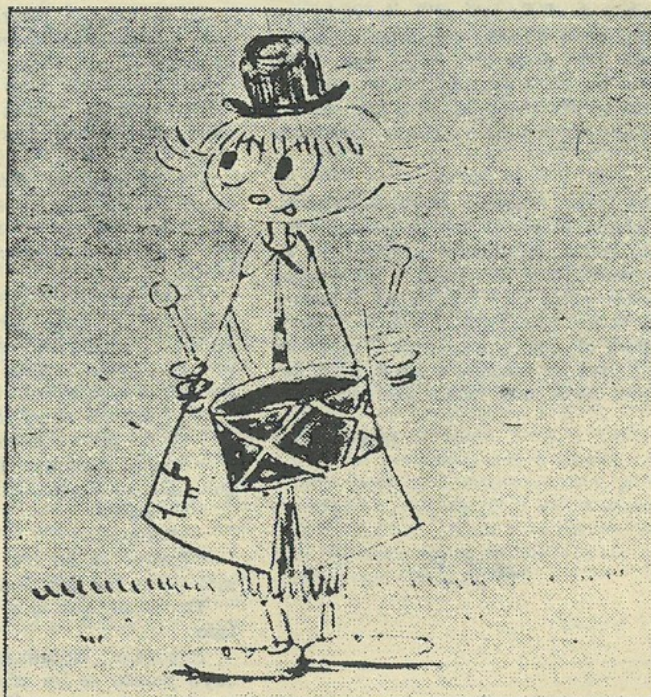
El mundo tierno e impiadoso de Gelsomina y Zampanó, el aire cargado de capullos de flores amarillas de *Amarcord*, una maléfica princesa ciega y un obeso heredero austrohúngaro en una nave que es la vida, son imágenes que ya nos pertenecen a todos. El cine ha recorrido vertiginosamente un largo camino, y necesitó poco tiempo para producir sus mejores obras. Pero, como antes la ópera, quizás sea ahora el cine quien más mitos produzca. Fellini, Bergman, Kurosawa, Wajda: autores vivos, pero celosamente inmovilizados por el mito, estereotipados en su genialidad. ¿Qué se espera de ellos en una entrevista?

Muchos coincidirán con Fellini en que la entrevista es un género bastante ingrato para el entrevistado. Teóricamente, nadie está obligado a abrir la boca sólo para decir genialidades, nadie tiene el deber de ser permanentemente brillante u original. Y sin embargo, a ellos sí se lo exigimos. Dice Fellini: "Encontrarme bloqueado detrás de un escritorio a las dos de la tarde, en pleno verano, con tres o cuatro micrófonos frente a mí, para explicar por qué en mi película hay un rinoceronte, no es por cierto la situación que prefiero". Prueba de que tampoco los interrogadores aciertan siempre con preguntas felices.

Esta es una larga entrevista con Federico Fellini. Larga entrevista que su autor no se preocupó en fragmentar, en pausar siguiendo la propia respiración del texto, que, como cualquier conversación (así subtítulo Grazzini su trabajo), tiene sus altibajos, sus momentos de mayor tensión y lucidez, y sus apagones. Bien, sin embargo, por el tono íntimo que nos evita el mito del interlocutor serio, impersonal y, por esto, aparentemente objetivo.

Vayamos a Fellini.

Fellini no es hombre de ideas generales. El mismo lo dice. ("Yo no tengo ideas generales y me parece que me siento mejor no teniéndolas", "A medida que los años pasan me parece tener cada vez menos necesidad de comprender, en el sentido de racionalizar la relación con la realidad").



Dibujo de Fellini para La Strada.

¿Cuál es la visión del mundo que sustenta la obra de este artista?. No es fácil hallar respuestas en el texto. El mismo F.F. parece empeñado en asignarle a su vida una presunta chatura, una aparente indiferencia. ¿Cuáles son sus ideas políticas? "No soy un homo político, nunca lo fui", "La política me deja totalmente indiferente, inerte". "No tengo temperamento revolucionario, tampoco creo haber tenido nunca amigos revolucionarios". No en vano recuerda F. su educación durante el fascismo, la que le deparó una especie de imposibilidad para la participación y una exaltación del orden constituido. ¿Ideas estéticas? Un admirable párrafo sobre la importancia de la luz en un film (pp. 99-100) y la reivindicación del cine como arte autónomo. Pocas veces logra entusiasmarse (y sólo en el cine), pero cuando lo hace resulta brillante.

Fellini es un gran mentiroso. El mismo lo dice ("Congénitamente incapaz de decir la verdad"). Y también un obsesivo ("me parece haber rodado siempre la misma película"). Características que, bien miradas, suelen ser comunes a los grandes creadores. Fellini no tiene ideas generales y es un

mentiroso, entonces inventa, imagina: imagina historias bellas o terribles, se sumerge en ese oscuro y desconocido mar del inconsciente y nos proyecta imágenes que tiran abajo las certezas acerca de lo real y lo soñado. Materializa con belleza infinita las propias creaciones de nuestras regiones más ocultas. Fellini imagina, crea. Y, en su mundo, es un pequeño dios: "El cine es un modo divino de narrar la vida, de competir con el 'padre eterno'".

Fellini no ve cine, ni el propio ni el ajeno. No le gusta la música. El bullicio lo pone nervioso. Se confiesa no revolucionario. La religión católica le parece positiva porque le infunde miedos que lo mantienen en tensión creativa y lo protegen del naufragio en el sin sentido. Es difícil asimilar declaraciones como éstas: "creo que quien siente una cierta inclinación artística es por naturaleza conservador y necesita del orden a su alrededor", "El ruido, los cantos, las manifestaciones, los disparos, las barricadas, dan fastidio, molestan, se hace necesario cerrar las ventanas". O sobre su obra: "después de haber tenido la oportunidad de hacer un cine tan privado, una especie de masturbación deleitante pero toda mía".

## LOS LIBROS (Continuación)

La obra de F.F. está allí, sin embargo, respondiendo a varias preguntas. El autor declara: "lo poco que tengo que decir, cuando me da la gana de decirlo, trato de decirlo en mis películas, cosa que me entretiene muchísimo". ¿Debe pedirsele más?.

Mitómano, obsesivo, no revolucionario, caprichoso, desparejo, talentoso: así es Federico Fellini. El mundo magnífico de su cine persiste y se sobrepone a sus teorías, y quizás quepa para F.F. lo que él mismo decía sobre John Ford: "Amó el cine, vivió para el cine, e hizo para el cine una fábula para ser relatada a todos, pero, antes que nada, una fábula para vivir él".

Lilian Carou



### HISTORIA TRANSVERSAL DE FLOREAL MENENDEZ

Leo Masliah

120 páginas

EDICIONES DE LA FLOR

He aquí la historia de un hombre cuyos pies no tocan la tierra sino que son mediados por el zapato; y digo un hombre, no veinte o treinta como aparecen aquí.

Los personajes le llegan a Masliah como las cucarachas a Kafka. Como metamorfosis de un solo y único personaje: aquel que no es de ningún lugar. Condenado a espectador de por vida; porque como actor le espera el olvido.

Es un libro de puertas giratorias donde cada vuelta escupe otra metamorfosis; donde entra Floreal Menéndez y sale Edith Delgado para dar paso a Rubiscar Vega. O al no-policía. O al sí-taximetrista; y así hasta la eternidad: ¿la historia transversal?.

Un universo de confusiones, persecuciones, huidas con hijos ajenos y búsqueda de escobas que no existen o enemigos que no están (al menos en el mundo externo).

El enigma, nunca develado, es una tenaz obsesión por preservar su valor: "Pero Bartoni, —se excusó Galmés— a mí siempre me parecieron bien sus novelas. Siempre trabajé a gusto con ellas.

—¿Y por qué nunca me lo dijo?

—No me pareció necesario.

—Bueno, dígamelo ahora, si quiere seguir trabajando conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque ya no me gustan —dijo Galmés— y se fue para siempre de ese lugar".

Tan tenaz, que ni al lector le fue develado.

Personajes, fantasmas de un personaje, cuyo pasado se les adhiere como una lastra de la que nunca se liberarán en sus ocho o diez líneas de vida. El que fue despedido sólo será, a partir de ahí: el ex-empleado, el adulto es un no-niño, etc. Sólo el personaje siguiente, el nuevo que emerge tras la vuelta de la puerta giratoria, lo salva; pero no es más que otro nombre perteneciente a este incesante personaje. Como un crótalo. Como "Judith de Crótalo". Como una víbora de múltiples mutaciones. De piel.

El libro avanza de la mano del pensamiento mágico, donde basta pensar una panadería para estar en ella; pero ni la magia es magnánima: Piden pan no le dan.

El protagonista es, en realidad: la mirada. Mirada que se transforma en un ritual inagotable, omniabarcativo y omnipresente. Opacado, tal vez, sólo por el pensamiento: del derecho, del revés; e infinitas

veces en cada una de sus caras donde, hasta el no pensar es pensado.

La *Historia de Floreal Menéndez* es una cinta de Moebius; o como dice Masliah en la página 87:

"... reiteración repetida de ese trayecto, quién sabe por cuánto tiempo". Y siempre en el mismo párrafo, continúa:

"Sin embargo, la caminata se empezó a poner un poco larga en minutos y el corredor era cada vez más oscuro y estrecho".

Más que palabras de un personaje, parecen intuiciones de un autor. Porque el interés no se sostiene; el libro se torna largo, oscuro y estrecho.

La reiteración de la estructura, sin solución de continuidad, impide el interés en el texto, donde el conocido talento de Masliah para el humor, la ironía, el absurdo y, hasta la precisión, no se dan cita; a pesar de algunas historias aisladas que siguen haciendo honor a la reputación de Masliah —absolutamente ganada por otra parte—: Urzulema, Daniel y Miguel Repuch. La historia del muchacho que todos los días a la misma hora espera a una chica que sale de la oficina, —tal vez, uno de los temas más fuertes en Masliah: las esperas, las dudas, las indecisiones—.

"No se fueron todos —dijo Orozmán sin hablar—; yo no me fui".

Y en el silencio sonoro de Orozmán, su última metamorfosis, se nos instala, en su totalidad, en su siempre ambivalente y ambigua soledad: Floreal Menéndez. Tal vez podría terminar parafraseando el comentario de tapa de Ediciones de la Flor: "La historia de Floreal Menéndez puede ser considerada como una suerte de novela o como una desgracia literaria, o como la puesta en práctica de una disposición narrativa un tanto inestable..."; pero no. Yo sólo voy a decir que Floreal Menéndez me dejó añorando, —en el espacio que esta balada de 120 páginas ocupó—, esas canciones menos que Masliah no compuso.

Mariana Fiksler



## CON PALABRAS

Daniel Gort

108 páginas

EDICIONES LAMPARA VERDE

Es difícil establecer el criterio estético al cual deba ceñirse una página escrita para que pueda ser considerada poesía. Seguramente, *Con palabras* será considerado, desde el punto de vista de la "ortodoxia" literaria, un libro no existente. O, con buena fortuna, un libro de tono menor. Pero es, en definitiva, un libro de poesía.

"Eché/espalda/a lo cotidiano/empapado de sueño", dice en uno de sus poemas. Y esa cotidianeidad lo que Gort rescata en su poesía. Desde la alusión a Enrique S. Discépolo de su título, hasta cierto toque de Carriego en el poema que dedica a su pueblo o en otros que forman las primeras páginas del libro. Gort escribe sobre la vida diaria, y lo hace —porteño por adopción—, desde la perspectiva urbana de Buenos Aires.

Gort, perteneciente a la generación que entra en la juventud con los inicios del auto-denominado proceso de reorganización, transmite en sus páginas la íntima desazón frente a la desvalorización de la vida, la soledad, la muerte inútilmente joven en el desatino de Las Malvinas. El vacío de la muerte, que no es real ni desaparecida en algún falcon, sino la esfumatura del otro como persona cognoscible, asequible, completa el cuadro de su soledad poética.

"Los hombres inventamos la palabra/una noche de truenos, de frío y de viento", es la apertura del libro y el indicador de la bronca, de la sublevarción frente a la sinrazón social. Pero el estallido de la furia se realiza con el lenguaje de la poesía: mesurado, sintético, carente de altisonancias tan románticas y ortodoxas como irrelevantes. Porque en el lenguaje de la cotidianeidad expresa: "Generación/de escarpines y bastón/gateamos entre esqueletos/sin razón/y vemos tantos fantasmás/que más le tenemos miedo/al hombre de carne y hueso".

Si la sinrazón provoca un aullido de cólera, el amor es un esfuerzo por trascender la propia soledad en busca de la comu-

nión con el otro. Estos poemas dejan el regusto amargo de una búsqueda dolorosa, pero que jamás debe ser evitada. Es como si en la búsqueda del amor estuviese la justificación de la vida; en definitiva, de la poesía.

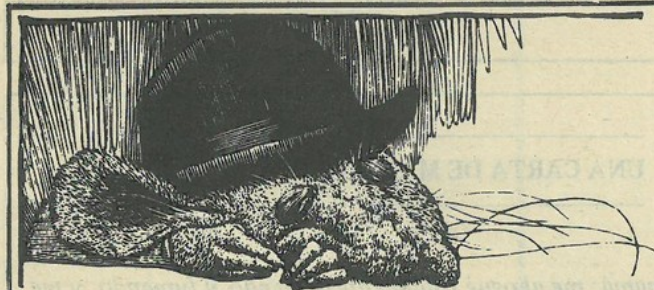
Gort ha logrado encontrar una reelaboración de la ciudad, el momento preciso en que la ciudad ha logrado reunirse con la poesía que, después de larga y casi infructuosa espera, la acompaña en este momento de maduración. Hubiera preferido que el final de un poema que dice: "con amnesia no se puede/sin amnesia se puede/defender la vida", se hubiese amalgamado con este otro: "bebamos un poco la insolencia/que estamos vivos/qué mierda/estamos vivos"; y ambos hubiesen logrado el poema final de la esperanza. Pero lo válido es el libro ya terminado que el creador nos entrega para que, como lectores, podamos compartir sus sabores y sus sinsabores. Y *Con palabras* no sólo es válido: también es valedero como experiencia de vida y como experiencia poética.

Mario J. Franco

## LEER LAS REVISTAS

- MASCARO
- LA DANZA DEL RATON
- EL ORNITORRINCO
- EL MOLINO DE PIMIENTA

Y NO COMPRARLAS, ES TRAMPA



Ni por compromiso, ni por best seller. Por puro gusto nomás.

## EL MOLINO DE PIMIENTA RECOMIENDA

### Ficción

SIROCO, de Vicente Battista. Editorial Legasa.  
VACIO PERFECTO, de Stanislaw Lem. Editorial Bruguera  
CAVERNICOLAS, de Héctor Libertella. Editorial Per Abat.

### Poesía

ITINERARIOS Y REGRESOS, de Enrique Puccia. Libros de Tierra Firme.  
CARTAS PARA REINAS DE OTRAS PRIMAVERAS, de Jorge Teiller. Ediciones Manieristas.

### Para mirar

PERGAMENTAL BASICO, de Rubén Pergament. Editorial El Lagrimal Trifurca.



RESPUESTA

14 de diciembre 1985

Guillermo: tus poemas nos gustaron. Cuál, te preguntarás, es la razón para que no los hayamos publicado. Creemos que hay algo indefinible que le falta. En cambio, en cuanto leímos tu carta creímos imprescindible publicarla. Y la razón es muy simple (voy a seguir en la primera del singular), a mí me parece que un tipo que escribe poemas, cuentos o cualquier cosa que tenga pretensión artística no debe escribir una carta a una revista de literatura (y tal vez a ninguna parte), sin intentar hacer literatura. No puede, aunque la práctica demuestre lo contrario, dirigirse a uno con la consideración más distinguida y saludar muy atentamente y otras pavadadas por el estilo. Chau, un abrazo, y metele que son pasteles.

Buenos Aires, 11 de junio de 1985

Ricardo Maneiro

Segunda hoja destruída.

Cigarrillo consumido.

LUZ, disminuída.

La orfandad de encabezamiento es algo falsa, como la siguiente sinceridad: "Estimado Ricardo" suena hipócrita, hace falta conocerse. Extrema reacción contra la televisión y el veneno cultural, que ustedes deben comprender, hasta la pureza tiene ciertos vicios.

¿Cuál pureza?

El Molino de Pimienta. Abril-Mayo-Junio 1984. \$a 50,-. Por esa plata la compré, dos semanas atrás. Disculpénme.

La busqué (les mandás unas poesías, si les gustan las publican, dijo Jorge).

Y no sé si sobreviven, ojalá.

Enciendo un nuevo cigarrillo y las letras de COSTANTINI con las de CORTAZAR y MANZUR flotan sobre mi cabeza en una especie de halo mortal que no alcanzo a descifrar.

Una voz ajena, casi religiosa, grita desde lejos, no les gustarán...

Les mando tres poesías registradas.

Les mando tres niños orinados, optimistas y rebeldes...

Sin embargo, veo traducción innecesaria.

Mentira, tengo 19 años, 28 de setiembre de 1965. Con los Beatles en acción.

Y un "Estimado Ricardo" que quizás sonaba bien.

Guillermo Alberto Ravaschino



PUBLICACIONES RECIBIDAS

POESIA

CANTO ESENCIAL de Roberto Lahera. Ediciones La Cigarra.

CON EL TIEMPO A CUESTAS de Haidé Daiban - 52 páginas. Ediciones Amarú

DISIMULAR LOS SUEÑOS de José Dantone. 50 páginas. Ediciones Amarú.

TEATRO DE LIRIOS (Poemas 1981-1984) de Carlos Barbarito. 1er. Premio de poesía 1984. Fundación Alejandro González Gattone.

KAMIKAZE

Christian Kupchik

Ed. Lagrimal Trifurca - Rosario.

CUENTOS

DESPIERTA CIPRIANO

de Luis Carlos Romanello - 82 páginas Ediciones Amarú.

LOS SOLES PERDIDOS de Sonia Catela 17 cuentos - 101 páginas - Fondo editorial de la Provincia de Santa Fe.

ESPACIO DE TORMENTA

Pablo de Santis

20 extraños textos, escritos con una atrayente prosa. 46 páginas.

Ediciones de la Serpiente.

REVISTAS

AMBITO LITERARIO Nro. 2 - agosto/ setiembre 1985

Este número contiene: Marechal íntimo por Elbia Rosbaco de Marechal; De Platón a la "Donna Angelo" por Jorge Alberto Piris.

EDITORIAL  
LOSADA  
INFORMA

El jurado del Concurso Internacional de Novela Gonzalo Losada integrado por José Bianco, Antonio Di Benedetto y David Viñas otorgó el premio por unanimidad a la obra LA VUELTA DE LA ESQUINA de Federico Peltzer y, asimismo, recomendó la publicación de la obra AIAIAY de Enrique Butti..

UNA CARTA DE MARCEL PROUST

*Mi querida mamá: me ahogué totalmente bebiendo y fumando, y me pregunto qué especie de sueño voy a poder dormir.  
Mil besos tiernos*

Marcel

*Te escribía por algo, pero ya no recuerdo por qué.*



Dos sonetos de Julia Priluzky Farny, etc.  
Dirige Héctor Saldaña.  
Salas 337 / 1424 Buenos Aires.

#### HOJE—HOJA—HOY

Asociación latinoamericana y del Caribe de  
artistacorreo. Nros. 2 y 3.

Es una publicación que se niega a ser definida.  
No obstante se define como un reducto no  
convencional, casi loco, pero eficaz que intenta  
entender la creación artística como una  
forma de la comunicación y del ejercicio de  
la libertad.

Casilla de Correo 749 — 1900 La Plata,  
Argentina.

AMERICA JOVEN Nro. 42 - Año 5  
febrero/agosto de 1985

Contiene poemas de Mario Contreras Vega;  
Literatura y cambios sociales en América  
Latina; conversación con José María Memet,  
etc.

AMERICA JOVEN Nro. 43 - Año 6  
segunda época Nro. 43

Contiene una entrevista a Nicanor Parra.  
Algunos ecopoemas. Promociones emergen-  
tes: el espíritu del valle por Gonzalo Millán.  
Conversación con Fernando Quilodrán. Poe-  
mas de Diego Maquieira, etc.

América Joven es una publicación que aparece  
desde 1980 y que intenta una indagación pro-  
funda de la literatura chilena reciente.

Postbus 23367

3001 KJ - ROTTERDAM

Holanda

AMARU 19

Se cumplen diez años de la aparición del pri-  
mer número de esta revista. Una revista que

sin duda ha logrado en los últimos números  
un muy buen nivel en sus reportajes; en este  
sin duda se destaca el realizado por Graciela  
Alvarez y Beatriz Luna al notable dibujante  
y humorista Roberto Fontanarrosa. Sobre el  
tema siempre actual de Cultura y democracia  
responden: Fermín Chávez, Pacho O'Donnell,  
Alfredo Genovesi, Leonardo Paso y Buenaven-  
tura Bueno.

Casilla de Correo 33 — 1824 Lanús.

#### REVISTA IBEROAMERICANA

Nº 131 - 132 — enero/julio 1985

Director Alfredo Roggiano.

Dirección: 1312 C.L. Universidad de Pitts-  
burg, Pittsburg, PA 15260 U.S.A.

Variados artículos entre los que se destacan el  
de Emil Volen sobre el cubano Reinaldo Aren-  
as y el de Luce Lope Baralt sobre el portor-  
riqueño Luis Rafael Sánchez. Con la calidad  
de siempre, las notas bibliográficas.

#### MASCARO Nro. 3

Dirección: Ricardo Mariño

Este interesante número está compuesto por:  
un cuento de Darío Sendik; un notable cuen-  
to de Allan Sillitoe de título engañoso. De la  
revolución posible al reformismo de Juano  
Villafañe, un significativo aporte a un tema  
de absoluta actualidad. Un reportaje a Mauri-  
cio Kartum. Y las respuestas inteligentes y  
claras de Liliana Heker a un cuestionario so-  
bre Narrativa y represión. Poemas de Sergio  
Mauricio, Graciela Cajarville.

Algo que inevitablemente debe destacarse es  
la profunda ignorancia evidenciada por la ma-  
yoría de los escritores consultados sobre la  
cuestión de la deuda externa.

Casilla de Correo 2055 - (1000) Correo Central

## Reglas del Juego

- Vamos a publicar cartas de lectores, pre-  
feriblemente bien escritas.
- Pedimos que nos envíen libros y revistas.
- Pedimos a quienes organicen concursos  
literarios nos hagan conocer las bases y  
condiciones con suficiente anticipación  
para poder difundirlas.
- Recibimos donaciones sin pudor.
- Pedimos a autores de cuentos muy bre-  
ves, de una extensión no mayor de media  
página tamaño oficio, nos hagan llegar  
alguno para que sea considerado por nues-  
tro eficaz cuerpo de censores; en caso de  
ser aceptado, lo publicaremos.
- Publicaremos avisos clasificados que no  
superen las 30 palabras. Estos avisos po-  
drán requerir canje, compra o venta de  
libros o revistas. Talleres literarios. Ofre-  
cimiento y pedido de traducciones. Y  
cualquier otra cosa que pueda interesar  
a los lectores de nuestra revista. El pre-  
cio de estos avisos será igual a cinco fran-  
queos mínimos de correo ordinario a la  
fecha del matasellos. El importe, en estam-  
pillas postales, deberá ser remitido en el  
mismo sobre donde se solicita la publica-  
ción del aviso.

CASILLA DE CORREO 21  
(1884) BERAZATEGUI - ARGENTINA

### la yapa del molino



### OTRA OPERA DE DOS CENTAVOS

Un transeúnte preguntó a un niño que lloraba  
amargamente cuál era la causa de su congoja.

—Había reunido dos monedas para ir al cine,  
pero vino un muchacho y me quitó una —dijo el ni-  
ño, señalando a un muchacho que estaba a cierta  
distancia.

—¿Y no pediste ayuda? —preguntó el hombre.

—Claro que sí.

Los sollozos del niño se hicieron más angustiosos.

—¿Y nadie te oyó? —siguió preguntando el hom-  
bre,— mientras le acariciaba tiernamente.

—No —sollozó el niño.

—¿No puedes gritar con más fuerza? —preguntó  
el hombre—. En ese caso dame la otra moneda.

Y quitándole la última moneda de la mano, si-  
guió su camino.

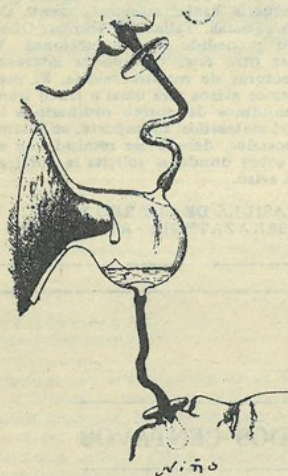
Bertolt Brecht



## EL MOLINO DE PIMIENTA

### Cabaret literario

Dirección: Ricardo Maneiro  
 Redacción: Lilian Carou - Mario De Vitis  
 Colaboradores permanentes: Mariana Fiksler - Miguel Angel Morelli  
 Colaboran en este número: Carlos Balestra Duarte - Martha Berlin -  
 Sonia Catela - Mario J. Franco - Elena Marengo - Jorge Mirar-  
 chi - Roberto César Morini - Lorenzo Guido Ogdon - Hilda Paz  
 - Hugo Rimada - Blanca Rébori - Claudio Alejandro Román.  
 Registro de la propiedad intelectual: 330.827 - Ley 11.723.  
 Arte e impresión: Litofemar - San Martín 348 - Quilmes.



Correspondencia, giros:  
 Ricardo Maneiro  
 Casilla de Correo 21  
 1884 - Berazategui - Bs. As.  
 Argentina

#### SUSCRIPCIONES

Argentina tres números: ₳ 4,-  
 seis números: ₳ 8,-

Exterior (vía aérea)  
 seis números: U\$S 25.-

Los números atrasados se venden al mismo precio que la edición circulante, salvo el número uno cuyo valor de venta es el doble.

#### OFERTA LIMITADA:

Se han puesto en venta colecciones de nuestra publicación Nros. 1 al 7 que incluye carta de presentación con dos dibujos eróticos de Picasso, inéditos en la Argentina, impresos en offset, en papel celcote de 118 gramos, en blanco y negro, 20 x 20 cm.

Argentina: ₳ 9.00  
 Exterior: U\$S 30.00

#### Revista dependiente

depende, entre otras cosas, de la generosidad de los amigos, del humor del imprentero, del grado de alfabetización del comisario.

## avisitos

#### TALLER DE ESCRITURA

Prácticas de la escritura, Análisis críticos, Teoría literaria.  
 Coordina: Liliana Lukin.  
 Informes al 47-0607.

#### CORRECCION DE ESTILO

Trabajos literarios, tesis, monografías, informes, etc. Mediodía o noche: 254-1746.

#### ESPERANTO

Gratis informo aprendizaje idioma Transracial Esperanto. Posibilidades viajar extranjero, alojamiento gratuito. Aparte canjeo plaquetas por similares o libros o revistas. Tarducci - San Martín 1165, (2600) V. Tuerto, Santa Fe.

#### BUSCO EDITOR

Joven poeta busca editor para solventar publicación libro de poemas  
 c.c. 221 - suc 25 (1425)

#### CURSOS

El seminario de escritores "Stylos" inicia sus cursos por correspondencia de Redacción y Arte de Escribir. Solicitar informes a C. C. 2179 - 1000 Buenos Aires.

#### CORRESPONDENCIA

Deseo cartearme con gente joven para conversar sobre literatura. Analía Zygier (18 años) Zapiola 1742 - 1° A - Capital Federal.

Joven escritor desea contactarse con muchacha que escriba.  
 C.C. 221 - suc. 25 (1425)

#### COMPRAS

Compro Best-Sellers, literatura en general. Novelas en inglés. Voy a domicilio, pago en efectivo. 784-2624.

Compro libros en buen estado. Castellano, inglés francés, alemán. Pago contado. 783-4648.

Libros antiguos ilustrados hasta el siglo XIX. 854-6982.

Revistas literarias, hasta la década del 50. Mario - 208-0672 - de 12 a 19 hs.

Correo de la Unesco 1955 - 256 - 1876

Para publicar avisos en esta sección, consultar reglas de juego.

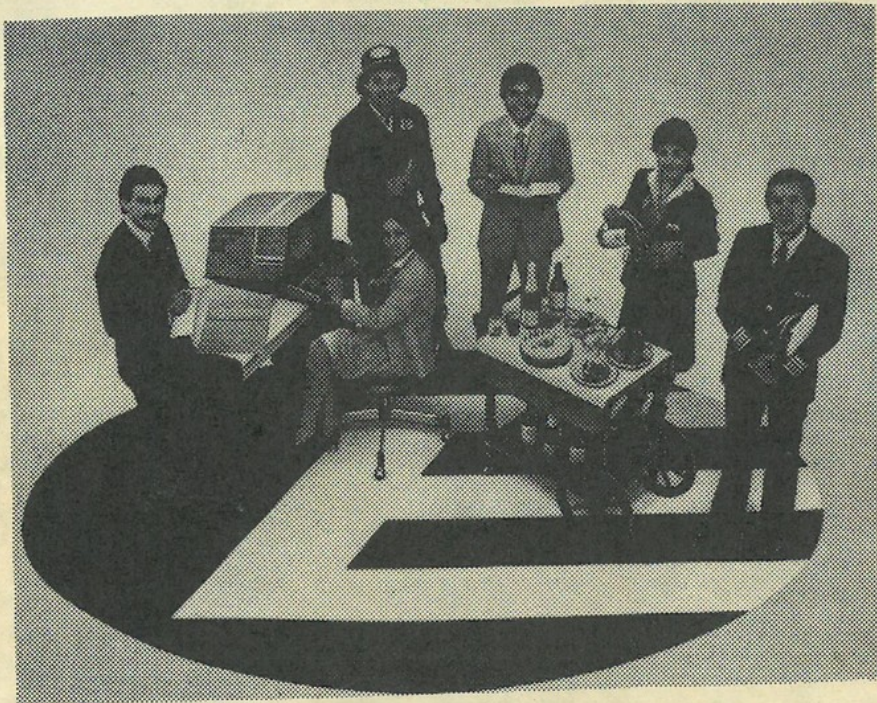
El Molino de Pimienta, se limita a reproducir los textos de los avisos, sin que ello signifique responsabilidad por la calidad y veracidad de los anuncios.

## EL MOLINO DE PIMIENTA

SE CONSIGUE EN LOS QUIOSCOS

Está en los mejores de la Avda. Corrientes desde Cerrito hasta Callao.  
 Y en los subtes.

# GRACIAS ARGENTINA



Nuestras sinceras gracias  
por estos once años de continuo apoyo.  
Por habernos permitido ser el instrumento que realice sus sueños,  
por habernos hecho partícipes de sus aspiraciones.  
Por habernos dado el honor de llegar con nuestros colores patrios  
y nuestra imagen de país hacia y desde ARGENTINA,  
por habernos dejado participar en el desarrollo  
económico, cultural, turístico y social de vuestro pueblo.

GRACIAS POR HABERNOS HECHO  
SU AEROLINEA PREFERIDA !!



UNDECIMO ANIVERSARIO  
DE ESTATIZACION

ORGULLOSAMENTE



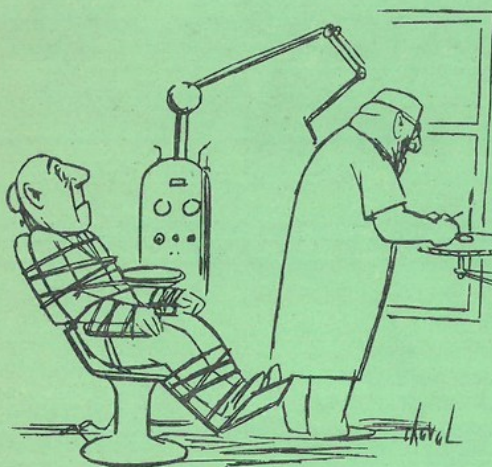
**ECUATORIANA**

la página de

# CHAVAL



## CUESTION DE URGENCIA



Chaval: humorista y malo francés. Aquí apuntan que los malos cuando lo son de verdad están más allá de las nacionalidades. Sus excelentes dibujos hicieron que sus textos fueran menos valorados de lo que se merecen. Publicar *Cuestión de urgencia* pretende enmendar, siquiera mínimamente, esa injusticia.

La mucama del arquitecto viene a decir a su patrón que un señor Augereau desea verlo lo más rápidamente posible.

—Ruéguele que espere un momento —responde el arquitecto, que estaba por desayunar.

Media hora más tarde recibe al señor Augereau, quien le pide el plano de un edificio que el arquitecto había construido tres años antes.

—Señor —dice el arquitecto—, ¿puedo saber para qué desea ese plano?

El señor Augereau le explica que su bebé de algunos meses cayó dentro del incinerador y que el plano resultará útil para practicar las aberturas en los lugares de las paredes donde se suponía podía haber quedado detenido.

El arquitecto se asombra de que el señor Augereau no haya llamado a la Policía de Seguridad. El señor Augereau le dice que solicitó una bomba neumática a ese organismo, y al cabo de cuatro días se le había respondido que era necesario dirigirse primero al gerente del edificio.

Este último respondió de inmediato que no podía hacer nada sin el plano, y por esa razón se sintió autorizado a escribirle para pedir una cita.

El señor Augereau agrega que ha llegado antes de la hora debido a la urgencia de la situación.

—En efecto —dice el arquitecto—, una situación muy urgente, y es de temer que vuestro bebé tenga hambre.

—¿Hambre? No lo creo —dice el señor Augereau—, porque hemos volcado muchos litros de leche pasteurizada y bien ha debido tragar un poco, al menos como para mantenerse hasta la llegada de los albañiles.

—¿Cree que este chico no se ha lastimado en su caída? —pregunta el arquitecto.

—Los diarios dicen que no —responde el señor Augereau.

—En ese caso, no apurarse —dice el arquitecto—. Yo también soy padre de familia y justamente mañana debo llevar a mi mujer y a mis hijos a La Baule. No me quedará sino un día con ellos y estaré de vuelta aquí el miércoles próximo. Entretanto haré buscar el plano del edificio por mi secretaria, a quien puede telefonar el jueves por la mañana; creo que nada mejor se puede hacer.

El señor Augereau agradece al arquitecto y se va aliviado.